E. J. Cuskelly, M.S.C. p,123

CON UN CORAZÓN HUMANO

AMIGO DEL HOGAR

Apartado 1104 Santo Domingo,

# República Dominicana

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

PREFACIO CAPITULO 1

CON UN CORAZÓN HUMANO,   
E. J. Cuskelly, M.S.C

CAPITULO 2

CRISTO, MODELO DE “LA RELIGIÓN DEL CORAZÓN”

L. Dunlop, M.S.C.

CAPITULO 3

DEL CONTRATO A LA ALIANZA — UNA ESPIRITUALIDAD DEL CORAZÓN

E. J. Cuskelly, M.S.C.

CAPITULO 4

EL CORAZÓN EN LA BIBLIA: SÍMBOLO DE LA PERSONA

Alejandro Diez-Macho, M.S.C.

CAPITULO 5

CORAZÓN DE CRISTO: ENCUENTRO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

José Lescrauwaet, M.S.C.

CAPITULO 6

EL CORAZÓN DE CRISTO CENTRO DEL MISTERIO CRISTIANO Y CLAVE DEL UNIVERSO

Pedro Arrupe, S.J.

CAPITULO 7

CONTEMPLACIÓN COMPASIVA,

Juan Flynn, M.S.C.

CAPITULO 8

UN CORAZÓN QUE AFIRMA,

Tomás A. Kane

CAPITULO 9

GUERRILLEROS” DEL AMOR

CAPITULO 10

LO QUE MUEVE A JESUCRISTO,

Norberto Strotmann, M.S.C.

CAPITULO 11

RESURGIR DE UNA DEVOCIÓN O RENACIMIENTO DE UNA ESPIRITUALIDAD,

E. J. Cuskelly, M.S.C.

CAPITULO 12

UN ESTUDIO SOBRE LA RENOVACIÓN,

Elizabeth Smith, R.S.C.J.

CONCLUSIÓN:

LA MADRE DEL DIOS—HECHO-HOMBRE,

Andrés Tostain, M.S.C.

NOTAS DE LOS DIVERSOS CAPÍTULOS

***PRESENTACIÓN***

*Los Misioneros de/ Sagrado Corazón (M.S.C.) nos complacemos en presentar la versión al castellano del libro “*W*ith a Human Heart” (Con un Corazón Humano) del que fue hasta hace unos meses nuestro Superior General, P. Eugenio Cuskelly. Creemos que los temas estudiados pueden beneficiar a muchos asociados y amigos nuestros, incluidos religiosos y religiosas,* sacerdotes *y obispos.*

*Con esta publicación queremos identificamos* como *somos y compartir nuestra lectura del Evangelio. Vemos en el Corazón de Jesús.*

*—Al Buen Pastor que va a la búsqueda* de *quienes se han perdido, que conoce a los suyos y da su vida por salvarlos.*

*—Al que abrió su costado dándonos su Espíritu para difundir en los corazones el amor y la voluntad de servir.*

*—Al modelo perfecto* de *la vida consagrada de los Misioneros del Sagrado Corazón.*

*Al que nos da ejemplo de* cómo llevar *los hombres hacia* Oíos *mediante la bondad y la dulzura. Al que nos da ejemplo de* cómo *unir los hombres con Dios mediante lazos de amor, librándolos mediante lazos de amor, librándolos del espíritu de temor.*

* *Al que inspiró, en sus orígenes, que el espíritu de nuestra Congregación esté hecho de caridad, de bondad, de humildad y de sencillez.*

*Finalmente, vemos al Jesús cuyo corazón es traspasado para que la Iglesia sea el signo por excelencia del Amor de Dios encarnado.*

*“El culto* de/ *S agrado Corazón, tal como lo enseña la lglesia, es, pues, la devoción al Amor con que Dios nos ha amado en Jesucristo. Expresa, al* mismo *tiempo, nuestro amor a Dios y a los hermanos. Fieles al espíritu de nuestro Fundador,* procuramos *reservar a este culto un lugar de verdad especial en nuestra espiritualidad y en nuestro apostolado” (Const. de los Misioneros del Sagrado* Corazón/.

*P. Darío Taveras, M.S.C. Superior Provincial*

*Santo Domingo, Rep. Dom.*

18 de junio de 1982,

Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

**PREFACIO**

Este es el libro que desde hace algunos años deseaba ver escrito, aunque me encontraba imposibilitado de escribirlo yo mismo. Pero, por fortuna tuve la oportunidad de contar con la valiosa cooperación de otras personas que poseían el talento necesario. Como Superior General tuve In ocasión de contactar con cierto número de personas bien dotadas dentro de mi propia Congregación religiosa:

P.A. Diez Macho, un español erudito, especializado en temas bíblicos y de renombre universal;

P.J. Lescrauwaet, miembro de la Comisión Teo lógica Pontificia y profesor de Teología en Lovaina;

P. L. Dunlop y P. J. Flynn, profesores de Sagrada Escritura y Teología, en Australia;

P. Norberto Strotmann, un joven teólogo alemán, que trabaja hoy día en el Perú;

P. Andrés Tostain, un mariólogo francés.

Otros amigos cedieron también a mi insistencia y aportaron su colaboración:

P. Pedro Arrupe, Superior General de los Jesuitas;

P. Tomás Kane, Director Ejecutivo de las Casas de Afirmación.

Desafortunadamente, la mayoría de las presuntas colaboradoras se excusaron alegando inhabilidad para escribir o falta de tiempo para sumarse al proyecto. La Hermana Elisabeth Smith, de la Sociedad del Sagrado Corazón, es mi única colaboradora femenina. Actualmente es Consejera Provincial de la Provincia Inglesa y una historiadora consumada.

A todas estas personas les quiero expresar mi sincera gratitud y aprecio, y confío que la luz de la vida de Cristo arderá de un modo más intenso y brillante en las vidas de los que lean este libro. Y si fuera así, los que hemos participado en su composición nos sentiríamos ciertamente muy satisfechos y honrados.

E. J. Cuskelly, M.S.C. Roma

**CAPITULO 1**

**CON UN CORAZÓN HUMANO**

E. J. Cuskelly, M.S.C.

I) A veces decimos cosas muy bonitas sobre nosotros mismos, sin percibir realmente lo que estamos diciendo. Pongamos por ejemplo la palabra humanidad. Algunos de sus significados serían: actitud humana, benevolencia, compasión, gesto benevolente. Escrito en nuestro lenguaje, sería la creencia de que es más humano ser amable que ser listo. Es más humano pasar hambre para que un niño pueda comer, que ser egoísta o despreocupado.

Los hombres se matan, hacen trampas y roban. A menudo son insensibles a los sufrimientos ajenos. Mientras puedan satisfacer sus propios deseos, se desentienden de los que puedan quedar at margen del camino o viven en penuria y enfermedad. Y sin embargo, todo esto ha sido calificado como “inhumanidad del hombre para con el hombre”. Seguimos creyendo que todo esto es verdad: que la humanidad del hombre es todo to contrario, que está compuesta de bondad y compasión. Sean los que sean los crímenes cometidos, seguimos creyendo que somos capaces o, at menos, estamos Ilamados a acciones mejores. Sabemos que un corazón saturado de odio es menos humano que un corazón que ha aprendido a amar.

De acuerdo, pues, que estamos Ilamados a acciones mejores. Pero cuando contemplamos el mundo que nos rodea, cuando recordamos nuestra historia humana, nos preguntamos si de verdad la humanidad es capaz de cosas mejores. La aseveración de Hobbes de “homo homini lupus” (el hombre es un lobo para el hombre), no parece una afirmación tan desatinada de la realidad humana. De hecho, concuerda con la descripción de San Pablo de Ío que el hombre fue y será siempre, a no ser que Cristo entre en su vida: “Hubo un tiempo en que nosotros también éramos ignorantes, desobedientes, descarriados y esclavizados por toda suerte de pasiones y placeres, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros” (Tito 3,3).

Pero “el hombre no puede vivir sin amor. Sigue siendo un ser incomprensible para sí mismo, su vida carece de sentido si el amor no Ie es revelado, si no Ío experimenta, si no Ío hace suyo, si no Io comparte íntimamente. Así es como Cristo, el Redentor, se revela totalmente así mismo...; ésta es la dimensión humana del misterio de la Redención" (Rd. Hom. 10). En Cristo, el hombre descubre su propia humanidad.

Fácilmente Ilega a conocer y a creer que es amado. Sin esta convicción jamás comprendería realmente la razón de su existencia y la finalidad de su vida. La “humanitas” (humanidad, amabilidad) de Dios nuestro Salvador” (Tit. 3,4) nos fue revelada con la venida de Cristo Jesús. “El trabajó con manos humanas, pensó con mente humana, actuó con una voluntad humana y amó con un corazón humano” (G. et S. n. 22). No solamente dio a conocer el amor de Dios, el Padre, a todos nosotros, “sino que reveló totalmente at hombre mismo” (ib.); nos enseñó cómo ser humanos. Precisamente vino a eso. Amaba con un corazón humano, para que aprendamos a amar con verdadera humanidad.

Esto no to conseguiremos nunca si no aprendemos primero Ío que significa la entrada del amor de Dios en nuestras vidas. La consideración del texto de Tito 3,4 puede ayudarnos: “Cuando fue manifestada la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres, Él nos salvó no por obras de justicia que hubiéramos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador”.

Nos salvó por pura compasión. Siempre que pensemos en el amor de Dios a los hombres, debemos a la vez afirmar y negar. Afirmamos toda la belleza, generosidad y ternura que el amor humano nos ha enseñado; pero habremos de negar todas sus limitaciones. Siempre tendemos a pensar con símiles humanos; y “el amor humano necesita evaluación humana, ¿porqué, pues, pretender colocar Tu amor a un nivel diferente del de ese puñado de barro humano, el más vil de todos, que es todo hombre?”.

Francis Thompson describe aquí una duda que apesadumbra el corazón humano. Nuestro amor humano hacia otros, está habitualmente exigido por la bondad que vemos en ellos, por esa capacidad de ser amados que vemos en ellos. ¿Qué puede, pues, ver Dios en nosotros que le haga reaccionar de esa manera? Uno de los puntos más vitales de la fe es la maravillosa seguridad de que Dios no reacciona as í. El amor de Dios aparece antes de que nada bueno exista en nosotros, es más bien El el que Io causa y le da la existencia. Dios nos ha amado provocando nuestra existencia. Nos invita a que nos dejemos amar, humildemente, agradecidamente, más allá y por encima de todo “merecimiento humano”.

En realidad, el hombre que se jacta y se siente satisfecho de sus méritos humanos, nunca conocerá las maravillas de la bondad de Dios. “El corazón humilde es aceptable a Dios” (Salmo 50); pues tan solo el corazón humilde puede aceptar el amor de Dios con alegría y gratitud. Solamente el hombre que conoce que no es más que un puñado de barro, puede emocionarse con la idea de que Dios le está buscando, individual y personalmente, a pesar de todos los pesares.

San Pablo aprendió esta verdad por su propia experiencia: “Yo soy el último de los apóstoles, indigno de ser llamado apóstoI, porque perseguía la lglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy Io que soy” (I Cor. 15,9.10). Habiendo visto la Iuz de Dios brillar en la oscuridad de su propio corazón (2 Cor. 4,6), evoca ahora a Tito esa oscuridad humana en la que la luz del amor de Dios ha venido a brillar: "vivíamos entonces en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros" (3,3).

Sobre este fondo de la "inhumanidad del hombre hacia el hombre", aparece la sorprendente revelación de la bondad y amabilidad de Dios, nuestro Salvador, hacia la humanidad. La Vulgata traduce como benignitas et humanitas las dos palabras griegas krestotes y philanthropis. Dios es bondad y amabilidad, palabras tiernas y Ilenas de compasión por cada hombre.

Porque se abusa a menudo del poder, el hombre siempre ha tendido a culpar a Dios de inhumanidad. San Pablo insiste que es precisamente todo Io contrario, que Dios posee aquella "humanidad” por la que los soberanos eran elogiados cuando obraban con bondad con sus súbditos (Cf. II Macabeos 19,9). Cuando encontramos a alguien, poderoso e importante, y vemos que está Ileno de bondad y comprensión, decimos que es “muy humano".

En Cristo se nos ha revelado de un modo sorprendente que Dios “es humano” de verdad. “El amor de Dios hacia nosotros fue revelado cuando Dios envió a su Hijo único a este mundo, para que por medio de ÉI consiguiéramos la vida" (I Jn. 4,9). Cuando oímos que

Cristo "amaba con corazón humano", no es su “debilidad” humana lo que nos consuela (necesitamos fortaleza, si pretendemos alzarnos por encima de nuestras flaquezas), sino su comprensión y su compasión. De hecho, la carta a los Hebreos recalca la flaqueza humana de Jesús como prueba de su continua y compasiva comprensión. "No es como si tuviéramos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras miserias, sino que tenemos a uno que ha sido probado en todo igual a nosotros, menos en el pecado” (Heb. 4, 14).

En la base misma de la condición de cristiano está la visión de un Cristo que tenía compasión de las multitudes (Mt. 9,36; Lc. 10,33); Jesús que invita a todos a acudir a El, cuantos sufren y están sobrecargados, sabiendo que su amor comprensivo aligerará la carga (Mt. 1 1, 28—30). Es el Cristo que nos ha enseñado a Ilamar a Dios "Padre nuestro".

Un cristiano es, pues, por encima de todo, una persona consciente de ser amada; uno que puede decir con convicción que Cristo “me amó y se entregó a la muerte por mi” (Gal. 2,21); alguien que se "atreve a decir: Padre nuestro”. Como dice San Pablo, “el Espíritu Santo ha sido infundido en nuestros corazones, capacitándonos para decir: Abba-Padre” (Rom. 5,15—I 7). Se nos urge aquí a sentirnos en familia con Dios, nuestro Padre. Dejemos de Iado el término más formal y respetuoso de "Abi” por el más íntimo y confiado “Abba", que Jesús usara con José y con su propio Padre celestial. Por encima de todo temor y formalidad, un cristiano tiene la osadía de decir "Abba”, Padre, que tiene un significado íntimo y familiar. Nuestra creencia en el amor de Dios (I Jn. 4,16) puede ir tan lejos o Ilegar tan cerca como eso.

Repitamos que, para valorar el amor de Dios hacia nosotros, ponemos por delante toda la belleza, generosidad y ternura que el amor humano nos ha enseñado. Pero a la vez necesitamos negar todos los fallos y limitaciones que encontramos, tan a menudo, en el amor humano. Necesitamos corregir incesantemente nuestra tendencia a medir el amor de Dios por el del hombre. Un ejemplo de esta tendencia lo encontramos en la manera como Filp. 2,7 es traducido e interpretado:

“Su condición (de Cristo) fue divina, sin embargo, él no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres”. El sin embargo es revelador. Si un hombre estuviera cómodamente instalado en el cielo, requeriría un esfuerzo de su parte “para inmiscuirse" en problemas humanos, hasta el punto de aceptar una muerte de cruz. Si esto es así, apliquemos una actitud semejante a Dios y a su Hijo. Aunque el Hijo era divino y fuera del alcance del sufrimiento humano, “sin embargo” (como si fuera algo muy costoso) se hizo hombre. Pero, “EI es Dios, no hornbre", y no encontramos el “sin embargo" en el texto griego. Porque él era divino, porque él era el Hijo de Dios a quien nosotros conocemos como amor (“eI Señor es compasión y amor" Salmo 103,8), Él quería hacerse hombre, a causa del amor que nos tenía. Y to hizo gustosamente, porque estaba IIeno de “humanidad" en su grado más perfecto.

II) La respuesta del cristiano a esta visión de fe es:

—Que amemos a Dios "con un corazón humano", y

—que amemos a los demás con verdadera "humanidad". (Cf. Mt. 27,34—40; Mc. 12,28-34).

Estamos Ilamados a amar a Dios con un corazón humano, humano en sus debilidades, en sus vicisitudes, en sus inconsistencias. No existen superhombres espirituales. En un hermoso pasaje del evangelio de San Juan, Jesús nos muestra la clase de amor humano que eI espera de nosotros. El pasaje es bien conocido, aunque dificultades de traducción han oscurecido a veces su pleno significado:

"Después de la comida, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres tú más que estos? El contestó: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Vuelve a decir le por segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? El replicó: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. Entonces le dijo por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro que le preguntara por tercera vez: ¿Me quieres? y le dijo: ¡Señor, tú Io sabes todo, tú sabes que te quiero! " (Jn. 21, 15—25).

De este pasaje se ha sacado a menudo la conclusión de que uno no está calificado para apacentar el rebaño de Cristo si no siente verdadero amor hacia el Señor. La conclusión es válida. Sin embargo, otra importante lección contenida en este texto se refiere a la clase de amor que Jesús le pide a Pedro, y que nos pide a todos nosotros. Si queremos valorar debidamente esta lección, necesitamos recordar el tipo de hombre que era Pedro: seguro de sí mismo, confiado en su lealtad con el Señor. Creía tanto en la fortaleza de su amor que aseguró a su Maestro: “Yo daré mi vida por ti" (Jn. 13,37). Su opinión hacia los otros apóstoles no era tan aita; no le sorprendería que traicionaran al Señor, pero él, Pedro, le sería fiel: “Aunque todos pierdan la fe en ti, yo nunca la perderé...; aunque tenga que morir contigo, yo nunca te negaré” (Mt. 26,33—35. Cf. Mc. 14,29).

Cuando llegó el momento, la caída de Pedro fue más aparatosa que la de sus compañeros. Muchos huyeron por temor. Pedro, deliberada y repetidamente, negó al Señor tres veces, ”echando imprecaciones y jurando: yo no conozco al hombre del que estáis hablando” (Mc. 14,66=-72).

Ahora, después de la resurrección, Jesús quiere asegurarse el amor de Pedro, no un amor engreído y seguro de sí mismo, sino el amor de un corazón que es humilde, purificado por la caída y el remordimiento. Su primera pregunta a Pedro es: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres tú más que estos? " Pedro recuerda ahora cómo había opinado sobre los demás, juzgándolos indignos y capaces de fallar. En su respuesta, omite deliberadamente toda referencia a los otros: “Sí, Señor, tú sabes que te amo". Ya no se considera superior a los otros; prefiere confesar su debilidad, antes que juzgar a los otros. Esto Io había aprendido de su caída y en su segunda pregunta Jesús omite también mencionar a los demás.

Discurriendo sobre todo este diálogo, vemos un instructivo juego de palabras, que no fueron vertidas del original griego a las versiones inglesas. En esas últimas, se utiliza solamente una palabra para amor, mientras que la griega usa dos: agapan — philein. En la versión de los Setenta la palabra agapan tiene un significado técnico, que indica la consagración a Dios que se expresa en una total fidelidad y obediencia. La palabra philein es menos fuerte, aunque también significa una verdadera y sincera adhesión afectiva.

Sobre ese fondo de la llamada de Pedro, con su confiada declaración de amor y su negación, este pasaje de San Juan se vuelve muy rico y de una gran belleza humana. Con todas estas cosas en la mente

de ambos, Jesús dice a Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú (agapas) con un amor fuerte y fiel, más que todos estos? ". San Pedro ya no quiere compararse a los otros. Ya no puede ni se atreve a asegurar que su amor es fuerte, o que será fiel. De ahí que use un término diferente para amor; al responder, dice simple y humildemente: “Sí, Señor, tú sabes que en mi débil corazón humano existe una profunda afección hacia ti (philo)".

El Señor nota enseguida la omisión de toda referencia a los otros y le pregunta por segunda vez: “Simón, hijo de Juan, ¿Me amas (agapas)? ". incluso en esta segunda ocasión, aunque se le invita a hacerlo, Pedro no se decide a repetir la palabra fuerte sugerida por Jesús. Repite simplemente su philo, reafirmando su afecto humano hacia el Señor y sugiriendo que “sólo tú conoces cuán fuerte y fiel podrá ser, ya que sólo tú puedes fortalecerlo". Esto es suficiente para Jesús; es incluso necesario, pues un amor que está muy seguro de sí mismo, fallará con seguridad. El único amor que puede perdurar es el amor que, consciente de su fragilidad humana, busca en Dios su fortaleza. Como dice San Agustín: “Nuestra fortaleza contigo, es verdadera fortaleza; pero fuera de tí, sólo es debilidad".

En su tercera pregunta, Jesús mismo adopta la palabra de Pedro que significa amor (phileis), preguntando: “¿Simón, hijo de Juan, tienes realmente en tu corazón este profundo afecto humano hacia mí? ". Esto apena profundamente a Pedro, el que Jesús pueda realmente dudar de la profundidad de su afecto humano. Fuera Io frágil que fuera, era profundo y auténtico. Por eso dice: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que mi amistad es real, aunque sin tu ayuda continuaría siendo débil y humano". Y Jesús queda satisfecho. Confirma a Pedro en su misión de apacentar el rebaño de Cristo, recordándole sin embargo que debe tener siempre presente que son “mis ovejas", aquellas por las que he dado mi vida y hacia las que los pastores deben mostrar la misma tierna compasión que el Buen Pastor.

A cada uno de sus seguidores dirige Jesús la misma pregunta: “¿Me amas? " ¿Quién de entre nosotros se atrevería a replicar con un agapao, la confiada seguridad de que yo amo al Señor, guardo sus mandamientos, que mi amor será siempre fiel? Esta no es la respuesta que él busca, como sabemos por la parábola del Fariseo y el Publicano. El prefiere nuestro philo, la seguridad de que en medio de nuestra fragilidad y a pesar de nuestras caídas, Io seguimos amando con nuestros corazones humanos. Un himno del breviario inglés pide a Dios que guíe “los deseos de nuestro corazón, para amarte a ti, Señor"." Se nos ha dicho que deberíamos “amar al Señor, nuestro Dios, con todo nuestro corazón y toda nuestra mente y toda nuestra alma". ¿Quién de entre nosotros se atrevería a decir que así Io hace, a Io menos en la medida indicada? Sin embargo, esta debe ser nuestra ilusión, este es el deseo que brota eternamente de nuestro pecho humano: amar al Señor nuestro Dios.

Amamos con un corazón humano. Es un amor humano con sus debilidades, que continúa existiendo junto con el profundo deseo de amar. Es un amor humano con su ceguera, no distinguiendo claramente cuáles son los caminos del Señor. Es un amor humano con sus inclinaciones a buscar al camino fácil y con su prontitud para justificar el camino fácil que hemos escogido.

Sin embargo, podemos decir que de verdad amamos con un corazón humano si nuestro corazón permanece abierto a todo to grande y noble, si sigue manteniendo el deseo de conocer la verdad y de ser fortalecido para obrar el bien.

Cristo, el Hijo de Dios, nos amó con un corazón humano, por su compasión y comprensión de la flaqueza humana, capaz de sentir con nosotros en nuestras debilidades y necesidades humanas. Debilidad y culpabilidad nunca han de ser una razón para no sentirse amado. Esta es la tragedia de Judas, no el que traicionara al Señor, sino el que le faltara la fe en el amor misericordioso, que era mas grande que todas las traiciones, que podía "liberarnos del pecado por medio de su gran amor’’.

En Jesús, el Hijo del Hombre en fin amaba a Dios con su corazón que era verdaderamente humano, por encima de todo egoísmo, aunque no por encima de toda fragilidad. Nos mostró Io que significa dejar que el amor nos eleve hacia la bondad y el amor. Él es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Es El el que “revela totalmente el hombre al propio hornbre".

III) "El que ama a su prójimo, ha cumplido la ley" (Rom. 13,8). Siendo "humanos, benevolentes y compasivos" con los demás, seguimos siendo cristianos y mostrando una verdadera "humanidad". Por eso la Madre Teresa de Calcuta es una figura amada y admirada; es una lección viviente de lo que es la naturaleza humana en su mejor proyección. Naturalmente hay muchos elementos sobreentendidos en ser totalmente humano. "En esa inquietud creadora (del corazón humano) late y palpita Io que es más definitivamente humano, es decir, la busca de la verdad, la sed insaciable de lo bueno, el hambre de libertad, la nostalgia por Io hermoso y la voz de la conciencia" (Redemptor hominis, n. 18). Sin embargo, ahora deseo concentrarme en aquel aspecto de amar a los demás con verdadera compasión. Como respuesta cristiana, tiene su origen en el amor de Dios revelado en Cristo. Y en la capacidad del Espíritu de amor adquiere su fuerza.

"Mirad cómo esos cristianos se aman mutuamente", era el juicio que emitían sobre los miembros de la primitiva Iglesia. A muchos modernos esto les suena como una frase entresacada de una antigua leyenda. "¿Es que soy acaso el guardián de mi hermano?", fue la despreocupada respuesta de Caín a Dios, después de haber asesinado a su hermano Abel. En cierto sentido hay muchos discípulos de Caín entre los que se profesan seguidores de Cristo.

Yo conozco a un hombre que no va a la iglesia. Cree en Cristo; acepta sólo un mandamiento: "Si puedes hacer el bien a los demás, estás obligado a hacerIo". Esto me hace pensar en el texto de San Marcos 12,34. A un hombre con puntos de vista análogos, "Jesús, viendo que había habIado sabiamente, le dijo: Tú no estás lejos del reino de Dios".

Jesús habla mucho de un amor práctico a nuestro prójimo. Dio su "mandamiento nuevo" para que sus seguidores se amaran mutuamente (Jn. 13,34; Cf. Mat. 22,34-40). Dijo que seríamos juzgados según la medida con que diéramos de comer a los hambrientos, de beber a los sedientos y cuidáramos de los desamparados, desnudos y extraños (Mt. 25,31-46). Sus enseñanzas están repetidas en las cartas de San Pablo, San Juan y Santiago.

Sin embargo, ¿cuántos cristianos hay que sitúen su amor práctico at prójimo como el elemento central de su cristianismo, después del amor a Dios? Al interrogarse sobre lo que significa ser católico, a menudo se da esta clase de respuesta: significa ir a misa los domingos, guardar los mandamientos, no practicar el control de la natalidad. Muchos católicos creen que hacer algo en la Iínea de "caridad", es una cosa que está por encima de la estricta obligación.

"El que ama a su prójimo ha cumplido la ley". Muchos "cristianos", si bien se jactan de "cumplir la ley", prefieren no verse involucrados en los problemas de otra gente. En el mundo occidental, tan competitivo, se enseña que cada uno ha de valerse por sí mismo.

Las naciones mantienen su arsenal atómico a punto, para lanzarlo contra otros seres humanos. Los hombres de negocios, avispados y sin entrañas, siempre están dispuestos a hacer sus ganancias de la forma que sea; vividores y tramposos se ceban en los incautos y sencillos. Miembros de las naciones ricas regatean su ayuda a las más pobres, a las que consideran insuficientemente industriosas. No se aplican a sí mismas las palabras de San Agustín: "Da de tus riquezas. ¿Pues de qué riquezas das sino de las suyas...? ¿Qué es Io que posees que no lo hayas recibido? (en Salmo 95,14-15).

El problema es cómo ayudar a nuestro prójimo en este mundo moderno, a veces tan complicado. Esto no ofrece una fácil solución. La respuesta adecuada no la encontrará nunca esa gente que se preguntan por qué han de ser ellos los guardianes de sus hermanos. Tener problemas que resolver no es el mayor problema. Lo que preocupa es que tenemos demasiados cristianos que opinan que resolver dichos problemas no es asunto suyo.

¿Cómo ha sucedido que tengamos tantos cristianos practicantes que no consideran un deber cristiano el mostrar una compasión práctica y una seria preocupación por los pobres y los que sufren? ¿En cuántos hogares los padres cristianos han inculcado con la palabra y el ejemplo a sus hijos el sincero deseo de ayudar a los necesitados y de amar a todos sus hermanos en Cristo? ¿Con cuánta eficacia nuestra catequesis ha enseñado a la gente a creer en el amor y a practicarIo de verdad?

IV) La Iglesia: Signo y heraldo del amor de Dios.

“La Iglesia es el sacramento universal de salivación; hace conocer la existencia del misterio del amor de Dios hacia el hombre y Io hace presente entre los hombres" (G. et S. 45).

Todo el que conozca la historia de la Iglesia sabe que es bien cierta esta afirmación. A través de los siglos, la Iglesia ha sido el heraldo del amor de Dios al hombre; ella ha sido de muchas maneras el signo del amor compasivo de Dios, presente entre los pueblos. Sin embargo, esta imagen de la compasión de Cristo en el rostro de la Iglesia no ha estado siempre sin ninguna mancha y como desfigurado; no ha brillado siempre diáfanamente, especialmente cuando se la mira a distancia. Nosotros, que somos la Iglesia, tenemos que examinar nuestra conciencia para ver cómo proyecta en todas las épocas la Iglesia a través nuestro esta imagen.

Para hacer una distinción, que puede ser cuestionable en teoría, pero que es cierta en la realidad, la Iglesia y sus maestros oficiales han aparecido a veces como más interesados en la verdad, que “en poner en práctica la verdad en el amor".

La llamada preocupación por la verdad parecía excluir la verdadera caridad humana y cristiana. Podemos recordar la inquisición, la quema de herejes y las recriminaciones de la época pre-ecuménica para concluir cuán cierto es todo esto. Existen medios modernos de insistir sobre la verdad que al parecer excluyen la compasión y el amor. La verdad tendría que ayudar a amar. ¿Pero es que alguien puede abarcar toda la verdad? ¿Y cuántas veces Io que vienen a Ilamar insistencia por la verdad no ha destruido en realidad la caridad cristiana? Es muy fácil aparecer despreocupados por las personas al “preocuparse por la verdad”.

Hasta el momento actual esto parece cierto en cualquier época de la Iglesia, hasta el punto que parece haber fallado ésta en su misión de ser el sacramento del amor de Dios, tan compasivo y bondadoso. A este respecto algunos fallos son inevitables, pues ciertos adultos son como chiquillos que consideran toda imposición disciplinaria como ausencia de amor. El amor verdadero es exigente. Pero sus exigencias serán aceptadas en la medida en que son consideradas como exigencias de amor. La Iglesia tiene que predicar la verdad; pero la verdad primordial del amor de Dios hacia el hombre debe ser predicada más solemnemente que todo Io demás. Cuando pensamos en las realidades de nuestras vidas, sobre Dios y su voluntad en el mundo, por encima de todo “estamos en la presencia de un gran corazón" (Cardenal Wojtyla):

En la medida en que la lglesia hace presente el misterio del amor de Dios hacia el hombre, nos coloca delante de la presencia del Cristo de los Evangelios.

“Cuando estaba a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores y estaban en la mesa con Jesús y sus discípulos. AI verlo los fariseos, decían a los discípulos: ¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores? Más él, aI oírlo, dijo: No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal. Id, pues, a aprender to que significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio. Porque he venido no a llamar a justos, sino a pecadores" (Mt. 9,10—13).

La verdad básica que la Iglesia tiene que proclamar es que Jesús ama a los pecadores, a los publicamos, a los divorciados y a la gente que practica el control de nacimientos. Solamente Él puede liberarlos del pecado con la fuerza de su gran amor.

La Iglesia proclama el amor de Cristo a cada hombre, a cada mujer, sea cual sea su situación, sea cual sea su modo de obrar. No puede aprobar todas las situaciones o todas las conductas. Debe afirmar constantemente ciertos valores, como la fidelidad en el matrimonio, su visión del plan de Dios en relación con el sexo y con la vida humana. Sin embargo, no califica de “pecadores" a todos los que no viven de acuerdo con estos valores o se encuentran en situaciones que no puede aprobar. Como Cristo ama a cada persona humana, así Io hace ella; y se esfuerza en amar con la "humanidad" que Cristo le mostró. Sabe que, en respuesta al amor de Dios, cada hombre y cada mujer deben “amar con amor humano", humano en su deseo de amar, pero humano también por sus debilidades y cogido en los complicados engranajes de su situación humana. Como ha afirmado un documento oficial de la Iglesia:

“Las peculiares circunstancias que rodean a un acto objetivamente malo, aunque no pueden hacerlo objetivamente virtuoso, pueden en cambio disminuir su gravedad, la culpa o hacerlo subjetivamente defendible. En un último análisis la conciencia es inviolable, y nadie puede ser forzado a obrar contra su conciencia, como atestigua la constante tradición de la Iglesia" (Sgda. Cong. para el Clero. Documento en el "caso de Washington" 1970).

Tal vez la Iglesia haría bien en predicar desde encima de los tejados Io que ha afirmado en secreto. Pero aquí también hay verdades que forman parte del mensaje del amor de Dios al hombre. Algunas autoridades tienen miedo de que, si proclamamos estas verdades, podría aparecer que establecemos normas dobles, o aprobamos ciertas situaciones éticas. Naturalmente no se trata de esto. Pero la Iglesia debe mostrar que, como su Señor y Maestro, también ella ama con un corazón humano, o sea amable, compasivo, y Ileno de comprensión para con la flaqueza humana.

“Si por un Iado es una excelente manifestación de caridad con las almas no omitir nada de la doctrina salvífica de Cristo, por otro Iado esto tiene que compaginarse con la tolerancia y la caridad. El Señor mismo en su conversación y contactos con los hombres, nos ha dejado un ejemplo de esto. Pues cuando vino no para juzgar sino para salvar al mundo, ¿no fue acerbamente severo con el pecado, pero paciente y lleno de misericordia con los pecadores? Por Io tanto, los esposos y esposas cuando estén profundamente acongojados por las dificultades de su vida, tienen que encontrar, grabado en el corazón de sus sacerdotes, una voz y un amor semejantes a los del Redentor". Escuchamos aquí “la voz y el amor del Redentor" que nos viene como un eco de la voz oficial de la Iglesia, (de hecho, es la voz misma del Papa Pablo VI en Humanae Vitae n. 29). La voz insistente que es amor al hombre, no un fanatismo por la verdad abstracta, lo que le urge a proclamar el pleno mensaje de Cristo que revela nuestra humanidad total. Al mismo tiempo, el amor aporta tolerancia y pleno reconocimiento de la fragilidad humana.

Con esta tolerancia las Conferencias Episcopales han reconocido que hay grados de "crecimiento espiritual (en los que) el penitente puede sentirse incapaz de aceptar esta doctrina (de la Iglesia) de un modo total y en la práctica" (Conferencia Episcopal de Australia, septiembre de 1974). "Tales personas pueden estar libres de culpabilidad; ciertamente, no se habrían alejado de la Iglesia; y actuando de acuerdo a su conciencia pueden estar sin falta objetiva" (ib). Esto es un eco de Io que la Sagrada Congregación para el Clero dijo en 1971: "El consejero... no debe presumir demasiado rápidamente... un rechazo deliberado de los amorosos mandatos de Dios, en el caso de una persona que honestamente trata de mantener una buena vida cristiana".

He aquí la voz de Io que en un artículo posterior el Padre Kane llama "una Iglesia que afirma": una Iglesia que obviamente habla con “la voz y el amor del Redentor". Ella asegura que, en medio de la humana fragilidad y sinceridad, Dios contempla "el deseo de nuestro corazón de amar al Señor" y con esto queda satisfecho. Porque El sabe que, Ilegado el momento, puede” limpiarnos de pecado por la fuerza de su gran amor" y conseguir que vivamos con una respuesta más perfecta a su amor.

V) Aquí tenemos los elementos de una respuesta a la pregunta enunciada previamente, referente a la anomalía de “los convencidos católicos practicantes" que muestran tan poco interés práctico por las necesidades de los otros. Recordamos Io que San Juan escribía en su primera carta: “Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios... En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de EI: ... Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (I Jn. 3,1;4,9;4,11).

El cristiano es más que uno que “obra bien"; no se limita simplemente a ser fiel a un mandamiento de ser caritativo con los demás. No es primeramente una persona que ha aprendido a creer “en todas las verdades que Dios ha enseñado y que la Iglesia propone". Por encima de todo, es uno que “ha aprendido a creer en el amor que Dios tiene por nosotros" (I Jn. 4,16). Cuando va a la Iglesia los domingos, va no cumpliendo a desgana una ley, sino que va con gozo a celebrar junto con otros que creen en el amor de Dios las maravillas de ese amor que se nos ha dado. Tiene que reflexionar en el significado del amor de Dios que ha sido dado a los demás.

Era en los días en que la comunidad cristiana vibraba realmente con la convicción de que "Dios nos ama tanto" que los otros dirían: “Mirad cómo se aman los cristianos". Los dos amores corrían paralelos: amor a Dios y amor a los demás. Cristo había dicho: "Si me amas, guardarás mis mandamientos" (Jn. 14,15). Y San Pablo declara: “Todos los mandamientos: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es por tanto la ley en su plenitud” (Rom. 13,9—10).

Este aspecto de la visión cristiana fue expresado por la Madre Teresa de Calcuta, en diciembre de 1979, en el momento de recibir el premio Nobel de la Paz: “Nuestros pobres son personas importantes, que se hacen amar. No necesitan nuestra compasión y simpatía, Io que necesitan es nuestro amor comprensivo y necesitan nuestro respeto. Necesitamos decir a los pobres que para nosotros son algo importante; que ellos, también, han sido creados por la misma amorosa mano de Dios, para amar y ser amados”.

AI descubrir que las otras personas son dignas de amor, descubrimos nuestra propia “humanidad".

Amamos con un corazón humano. Y porque es humano es limitado, con necesidad de ser guiado e iluminado. En su ansia de libertad, puede pensar que sería más humano rechazar las "imposiciones y limitaciones" de la religión. La gente que opina de este modo se olvida de recordar de que todos obedecemos. Todos tenemos que conformarnos a ciertas normas. Del acierto de escoger a quién obedecemos depende la posibilidad de la verdadera libertad. Podemos obedecer a los dictados del principio del placer, de buscarnos a nosotros mismos, del materialismo, y entonces caemos en la esclavitud de las dictaduras del mundo y de nuestra época. Cristo vino para revelar la verdadera humanidad del hombre, su verdadera libertad:” Yo caminaré por la senda de la libertad, puesto que busco tus preceptos” (Salmo 119,45).

La voluntad del Dios que nos ha creado tiene que ser necesariamente liberadora y humanizante. Sin embargo, no es éste el mensaje difundido por el mundo, un mensaje consignado al principio de la Biblia, cuando fue declarado por Satanás que el hombre no moriría si se decidiera por la desobediencia a su Creador. El mensaje sigue siendo repetido hoy día: No morirás si desobedeces, si tomas drogas, si dejas de valorar la fidelidad, la honestidad, la justicia; no morirás si satisfaces todas tus tendencias al placer. Lo cierto es precisamente Io contrario, algo morirá dentro de ti y serás menos humano. Serás menos feliz (aunque te parezca que gozas de más placer), te sentirás menos realizado, aun cuando seas más induIgente contigo mismo.

En muchos aspectos, los cristianos, al igual que Cristo, serán inevitablemente “un signo de contradicción” (Lc. 2,34). No nos proponemos por principio contradecir lo que otros dicen o hacen. Pero nuestra afirmación de los valores cristianos y humanos es un signo de la gran contradicción de los valores tal como son predicados por el mundo en la faz del mundo. El mensaje cristiano tiene que recalcar que mucho de lo que este mundo tan centrado en sí mismo afirma, está en contradicción con los valores cristianos, los verdaderos valores humanos: la negación del valor de la vida, de la fidelidad, de la dignidad de la persona humana, de la primacía de Io espiritual...

A causa de estas contradicciones, necesitamos mirar cuidadosamente a Cristo, para entender cómo Cristo el Redentor revela totalmente las maneras como estamos convocados a vivir y amar con un corazón humano.

“La Iglesia parece hacer profesión de la misericordia de Dios de una manera muy especial, y de venerarla, cuando se dirige al Corazón de Cristo. En realidad, es precisamente este acercarse a Cristo en el misterio de su Corazón que nos permite detenernos en este punto, —un punto en el sentido céntrico y muy accesible en eI nivel humano—, de la revelación del amor misericordioso del Padre, una revelación que constituyó el contenido central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre.

El Concilio Vaticano II habló repetidas veces de la necesidad de hacer el mundo más humano y dice que la realización de esta tarea es precisamente la misión de la Iglesia en el mundo moderno. La sociedad puede volverse más humana solamente si introducimos dentro de las múltiples facetas de las relaciones interpersonales y sociales, no solamente la justicia, sino también el “amor misericordioso", que constituye el mensaje mesiánico del Evangelio” (Juan Pablo II, Dives in Misericordia, 1980).

# **CAPITULO 2: CRISTO, MODELO DE ‘LA RELIGIÓN DEL CORAZÓN’**, **L. Dunlop, M.S.C.**

Lo que sigue intenta mostrar cómo un estudio puramente bíblico de la espiritualidad cristiana, sobre todo como la expresa el evangelio de san Mateo, subraya elementos que riman con los valores tradicionales de la “devoción al Sagrado Corazón", en términos que pueden ser adaptados a la sensibilidad moderna.

Verdaderamente la moralidad cristiana, como la expone san Mateo, en gran medida es una moralidad “del corazón". No contento con atenerse externamente a las normas de conducta aceptadas, exige una completa transformación de la persona para que pueda afirmarse que sus buenas obras brotan del corazón. En realidad, no es posible otra forma de moralidad.

Esto empieza a destacarse en el sermón de la montaña (Mt 5—7), que Mateo formó recopilando la mayor parte de los dichos de Jesús disponibles en un género de compendio de instrucciones sobre la conducta de la vida personal del cristiano. El mismo hecho de que Mateo coloque en una "montaña" este discurso artificialmente redactado indica la importancia que Ie da, pues de este modo lo compara con la ley dada en el Monte Sinaí (Ex 20—Num 10). Así como la ley era el fuero que regulaba la vida conforme a las exigencias de la Antigua Alianza, de la misma manera las exigencias de la vida conforme a la Nueva Alianza son resumidas en el sermón de la montaña. La esperanza de una alianza nueva en tiempos del antiguo testamento nació de la desilusión respecto a la alianza del Sin aí. El exilio de Babilonia (587—539 a.C.) implicaba la destrucción de las más queridas instituciones nacionales de Israel: el templo y la monarquía. Además, el hecho de que la mayor parte de la población, o al menos las clases más importantes, fueran deportadas a Babilonia significaba que habían perdido la posesión de la Tierra Prometida y, con ello, ya no se cumplía una de las más fundamentales promesas de Dios al pueblo elegido.

La única conclusión que se insinuaba era que Dios había anulado la alianza con su pueblo y los interrogantes consiguientes se expresan en el libro de las Lamentaciones que, después de una angustiosa descripción del estado en que había caído Jerusalén, termina en una nota de duda inquietante:

*Señor, tráenos hacia ti para que volvamos, renueva los tiempos pasados; ¿o es que ya nos has rechazado, que tu cólera no tiene medida?”.* (Lam 5, 21—22).

Esta situación hizo que los profetas Jeremías y Ezequiel se dieran cuenta de que el conjunto de leyes tan amplio como las contenidas en el antiguo testamento es incapaz de solucionar los problemas que dimanan de Io que es el hombre. A partir de aquí Ilegaron a esperar un futuro en el que el hombre sería sanado y transformado interiormente, no precisamente expuesto a una serie de instrucciones que, por más completas y detalladas que fueran, le dejan como era antes.

“Mirad que *llegan días —oráculo del Señor— en que haré una alianza nueva con Israel y Judá. no será como /a alianza que hice con sus padres cuando los agarré de la mano para sacarlos de Egipto; la alianza que ellos quebrantaron y yo mantuve...; así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro... .*

*Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo...” (Jer 31, 31—33). “Os rociaré con un agua pura que os purificará, de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne e/ corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que pongáis por obra mis mandamientos. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ez 36, 25 —28).*

Un examen de la enseñanza moral de los evangelios revela que aquel se basa en el mismo modo de abordarlo, insistiendo principalmente en una transformación radical del cristiano más bien que en el intento de regular su actividad por medio de detalladas instrucciones impuestas desde fuera. Jesús "libera la voluntad divina de su petrificación en las tablas de la ley y toca el corazón del hombre. " (Günther Bornkamm, Jesús de Nazaret, Salamanca 1977, 110).

El contraste con el modo clásico de abordar la moralidad el Antiguo Testamento se puede ver de un modo bastante sorprendente al comparar las bienaventuranzas (Mt 5, 3-12) con los diez mandamientos (Ex 20, 1—17). Justifica esta comparación la relación ya establecida entre el sermón de la montaña como expresión del estilo de vida de la nueva alianza y la ley dada en el Monte Sinaí, que tiene un Iugar similar para el pueblo del antiguo testamento.

En ambos documentos, las bienaventuranzas y el decálogo son respectivamente un resumen inicial. Los mandamientos se preocupan en su mayor parte de acciones, mandadas o prohibidas, bien concretas y fácilmente comprobables. Por otra parte, las bienaventuranzas se interesan primordialmente por Io que es el cristiano: debe ser pobre de espíritu, manso, agradecido, limpio de corazón y debe tener hambre y sed de justicia. Este último requisito, aunque empleado en forma activa, evidentemente expresa una actitud de la mente y del corazón más que una acción o conjunto de acciones bien detalladas. Incluso la exigencia de que el cristiano sea un "pacificador" es más una exigencia de la persona que alguien que realiza un conjunto de acciones prescritas.

Naturalmente, todas estas cualidades, genuinas o no, deben concretarse en actos, pero la acción no es idéntica necesariamente en todas las circunstancias. La naturaleza del mandato radical y trascendental tiene una fuerza doble: la pobreza "de espíritu" es más (no menos) exigente que una pobreza meramente exterior que dimana de las condiciones económicas; y la limpieza "de corazón" contrasta con la limpieza externa que se basa en exigencias rituales.

La insistencia en una moralidad que proviene del corazón no se detiene ah í. Una parte del sermón de la montaña ofrece un contraste explícito entre la antigua y la nueva ley (Mt 5, 21—5,48), y una de las notas distintivas de la ética cristiana que aflora es la profundidad de sus exigencias: no sólo el homicidio o el adulterio sino las inclinaciones hacia esos dos sentidos son indignas del cristiano. (Mt 5, 21-30). Lejos de contentarse con la actuación externa, Cristo se preocupa de los motivos por los que se pone en práctica la clásica tríada judía de buenas obras: limosna, oración y ayuno (Mt 6, 1-18). Una vez más esto implica una bondad radical profundamente amplia, que solamente puede proceder del corazón.

Este principio aparece explícito en Mt 7,17-18: "*los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados dan frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos*". Mt 12,34-35 amplía este pensamiento.

Después de repetir el dicho de que Ios árboles sanos dan frutos buenos y los árboles dañados dan frutos malos (v. 33) leemos: “iCamada de víboras! ¿Cómo pueden ser buenas vuestras palabras siendo vosotros malos? Porque Io que rebosa del corazón lo habla la boca: el que es bueno, saca cosas buenas de su almacén de bondad; el que es malo saca cosas malas del almacén de maldad" (Mt 12,34—35). El actuar del cristiano debe brotar de lo que es el hombre. Por él lo es importante que su corazón esté puesto en las cosas buenas: “donde tengas tu riqueza tendrás el corazón" (Mt 6,2 1).

Incluso lo que a primera vista parece un asunto puramente legaI, la pprohibición del divorcio (Mt 19,1-9), en realidad es una Ilamada al cambio de corazón (y, se puede añadir, este ideal puede hacer lo Ilevadero solamente eI cambio de corazón). En el v. 9 la permisión del divorcio en la Iey mosaica es explicada como una concesión a “la dureza de corazón” del hombre. Esto implica que, al ser eliminada por Cristo la dureza de corazón, el ideal de fidelidad total es posible en el matrimonio.

Desde un punto de vista negativo, la santidad que se contenta con lo externo y no Ilega hasta el "corazón" es censurada lo mismo que otros vicios típicamente "fariseos” en Mt 23,25-28:

*“iAy de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera lo copa y el plato, mientras dentro rebosan de robo y desenfreno...! iAy de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros encalados! Por fuero tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos de muerto y podredumbre; /o mismo vosotros.’ por fuera parecéis honrados, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y de crímenes”.*

El tema aparece en Lc 16,15, donde Jesús se dirige a los fariseos en estos términos: “Vosotros sois los que os las dais de intachables ante la gente, pero Dios os conoce por dentro, y ese encumbrarse entre los hombres le repugna a Dios”.

El ideal cristiano, sobre todo como lo propone Mateo, es sin duda una realización de las esperanzas de Jeremías y Ezequiel, a la vez que su ideal de un pueblo con un corazón nuevo, para cumplir la voluntad de Dios no con un espíritu forzado o poco generoso, sino con la obediencia incondicional que brota de un deseo profundo.

Es, además, una idea que Cristo mismo ha realizado a la perfección. Así como su acción (cf. especialmente Lc 3,22; 4,1; 4,18-20) manifiesta bien ’el Espíritu nuevo (Ez 36,26), de la misma manera su corazón es “un corazón de carne" (Ez 36,26) en el que fue escrita la ley de Dios (Jer 31,33). Esto expresa un texto evangélico, otra vez de san Mateo (11,28—30):

*“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”*

El lenguaje rabínico hablaba con bastante frecuencia del "yugo” y de la "carga” de la ley. Un uso similar se halla en Mt 23,4: “(Los escribas y fariseos) Iían fardos pesados y los cargan en las espaldas de los demás, mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo". En tiempo de Cristo las numerosísimas leyes de los rabinos eran, en verdad, una carga pesada para cualquiera que intentase observarlas, pero a un nivel todavía más elemental cualquier ley, incluso la que expresa la más apremiante e ineludible de las obligaciones, es una imposición para quien la acepta solamente porque está obligado a obrar así, pero carece de corazón para buscar y hacer la voluntad de Dios (cf. 1 Tim 1,8-11).

"El descanso" que ofrece Cristo no es ausencia de exigencias y el evangelio habla incluso deI "yugo" de Cristo que, no obstante, será llevadero y ligero. Los evangelios hablan también de llevar la cruz (Mt 10,38; Lc 14,27; Mt 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23). La clave para que el yugo cristiano sea "llevadero” no se funda en un ideal mediocre, sino en el hecho de que es Ilevado por quien ha conformado su corazón con el modelo que es Cristo ("aprended de mi que soy manso y humilde de corazón") caracteriza Io que él exige de sus seguidores. De un modo muy semejante "las bienaventuranzas" hablan de “pobreza de espíritu", "mansedumbre” y “misericordia”. También es similar la exigencia de que Ios cristianos se hagan como niños (Mt 18,3-4). Esto se contrapone a la preocupación de los discípulos por la grandeza y el prestigio (Mt 18,1) y, por lo tanto, es propuesto para dirigir la atención al reconocimiento que el niño tiene de su propia pequeñez y necesidad de ayuda; esto se acerca a la "mansedumbre" y "humildad". Después, Mt 11,29 se fija en Jesús como la personalización de la actitud esencial del cristiano, con un acento especial sobre el hecho de que no se trata de una postura aprendida con arreglo a una regla, sino de una disposición del corazón, una actitud que domina por completo al cristiano.

Aunque Mt 11,29 elige una disposición fundamental del corazón que se cumple en Cristo, en realidad nos incluye a todos. No obstante, quizá se pueda ampliar algo el modo de abordarla at mismo tiempo que las indicaciones que en pocas. palabras se pueden esbozar aquí. La más característica de las exigencias del “cambio de corazón" del cristiano es el ideal inseparable de amar a Dios y al prójimo (cf. Mt 22, 28 ss.: Jn 13,34—35;( 1 Jn 2,10—11; 3,13—18; 4,16; Gal 5,13—14; Rom 13,8—10). Rom 5,5 insiste en que este amor es un don de Dios, "derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado".

La expresión “en nuestros corazones" acentúa de nuevo la naturaleza radical y total de la transformación efectuada por esta virtud característica del cristiano. También se realiza enteramente en Cristo, quien reclama un amor absoluto a los hombres (comparar Jn 15,13 y Jn 10,11). Su amor a Dios es patente en su total identificación con la voluntad de su Padre (comparar Jn 14,23 y 15,10, que equiparan el amor con hacer la voluntad de la persona amada, y Jn 4,34; 14,31). Según el hilo del pensamiento que estamos siguiendo, podemos sostener que, en términos bíblicos, este amor “Ilena el corazón" de Jesús (cf. Rom 5,5).

De acuerdo con el uso bíblico de este género de ex presión, dirigimos ahora nuestra atención no precisamente al hecho de que Jesús amó a Dios y a los hombres, sino sobre todo a la calidad de ese amor. Está, como debe estarlo toda virtud cristiana, profundamente arraigado, es una expresión de su ser más profundo, es un amor que brota del corazón e informa toda su actividad.

Tierno, indulgente y paciente, el amor de Dios (como lo describen los profetas) ... era vehemente y sublime. Sin embargo, no fue más que el preludio de aquella encendida caridad que un día brotaría del corazón del Redentor prometido a la humanidad. Este amor iba a ser el modelo de nuestro amor y la piedra angular de la Nueva Alianza (Pío X II, 15 de mayo, 1956, Haurietis Aquas, n. 17).

*El amor de Cristo no pide como respuesta unos sentimientos débiles, de segunda o tercera categoría. Quiere sentimientos genuinos. Dese un amor fuerte, una valentía varonil, algo grande de nuestra alma de nuestra oración.*

Cardenal Montini

Discurso, 8 de junio de 1956

### 

### Capítulo 3: DEL CONTRATO A LA ALIANZA —UNA ESPIRITUALIDAD DEL CORAZÓN— Eugenio J. Cuskelly, M.S.C.

Inicio este capítulo con algunas reflexiones sobre el discutido tema del matrimonio y la anulación del mismo. Quiero señalar especialmente la reciente e interesante evolución que se vislumbra en algunos tribunales matrimoniales. Se habla mucho menos que antes de contrato matrimonial y mucho más de alianza matrimonial. A través de este cambio de terminología, quieren enfatizar una calidad especial en el consentimiento requerido para la validez del matrimonio cristiano. Quieren indicarnos también, que el matrimonio se pue- de anular si los interesados no hicieron, o fueron incapaces de hacer, una alianza real y personal; y esto por ausencia del tipo de consentimiento exigido.

Se da entre los moralistas una interesante discusión acerca del modo en que la ausencia de amor puede invalidar el consentimiento matrimonial. Según ellos, el consentimiento necesario en su profunda realidad, es un acto de libre voluntad mediante el cual dos personas se entregan radical y totalmente uno al otro.

El verdadero amor significa una disponibilidad de entrega; es un amor altruista, desinteresado, que se expresa en el acto de dar y está dispuesto a perseverar en esta actitud. Por otra parte, existe un amor egoísta, cerrado en s í mismo, incapaz de dar o poco inclinado a hacerlo. Este amor busca gozar del otro, sin más. Cuando dentro de un matrimonio, los interesados no buscan más que complacerse el uno al otro, este amor que no es más que un gusto y ego ismo puede aparentemente ser suficiente para el matrimonio. Pero no lo es.

Una alianza es más que un contrato porque está penetrada y enriquecida por un amor real y sacrificado, donde sí mismo. Existen personas que viviendo formas matrimoniales son incapaces de realizar una alianza. Otras, tienen capacidad, pero son demasiado egoístas para hacerla. Estas personas pueden respetar un contrato por un tiempo, hasta por muchos años, pero nunca llegan a vivir una alianza. Por otra parte, hay quienes entran realmente en una alianza matrimonial. Pero el ego ismo puede surgir; uno de los dos puede convertirse a la mentalidad del matrimonio-contrato. Entonces, cuando el amor ha desaparecido por completo del matrimonio, puede ser muy difícil mantenerse en el contrato, y puede resultar imposible restaurar el amor perdido.

En cada Eucaristía recordamos “la sangre de la alianza nueva y eterna". La Iglesia es el pueblo de la Alianza, o por lo menos está Ilamada a serlo.

¿Dónde se halla hoy la Iglesia? Esta es una pregunta frecuente- mente planteada a personas que han visto algo de la lglesia en muchos países distintos. Supongo que cada uno tiene su propia respuesta a esta pregunta. Yo pienso que hoy la Iglesia se sitúa entre el contrato y la alianza; tiene una gran necesidad de aprender de nuevo a vivir esta nueva alianza anunciada por los profetas y realizada en Cristo.

Siempre el Pueblo de Dios ha sido llamado a ser el pueblo de la Alianza; Ilamado siempre pero muy pocas veces correspondido con suficiente generosidad. La Alianza puede ser eternamente nueva, pero la humanidad envejece continuamente y tiene necesidad de redescubrir al Dios que renueva su juventud. Al maravillarse frente a los prodigios realizados por Dios para sacarlos de Egipto, ante la novedad de la Ilamada de Yahvé, el pueblo clamó Ileno de entusiasmo y alegría: “Sí, seremos tu pueblo y tú serás nuestro Dios”. Pero conocemos bien que este maravilloso capítulo inicial fue seguido por historias muy humanas, llenas de ego ismo, pecado y abandono de la alianza un día vivida en el amor. Se olvidaron de su Dios y de lo que habían prometido con tanta prontitud. Pero Dios no se olvida y conocemos las nuevas promesas formuladas a través de los profetas. “Vendrán días —palabra de Yahvé— en que yo pactaré con el pueblo de Israel una nueva alianza. No será como esa alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano, sacándoles de Egipto. Ellos quebraron mi alianza, siendo yo el Señor de ellos. Esto declara Yahvé: Cuando Ilegue el tiempo, yo pactaré con Israel esta otra alianza: Pondré mi ley en su interior, la escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá que enseñarse mutuamente diciéndose el uno al otro: “Conozcan a Yahvé". Pues me conocerán todos, del más grande al más humilde.

*Porque yo habré perdonado su culpa y no me acordaré más de su*

*pecado*" (Jer. 31,31—34).

” Les daré un corazón nuevo, y pondré dentro de ustedes un espíritu nuevo. Les quitaré del cuerpo el corazón de piedra y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en ustedes, para que vivan según mis mandatos y respeten mis órdenes. Habitaré en la tierra que yo día sus padres. Ustedes serán para m í un pueblo y a m í me tendrán por su Dios". (Ez. 36,26—28).

La Nueva Alianza se realiza en Cristo. En El, las palabras del Salmo 39 encuentran su más perfecta aplicación: "Mira, aquí vengo, de m i se dijo lo que está escrito en el libro; cumpliré, oh Dios, tu voluntad". (Cf. Heb. 10). En Io más profundo de su corazón huma- no, un hijo de hombre se eleva por encima de todos los contratos para vivir con amor gozoso en la Iey de Dios, un perfecto amor de alianza. De ese corazón, traspasado en la cruz y bajo el símbolo del agua que mana del mismo, se nos da su Espíritu para que gocemos de la dicha de ser pueblo de Dios y de reconocer lo como nuestro Dios.

Este gozo era característico en los primeros cristianos, quienes, admirados por la original fe pascual, sellaban una nueva a lianza con el Señor. Esta ha sido vivida con la misma, aunque nueva, respuesta en cada época y en cada tierra donde la Buena Nueva se percibe como Iuz en medio de nuestras ti nieblas, como esperanza en nuestra apatía, como maravilloso don de amor. Pero la novedad se desluce al correr de los tiempos, el paso de los años conduce al cansancio.

Existen muchas cosas en nuestro mundo que ocupan y dividen nuestros corazones. Es cierto que para nosotros la nueva alianza envejece y podemos fácilmente pasar de la alianza al contrato. Cuando ya no halÍamos alegría en el cumplimiento de la ley de Dios, nos preguntamos si vale la pena mantenernos en el contrato. En realidad, seguirnos cumpliendo con los deberes, seguirnos fieles a la ley y a los mandamientos, pero sin Espíritu y con un corazón de piedra; no es as í como se vive una alianza.

‹Dónde se ubica la lglesia en la actualidad? En este momento existen personas cansadas de reglas y observancias; algunos hacen lo que tienen que hacer por estricto sentido del deber; otros aparecen solamente en la iglesia para el bautismo, el matrimonio y el entierro. Hay hornbres como Lefebvre y sus seguidores que dicen: volvamos a los contratos claros con normas obligatorias y precisas que observemos cuidadosamente. No, no puedo ver ah í una Ilamada del Señor. Tenemos que avanzar viviendo y predicando una alianza con un corazón nuevo.

Como el Concilio Vaticano II anunció claramente, ha llegado la hora, y Ilegó hace tiempo, en que se pide a los religiosos pasar del contrato a la alianza, manifestando a la Iuz del día que están viviendo con alegría en la Iey del Dios vivo. Según el Concilio, no deben mantenerse estructuras anacrónicas, ni observar unas normas vacías de todo sentido sin otro valor que el de haber sido redactadas en términos de antiguos contratos.

¿Qué pasó cuando nos enteramos de esto? Algunos percibieron esto como la oportunidad de revisar los contratos y posiblemente renovar los. Otros rompieron Ios suyos y ya no están con nosotros. (Fue cuando me dedicaba a leer sobre la anulación del matrimonio cuando caí en la cuenta del porqué Roma, antes de dar dispensas de los votos y del sacerdocio, indaga mucho sobre la vida y el carácter del interesado durante sus días de seminario. Realmente lo que trata de percibir es si, en el momento de su ordenación o profesión, el candidato realizaba un contrato o sellaba verdaderamente una alianza con el Señor, a través de un consentimiento motivado por un amor desinteresado, abierto y ansioso de dar).

Serla un consuelo poder pensar que todos nosotros que nos hemos quedado en la vida religiosa, lo hemos hecho por estar viviendo una alianza personal con el Señor que nos ha Ilamado. Pero también aquí tenemos casos paralelos a los matrimonios que no son un éxito. Al hacer su profesión u ordenación, el religioso o el sacerdote le hacía eco a la oración de David: "Con alegría, Señor, lo he dado todo".

En la ofrenda de las primicias está la alegría del don. Esta alegría se mantendrá en nuestros corazones mientras permanezca en ellos el amor que es la raíz del don. Por eso es necesario agregar a nuestra oración aquella otra de David: “Domine Deus Israel conserva hanc voluntatem" (1 Cron. 29,18), mantennos constantes en la alegría de la entrega. De lo contrario, aunque perseveremos en nuestra profesión, la alianza realizada en aquel tiempo puede degenerar en un puro contrato. Aguantamos buscando consuelos en otras partes.

Afortunadamente para nosotros, hay una gran diferencia entre los matrimonios que se han deteriorado y las alianzas personales con el Señor que han perdido su frescor. El amor de Yahvé se nos ha dado para siempre y su fidelidad permanece eternamente. Si lo deseamos, el Señor nos dará un corazón nuevo y pondrá en nosotros su Espíritu. Escuchemos una vez más a Ezequiel: "Libérense de todos los pecados que han cometido en contra mía y fórmense un nuevo corazón y un espíritu nuevo. Israel, ¿por qué buscas tu perdición? Mira que yo no me alegro en la perdición de nadie, sea el que sea. Conviértete y te salvarás, dice Yahvé". (Ez. 18,31—32).

Ha llegado el día en que la lglesia necesita religiosos y sacerdotes que vivan su alianza personal con Dios en Cristo, y puedan as í ayudar a los demás a ser un pueblo de la Alianza. Esto es válido para nuestras reflexiones sobre el ministerio: ¿Estamos ayudando a las personas a hacer y observar contratos, o a sellar alianzas?

Soy de la opinión de que en nuestros días se nos ha bendecido de un modo singular, si hemos aprendido a examinar cuidadosamente al Corazón de Cristo. Una “espiritualidad del corazón” es admirablemente adecuada para ayudarnos, (como también para ayudarnos en la asistencia de Ios demás), en estos momentos de transición que la Iglesia está viviendo. Está centrada en el corazón nuevo y el Espíritu que los profetas intuyeron como fuente de la vida y de la nueva alianza. Cuando entregó su vida por sus amigos, cuando su costado fue traspasado, Cristo nos dio su Espíritu. Este Espíritu pone amor en nuestros corazones y nos otorga la voluntad de servirle. Todo esto, y mucho más, va incluido en lo que en otra parte he denominado “una espiritualidad del corazón”.

CORAZÓN Y ESPÍRITU

*“El Espíritu del Señor se nos ha dado aquí ahora como un adelanto, con el que ya podemos saborear anticipadamente la victoria, la vida y la perfecta armonía del futuro. Tal es el Espíritu que el Padre derramó primero en el Corazón del Verbo hecho carne; el Espíritu que a través de ese Corazón manifestó su primera luz y su primer fuego; el Espíritu que inspiró a Jesús la palabra “Abba" en lo más profundo de su ser y que lo hizo llegarse a los hombres como Hermano de todos. Tal es también el Espíritu que Jesús glorificado comunica a los suyos desde el primer día de Pentecostés.*

*La presencia de este Espíritu en nuestros corazones es el vínculo entre nuestra existencia presente y Ia elevación pascual de Jesús en el pasado. Este Espíritu nos mueve a mirar hacia atrás, a lo ocurrido en la cruz, y a ver, con la fe, aquella corriente que empezó a fluir del costado de Jesús como comienzo de nuestra salvación.*

*Asimismo, el mismo Espíritu nos invita amar hacia delante y a levantar un puente entre nuestra vida actual y la gloria futura. Nos invita a mirar hacia adelante, es decir, a la Ciudad cruzada por el rio que fluye “después de brotar en el trono de Dios y del Cordero".*

*Finalmente, la presencia del Espíritu nos induce a mirar a lo alto, al Señor que está con el Padre y que, desde su ser profundo, nos comunica vida día a día. El Espíritu Santo es el don del Co razón de Jesús a nuestros corazones. Gracias a la encarnación del Hijo, el corazón del hombre es su morada. Al morar en nosotros consuma nuestra unión con "el que es y era y ha de venir”. (Ap. 1,4; 1 ,8; 4,8 y 11,17). El Espíritu que nos ha sido dado, está inaugurando ya el futuro que se nos prometió por algo que ha ocurrido en el pasado".*

J. Lescrauwaet, M.S.C.  
en Tríptico para una espiritualidad del Corazón.   
Versión española, pág. 101

**Capítulo 4 EL CORAZÓN EN LA BIBLIA: SÍMBOLO DE LA PERSONA Alejandro Diez-Macho, M.S.C.**

El lexema “corazón” es el término antropológico más usado en la Biblia hebrea.

Cuantitativamente es un término bíblico importante. Aparece 853 veces en la Biblia hebrea, a las que se han de sumar las 8 veces que figura en las secciones arameas del libro de Daniel. Por orden de frecuencia, ocupa el primer Iugar el Salterio, en el que aparece 147 veces; sigue Proverbios con 99 veces; vienen después, en orden descendente, Jeremías, Deuteronomio, Isaías, Éxodo, Ezequiel, 2 Crónicas y Eclesiastés 1.

Nada menos que 814 veces del total, el lexema se refiere al corazón del hombre. “Corazón” interviene en la Biblia hebrea 59 veces más que el otro lexema cuantitativamente más importante de la antropología veterotestamentaria que es la palabra psique (en hebreo nefesh), cuya traducción frecuente, aunque impropia, es “aIma”, 2

En el NT la voz corazón se deja ver 159 veces. Pablo lo menciona 51 veces, sin contar las 11 veces que esta dicción aparece en la Epístola a los Hebreos: es el hagiógrafo del NT que más veces escribe la palabra corazón; después Lucas: 24 veces en el evangelio y 21 en Hechos; sigue Mateo con 17 veces 3.

Tan alta cuota de recurrencia de la palabra corazón en la Biblia se explica por ser amplísimo su campo semántico.

2. Corazón tiene en la Biblia muchos más sentidos que en nuestros

diccionarios.

En las lenguas modernas corazón comprende una larga serie de significados: en sentido propio, el corazón físico; en sentido figura-do, una rica pluralidad de acepciones: ánimo, valor, espíritu, voluntad, amor, benevolencia, el medio o centro de una cosa, el interior de una cosa inanimada.

Los sentidos traslaticios de corazón en su mayor parte hacen referencia en nuestras lenguas a la vida afectiva, del sentimiento o de la voluntad. o a un comportamiento moral sincero, sin doblez. Algunas veces corazón es intercambiable con alma: la expresión "no tiene corazón” equivale a “no tiene alma"; partírsele el corazón equivale a “partírsele el aIma ", 4

A pesar del amplio campo semántico que aún cubre, corazón ha sufrido una reducción de significados en las lenguas modernas. Su función de "conocer”, tan destacada en la Biblia, en la Grecia arcaica y entre los romanos, apenas ha dejado huellas en algunas expresiones de nuestras lenguas; así “decir de coro" (de corazón) 5 es recitar de memoria; es expresión obsoleta en castellano, pero viva en la lengua francesa, en la que decir “par coeur" (de corazón) significa decir de memoria 6

Los verbos recordar, acordar, concordar, compuestos de la palabra latina cor (corazón) perpetúan en lengua romance la función intelectual que tuvo antiguamente la palabra en cuestión.

El campo semántico de corazón, es más, mucho más, dilatado en la Biblia. En ella se dicen tantas cosas del corazón, que sôlo si substituimos corazón por "persona" encontramos un sujeto capaz de recibir tantos y tan variados predicados.

Los rabinos antiguos ya notaron que el vocablo corazón está, en la Biblia, abrumado de sentidos: El comentario exegético al Eclesiastés. llamado Qohelet Rabba, al comentar Ecl 1, 16 (“Hablé con mi corazón"), alega 60 pasajes de la Biblia que atribuyen at corazón otras tantas funciones o predicados: El corazón ve, oye, habla, camina, cae, está en pie, se alegra, Ilora, se conforta, se turba, se endurece, desmaya, se duele, teme, quiebra, se enorgullece, se rebela, inventa, engaña, desborda, proyecta, desea, se extravía, es lujurioso, reanimado, robado, humillado, inducido, yerra, tiembla, despierta, ama, odia, envidia; es sondeado, rasgado, es meditativo; ardiente como fuego, duro como piedra; se arrepiente, se calienta, muere, se derrite; es capaz de recibir la palabra, de tener miedo, de desear lascivias, de obstinarse, de alegrarse, de engañar, de hablar dentro de sí, y de admitir soborno; escribe palabras, traza planes, recibe mandamientos, obra con orgullo, hace arreglos y se exalta a sí mismo 7.

La polisemia de corazón que revela el anterior texto rabínico, con ser amplia, no es exhaustiva. Pero basta para hacer ver que corazón es más significante en la Biblia que en las lenguas modernas.

Hacia el principio del siglo XI I apareció este vocablo en la lengua castellana. Al parecer, tomó la forma aumentativa de corazón, para significar el “gran corazón” del hornbre valiente y el “gran corazón" de la mujer amante 8. En la Biblia corazón significa muchas, muchas cosas más que “gran valor" o “gran amor”.

3. El significado propio de la palabra corazón, el corazón de carne,

es muy escaso en la Biblia.

Aunque el significado propio del lexema corazón en la Biblia y fuera de ella 9 es el de corazón físico, la Biblia apenas utiliza este sentido anatómico o fisiológico. 1 Sam 25,37 menciona el ataque cardíaco de Nabal, aquel rico calebita que poseía tres mil ovejas y mil cabras en el Carmelo y que tras una borrachera sufrió un ictus cardíaco, su corazón se amorteció en su interior y se quedó como de piedra". Falleció al cabo de diez días. Entre los muchos males que aquejan a un pecador castigado por Dios, uno es "palpitaciones de corazón" (Sal 38,11). Jeremías (4,19) describe el ataque cardíaco que le provocó la inminencia de la guerra: “Mi interior! ¡Mi interior! ¡Me retuerzo! ¡Paredes de mi corazón! ¡Mi corazón gime!” (cf. Wolff, ob. cit. p. 65).

A veces corazón figura en paralelismo con "riñones", lo que hace pensar a algún autor que en tales casos se trata del corazón físico 10

La escasez de menciones del corazón físico en el AT deriva en buena parte de que este órgano no comparece en los capítulos de los sacrificios 11.

De la misma escasez o carencia de referencias al corazón físico adolece el NT. Sant 5,5 recrimina a los ricos “haber vivido en la tierra lujosamente, haber llevado vida disoluta y haber cebado sus corazones para el día de la matanza". Pablo predica a los de Listra que Dios les ha dado lluvias y fertilidad y “que ha colmado de alimento y de alegría sus corazones”. Luc 21,34 amonesta: “Tened cuidado que no se embote vuestro corazón por el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de la vida". Pero en los tres casos el sentido de corazón parece ser figurado: el de cuerpo o vida 12,

Dígase lo mismo de Gen 18,5: Abraham coge un trozo de pan para que los tres varones que se le acercaron en el encinar de Mambré reparen sus corazones, es decir, para que reparen sus fuerzas.

La Biblia, pues, presta muy escasa atención al corazón físico, del que según Oseas (13,8), las costillas son "tapadera"; casi exclusivamente usa su lexema en sentido figurado.

Una alusión implícita al corazón físico de Jesús se encuentra en Jn 19,34, texto importante en la historia y teología del culto al Corazón de Jesús. Dicho versículo no menciona más que la trasverberación del costado (pleura) de Cristo, pero implícitamente alude al corazón físico del Señor. Es lo que el soldado quería atravesar para asegurar la muerte de Jesús: no sólo el costado, sino el corazón 13.

Así lo entienden las letanías del Corazón de Jesús, cuando invocan al "Cor Jesu lancea perforatum", y la Encíclica Haurietis Aquas, cuando repetidamente se refiere al Corazón herido de Jesús.

De lo dicho se desprende, que la Biblia privilegia el sentido figurado del lexema corazón. Lo mismo ocurre en el culto al Corazón de Jesús: prima el sentido figurado de corazón, aunque incluye también el corazón físico, el “Cor Jesu, in sinu Virginis Matris formatum", de las letanías antes citadas.

4. Sentidos figurados de “corazón ": El pecho

Acabamos de ver que “costado" de Jn 19,34 significa corazón. Inversamente en la Biblia varias veces corazón significa “pecho", “costado", lo que recubre el corazón.

Quedando Absalón colgado de una encina por la cabellera, Joab “clavó tres dardos en su corazón". Corazón significa aquí que los clavó en el "pecho" o "costado", pues de haberlos clavado en el propio corazón, hubiera sido innecesario que diez escuderos de Joab lo hirieran seguidamente para dar le muerte (2 Sam 18, 14s).

La flecha que lanzó Jehú, persiguiendo a Joram, “salió de su corazón” (2 Re 9,24): significa que salió de su “pecho’’ 14.

Aquellas mujeres que, en el asalto de Nínive, gimen con zureo de palomas y "golpean sus corazones" (Nah 2,8), gimen y golpean sus "pechos".

El pectoral que Ilevaba Aarón “sobre el corazón" (Ex 28, 29s: tres veces), era la prenda que llevaba sobre el pecho.

Con las palabras “ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo”, Ia esposa de los Cantares pide ser sellada sobre el pecho y sobre el brazo.

El uso de corazón en sentido de pecho suplió la falta en hebreo bíblico, de un término para significar el pecho humano. La palabra hebrea para “pecho" (hazeh) parece significar en el hebreo de la Biblia el pecho de los animales 15.

5. Corazón: lo interior de una cosa

Como el corazón se alberga dentro del pecho, fácilmente tomó la acepción de lo interior de las cosas. Lo interior del hombre o del animal —el corazón— por metonimia pasó a significar lo interior de las cosas. Hay ejemplos en la Biblia:

Ex 15,8, "Los abismos se congelaron en el corazón del mar", quiere decir que se congelaron dentro del mar. Acostarse (Prov 23,34), navegar (Prov 30,19), comerciar, perder la mercadería "en el corazón del mar" (Ez 27, 4.25-27; 28,2.8), significan acciones o perdidas dentro del mar o mar adentro. Subir el fuego at "corazón” de los cielos" (Dt 4,11) denota subir muy arriba, dentro del espacio. Permanecer el Hijo del hombre tres d las y tres noches en "el corazón de la tierra" (Mt 12,40) equivale a estar ese tiempo dentro de la tierra.

La "figura como de hombre" levantada por el viento "desde el corazón del mar" (4 Esd 13,3), es el Hijo del hombre que emerge desde el interior del mar 16.

Lenguas semíticas distintas del hebreo operan la misma traslación de sentido: corazón significa en ellas lo interior, lo que está dentro. Por ej., en lenguas semíticas tan antiguas, como el árabe y el acadio 17.

Lo mismo ocurren en lenguas indoeuropeas 18.

6. Corazón: Ia vida interior del hombre.

De manera especial, corazón significa toda la vida interior del hombre. Por eso "interior del hombre" rima en paralelismo sinonímica con corazón: "Yo pongo mi ley en su interior; Ia escribo en sus corazones" (Jer 31,33). "En el corazón del inteligente reposa la sabiduría; en el interior de los necios no es conocida" (Prov 14,33).

"Exterior del hombre" se usa en paralelismo antitético con corazón:

"Los hombres y en lo externo, pero Dios ve el corazón" (1 Sam 16,7). El "interior" es el asiento de las vísceras. La más importante es el corazón. Segunda en importancia son los riñones, mencionados en la Biblia diversas veces en asociación con el corazón 9 . La acepción de "interior del hombre" en el lexema corazón es tan frecuente en la Biblia que, según algún autor 20, la interioridad del hombre es el significado comim que subyace a los variadísimos usos que la Biblia hebrea hate de la palabra que estudiamos.

Corazón manifiesta en la LXX la misma propensión semántica que en hebreo: significar la interioridad del hombre. Hay casos en los que el texto hebreo dice "interior", y dicho texto griego traduce corazón (Sal 5,10; 61,6; 93,19; Prov 14,33; 26,24) 21. En esa traducción griega, lo mismo que el apógrafo hebreo, corazón "antes que nada es, también el Órgano de Ia vida personal humana, el punto interior en que se concentra el ser y el obrar del hombre como personalidad espiritual" 22.

La literatura judía intertestamentaria, no canónica, atribuye asimismo at corazón toda la vida interior 23.

En el NT igualmente corazón es "el centro de Ia vida interior del hombre, en donde tienen asiento u origen todas las fuerzas y funciones psíquicas y espirituales" 24. Igualmente "para los antiguos semitas, el corazón... es el centro de toda Ia vida psíquica y moral, de la vida interior” 25

8. Corazón: la vida afectiva, los sentimientos y voluntad.

Dada la repercusión de la vida afectiva en el corazón humano, es lógico que la Biblia, como cualquier otro documento de entorno cultural distinta 25 bis predique del corazón las diversas manifestaciones de tal vida: toda suerte de sentimientos, emociones y voliciones:

El corazón gime (Sat 37,9); se angustia (Sal 34,19); se dilata (Sal 1 1 9,32: 2 Cor 6,11); duda (Ecl 2,20; Lam 1,20); se entristece (Gen 6,6; 1 Sam 1,8; Prov 13,12; 14,10; Jn 16,6); se alegra (Ex 4,14; Jue 16,25: Sat 4,8: Sal 118,111: Is 24,7; 66,14; Prov 23,15; Act 2,26); se duele (Gen 6,6; I Sam 1,8; Is 1,5; Jer 4,18; Sal 13,3; Rom 9,2); se intimida (Deut 1,28); tiembla como las hojas ante el viento (Is 7,2); tiene miedo (Deut 20,3.8; Sal 25,17); se alarma (Deut 28,65); se ablanda (Is 7,4; Deut 20,8); se derrite como cera (Sal 22,15; Deut 20,8; Jos 2,11; Is 13,7; Ez 21,12); desmaya o languidece(Gen 45,2 7); arde (Luc 24,32); se encoleriza (Job 15,12).

Natural mente el corazón ama: El esposo del Cantar de los Can- tares recrimina a la esposa que le ha hurtado el amor disparando una mirada como flecha al corazón: “Me robaste el corazón..., me robaste el corazón con una mirada de tus ojos” (Cant 4,9). El precepto de amar, que resume la ley, to ha de cumplir el hornbre con el corazón: "Amarás a Yahweh, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza” (Deut 6,5; cf. Mc 12,30; Mt 22,37; Luc 10,27).

Yahweh circuncida el corazón de los israelitas para que el corazón pueda cumplir sus deberes de amor: “Yahweh, tu Dios, circuncidará tu corazón y el corazón de tus descendientes para que ames a Yahweh, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma...” (Deut 30,6). Dios, dice Pablo, endereza el corazón para amar a Dios (2 Tes 3,5). V los cristianos, ordena Pedro, deben amarse “de corazón, in- tensamente, unos a otros" (1 Pe 1,22). A los que amaba, Pablo los Ilevaba dentro del corazón: A los filipenses les dice: “Os tengo en mi corazón” (Fil 1,7); a los Corintios les pide que le den cabida en su corazón (2 Cor 7,2), y les asegura un puesto en su corazón de Apóstol, unidos para la muerte y para la vida (2 Cor 7,3).

El corazón es el asiento del amor individual y del amor mutuo o correspondido que llamamos amistad: Cuando los Hechos de los Apóstoles (Hech 4,32) relatan que “los creyentes tenían un solo corazón, una sola alma", quieren decir una so la cosa: que tenían un solo corazón, o to que es to mismo, que tenían “una sola alma”, o to que es lo mismo que tenían amor mutuo, amistad. "Una sola alma" es la definición clásica de la amistad 26

As í como es asiento del amor, también el corazón es sede del odio (Lev 19,17).

El amor se atribuye muy a menudo at corazón en las páginas sagradas con léxico diverso, pero equivalente, porque amor bíblico es básicamente decisión de la voluntad, opción libre, entrega, obediencia, escucha, respuesta; y por Io mismo, el corazón es también asiento del amor, aunque la Biblia no diga que el corazón ama, sino que escucha, obedece, acepta, cumple la voluntad de Dios.

El corazón es, en la Biblia, asiento de las decisiones, y de toda la variada gama de actos de voluntad: de los planes (Prov 16,9; Sat 20,5; Gen 6,5; Prov 6,18), de las intenciones (2 Sam 7,3; Is 10,7), de los propósitos (2 Cor 9,7; Act 11,23), de los deseos (Ecl 11,9; Rom 1,24), de los impulsos a obrar (Ex 35,21; 2 Re 12,5), de la obediencia (2 Sam 15,6; 1 Re 8,61; 11,4; Prov 23,26), de la conversión (1 Sam 12.24; Joel 2,12; Jer 3,10), de la conciencia moral (1 Sam 24,6; 2 Sam 24, 10; Job 27,6; 1 Jn 3,20), de la voluntad (1 Sam 13,14).

9. Corazón: vida cognitiva o intelectual

El área semántica de “corazón" no se circunscribe a la vida afectiva, de los sentimientos y de la voluntad: abarca también y de manera especial la vida intelectual o cognitiva. De las 814 veces que el Antiguo Testamento menciona el “corazón" del hombre, unas 400 veces 27 le atribuye funciones de conocimiento, to cual, como expondremos, no es uso semántico exclusivo de la Biblia, sino fenómeno común a otras culturas.

La Biblia está muy lejos de especializar el vocablo “corazón” para denotar únicamente la vida emocional. Es curioso observar que la literatura sapiencial bíblica, de carácter didáctico, es la más pródiga en el uso de la palabra corazón: 99 veces se registra en el libro de Proverbios, 42 en Eclesiastés y 51 en Deuteronomio 28 .

El corazón entiende (Deut 2-9,3; Is 6,10; Mat 13,15; Jn 12,40) o no entiende (Luc 24,25); piensa (Sal 14,1; Ecl 2,1.15; 3,17; Me 7,21; Mt 6,21; Luc 3,15; 5,22); consigue el conocimiento (Prov 18,15; Ef 1,18), busca la ciencia (Prov 15,14); es sabio (Sal 90, 12); tiene memoria (Deut 4,9; 8,5; Is 33,18; 65,17; Jer 3,16; Sal 31,13; Prov 3,3; Dan 7,28: Luc 2,51); es la inteligencia (Job 12,3; 34,10; 34,34), o el órgano de la sabiduría (Prov 2,10; 14,33; 16,23; Ecl 1,16).

Tener poco corazón es escasear en saber (Prov 10,13), estar falto de corazón es carecer de conocimiento (Prov 24,30), poseer un corazón es ser inteligente, por eso Job dice a sus amigos: “También yo tengo un corazón como vosotros” (Job 12,3), es decir, soy tan inteligente como vosotros 29.

Que corazón significaba facultad de conocer para el judaísmo, se echa de ver en las tradiciones arameas que llamamos Tárgum in, en Deut 8,2 el texto hebreo dice: "para conocer Io que hay en tu corazón"; el Targumin Neofiti traduce el arameo: “para conocer lo que hay en el pensamiento de tu corazón"; en Deut 18,21 el hebreo dice: "si dices en tu corazón"; Neofiti traduce: "Si decís en el pensamiento de vuestro corazón"; en Gen 8,21: "y dijo Yahweh en su corazón”; Neofiti: “y dijo Yahweh en el pensamiento de su corazón’ ’30.

El frecuente uso bíblico del vocablo corazón para funciones cognoscitivas, no ha de Ilevar a la conclusión equivocada que el término corazón es poco apropiado para simbolizar la vida afectiva, la vida de amor. Esto sería proyectar sobre el “conocer" bíblico la semántica intelectualista que posee el conocimiento en la cultura griega y en nuestra cultura por influjo de esa cultura clásica. El puro “conocer”, sensitivo o intelectual, o implica un saber experimental, una noticia afectiva y amorosa.

Conocer a alguien es acercarse a él con afecto; es cuidado y preocupación; en sentido negativo, descuido, despreocupación, abandono, una carga de desamor. Una persona conocida no es únicamente la persona renombrada sino el vecino, el compatriota, el hombre de confianza, el pariente, el amigo 31

Dos ejemplos, dos textos, bastarán para ilustrar lo que afirmamos, que el” conocer" bíblico muchas veces no es más que conocer y amar, las dos cosas juntas: “En esto sabemos que le hemos conocido (a Dios, a Cristo), si guardamos sus mandamientos. El que dice: Le conozco, pero no guarda su palabra, es un mentiroso" (1 Jn 2,3-4). En este texto, como en otros de Juan, conocer es amar, amar es cumplir los mandamientos de Dios y de su hijo. Segundo ejemplo: “Si uno ama a Dios, éste es conocido por él" (1 Cor 8,3): Aquí ser conocido por Dios, es sinónimo de ser conocido y amado por El.

Tan implicados están en la mentalidad hebraica conocer y amar, que la dicción "pensamiento" (madac) significa juntamente pensamiento y corazón 32

10. . Corazón: vida cognitiva también fuera de la Biblia.

Para que el nexo estrecho del conocer y amar, no lleve a despreciar la psicología de la Biblia, probamos a continuación que es nexo corriente en culturas no bíblicas, y que la psicología moderna avala la implicación del corazón en la función cognitiva.

"Para un semita el corazón es en primer lugar la inteligencia” 33. Entre los antiguos semitas se nota la tendencia a distinguir la inteligencia de los demás fenómenos de la vida psíquica, y a localizar la inteligencia en el corazón, las emociones y sentimientos en el vientre y otras vísceras 34

Para los árabes, ”corazón" en concreto significa corazón e inteligencia. Lo mismo en egipcio antiguo y en copto 36; Io mismo en el griego de Homero, Hesíodo y los poetas: el corazón no es sólo asiento de las emociones y sentimientos, sino del pensamiento 37; ä de más del corazón, son asiento del pensamiento y de los sentimientos el pericardio o diafragma 38, el "pulmón” 39 , el “pecho " 40 , el soplo contenido en el pecho 41. Este “soplo” se manifiesta en toda clase de sentimientos, especialmente de cólera, y además, como el corazón, piensa, conoce, reflexiona, imagina y recuerda 42

Posteriormente, en el griego clásico, este último vocablo, "soplo” (zymós), absorberá buena parte de los sentidos figurados de "corazón", uno de ellos el de conocer. Se debe esta reducción del campo semántico de corazón a influjo de la filosofía en el griego clásico: la filosofía empobreció la semántica de corazón, despojando a la palabra de sus sentidos figurados, uno de ellos “conocer”, y trasladó a la "inteligencia", a la "mente” 43, el quehacer intelectual..

Entre los latinos fueron los poetas, especialmente Virgilio y Lucrecio, quienes frecuentaron el uso arcaico y metafórico de “corazón” y "pecho" (pectus, cor), atribuyendo al "pecho", más frecuentemente que al “corazón”, las funciones cognitivas. Los prosistas, en cambio, atribuyeron el pensamiento al “ánimo" y a la “mente" 45.

En el área latina, como en la griega, se debe a la filosofía platónica haber reducido el área semántica de corazón y de varios términos correlativos; y es que Platón localizó en la cabeza el conocimiento “racionaI” 46 que posteriormente Ilamarán conocimiento “director ” 47 . Antes que Platón había localizado el conocimiento en la cabeza Alemeón de Crotona, contemporáneo de Pitágoras y quizá discípulo suyo 48.

La autoridad de Platón, con ser mucha, no se impuso universalmente, y diversos médicos y filósofos continuaron situando el cono- cimiento en el corazón. Aunque Hipócrates, Demócrito y Platón instalaron el intelecto en el cerebro, los epicúreos y estoicos to residenciaron en el corazón. Pero la tendencia espiritualista del platonismo fue ganando triunfos. Ello explica la desaparición casi completa de los usos metafóricos del lexema corazón en la lengua clásica griega (kardía) y latina (cor) 49

Cuando aparece el lexema es casi siempre en sentido anatómico y fisiológico preciso. El uso antiguo de corazón en sentido general de "interior” del hombre, del conjunto de sus facultades psíquicas, queda reemplazado por el uso banal de la voz "alma" 50. Para asiento de la inteligencia, se sirve de otras palabras 51, ni griegos ni latinos echarán mano de la palabra corazón a pesar de las opiniones de ciertos médicos y filósofos; en griego clásico, únicamente la voz diafragma, pericardio (fren), mantuvo el valor metafórico, sin duda porque su sentido propio, más especializado que el de "corazón”, resultaba menos familiar.

Incluso para localizar los sentimientos prefirieron usar el lexema "pecho” 52 ä la palabra corazón, que juzgaron sin duda demasiado precisa y material... Nos encontramos a muchas leguas de los hábitos Iingüísticos de la Biblia o de los semitas en general, cuya predilección por los usos metafóricos de corazón hemos destacado 53. A pesar de la reducción semántica operada en la palabra corazón del griego y el latín clásico por influjo de la filosofía, la versión griega LXX mantuvo la polisemia que la palabra corazón luce en el texto hebreo. Por Io mismo, en el Iéxico de la LXX corazón tiene funciones cognitivas 54

Las tiene tarnbién en el Nuevo Testamento, en parte por la mentalidad semítica de los hagiógrafos, en parte por el influjo de la LXX, que fue la Biblia adoptada por el cristianismo primitivo. En el NT el corazón conoce.

Como en el latín clásico la reducción semántica de corazón fue menor que en griego, no es extraño que la Vulgata conserve al lexema corazón la polisemia que tiene dicha dicción en el original hebreo que traduce al latín. En la Vulgata el corazón también conoce 55.

Los Santos Padres y escritores eclesiásticos seguidores del neo- platonismo, eliminaron del corazón la función cognoscitiva, reservándola para la mente o entendimiento; los aferrados al lenguaje bíblico, mantuvieron los sentidos Iigurados de corazón como el de conocer. En general Ios escritores orientales de espiritualidad retuvieron el uso bíblico de corazón, que Ios occidentales abandonaron. San Agustín unas veces adopta la semántica filosófica, otras la bíblica 56, semántica bíblica que la moderna psicología viene a confirmar.

La psicología más moderna, rimando con la psicología bíblica y despegándose de la dicotomía griega, que tanto ha influido nuestros hábitos de pensar, reconoce que el conocer humano suele estar teñido de afectividad. Por lo que la atribución de funciones cognoscitivas at corazón no inhabilita a este órgano para ser símbolo a la vez de la vida cognitiva y afectiva.

11. Corazón: vida moral y religiosa

Finalmente, al corazón se le atribuyen las más variadas manifestaciones de la vida moral y religiosa del hombre:

El corazón es duro (Ez 3,7; Mc 10,5; 16,14), o se endurece (Ex 10, 20: 11,10; Sal 94,8; Rom 2,5); es perverso (Ex 16,30; Sal 23,4; Mt 5,8; 1 Tim 1,5; 2 Tim 2,22); tiene deseos impuros (Rom 1,24), adultera (Mt 5,28); envidia (Sant 3,14); es fiel (Neh 9,8); es aItivo (Jer 49,16), orgulloso (Deut 8, 14; Os 13,6; Is 9,8), o es manso y humilde como el Corazón de Jesús (Mt 11,29); es noble o sencillo (Eclo 2,14; 1 Cron 29,17; Ef 6,5; Col 3,22); es recto (Sal 10,3; 35,11; 72,1: 93,15); es perfecto (2 Re 20,3; Is 38,3), es tardo para creer (Luc 24, 25); se cree con el corazón (Rom 10,10; Act 8,37), se convierte a Dios con el corazón (Jer 24,7; 2,12); con el corazón se Ie da culto (Eclo 39,41); con eł corazón se le sirve (1 Sam 12,20) y con el corazón se le ama (Mt 22,37; Mc 12,30) 57.

Precisamente porque la vida moral y religiosa se asienta en el corazón, Dios velador de tal vida, se comunica en el corazón del hombre:

Dios sondea el corazón de todos los humanos (1 Cron 28,9), Io escudriña (Rom 8,27), Io prueba (1 Tes 2,4), conoce lo que hay dentro de él (Luc 16,15); Cristo habita en él por la fe 58.

12. El corazón es el hornbre, la persona

Para que este epígrafe no cause extrañeza, conviene recordar que según la antropología bíblica “el cuerpo viviente y sus diferentes partes se consideran órgano y vehículo de la vida personal, hasta tal extremo que en cada parte puede expresarse y captarse la totalidad de la persona" 59 "Lo característico del pensamiento hebreo está en descubrir el todo en cada parte" 60.

Que el corazón es el hombre, la persona, se demuestra en primer lugar por textos bíblicos en los que aparece corazón en paralelismo sinonímico con un pronombre personal:

Sat 22,15: "Yo me derramo como el agua y mis huesos se han descoyuntado. Mi corazón es como la cera, se derrite dentro de mis entrañas".

Sat 27,3: “Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si se declara la guerra contra m i, aun así yo confío".

La sinonimia es clara: el corazón que no tiembla es el yo que confía.

Sal 45,2: “Mi corazón palpita 61 un bello poema: yo digo mis versos al rey”. Sinonimia entre el corazón que dice conmovido un poema yo que lo recita al rey.

Job 23,16: "Dios ha intimado mi corazón 62 y el Todopoderoso me ha aterrado"

Mc 2,8: '"Y al punto conociendo Jesús en su espíritu que pensaban en sí mismos, díceles: ¿por qué pensáis eso en vuestros corazones? "

En 2 Cor 6,11 corazón equivale a entrañas y a persona:

"Nuestro lenguaje ha sido claro con vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha dilatado (por el fuego del amor); 12 no estás estrechos en nosotros (=en nuestro corazón); es en vuestras entrañas en las que estáis estrechos; (dadme) vuestra contrapartida (de amor) os hablo como a hijos: dilataos también vosotros"

Jn 16,22: "Así también vosotros ahora estáis acongojados, volveré a veros y vuestro corazón (=vosotros) se regocijará y vuestro gozo (el gozo de vosotros) nadie os lo quitará"

Col 4,8: "Os envié a Tíquico a vosotros, para que... consuele a vuestros corazones".

Sant 5,5: "Vivisteis regaladamente sobre la tierra, y os disteis placeres, cebasteis vuestros corazones (os cebasteis a vosotros) para día de la matanza "63.

La equivalencia de corazón y "persona" ha sido señalada por exégetas. He aquí testimonios: ' 'El corazón (leb) puede generalizarse hasta designar a la persona misma y puede llegar incluso a desempeñar la función de un pronombre personal' '64 . "Algunas perífrasis que utilizan la palabra corazón (kardía) equivalen al simple pronombre personal o reflexivo' '65. "El corazón, la parte más interior, represarte al yo, la persona "66 

A veces corazón (leb) se utiliza de forma "complexiva para designar la persona entera, su vida íntima, su carácter (Is 10,7; Prov, 3,1; 24,17) 67. Tras estos testimonios de exégetas en favor de igualdad de corazón y persona recogemos nuevos textos de la Biblia que son los que fundan tal identidad y motivan tales testimonios:

1 Ped 3,4 nos dio mediante un sintagma críptico ' 'el hombre interior del corazón' — que el corazón es el posesor del hombre interior 68 o, más bien, que et hombre interior es el corazón 69 

Unas veces el corazón es el yo responsable: corazón (leb) denota especialmente el hombre responsable: "Lo que sale del corazón es verdaderamente característico de todo el hombre y de ello el corazón es responsable en cuanto que es un yo que actúa conscientementete" 70. Otras veces corazón denota simplemente el hombre, como en las frases siguientes:

Sal 22,27: "Vivan vuestros corazones 71 para siempre", es lo mismo que "vivid vosotros para siempre"

Ez 28,2: "Has enorgullecido tu corazón; has dicho: Soy un dios". La primera frase equivale a ' 'te has enorgullecido"

En frases como el corazón flaquea (Ez 21,20), se derrite (Jos 2,11; 5,1; 7,5; Is 13,7; 19,1), se alarma (Deut 28,65) y otras similares que afloran por muchas páginas de la Escritura, corazón se refiere al hombre en su totalidad 72 

En muchas frases bíblicas —ya lo hemos escrito— en lugar de corazón podemos substituir el pronombre personal correspondiente: Col 2,2: "Para que se consuelen vuestros corazones" equivale "para que os consoléis vosotros"; Hec 5,3: "Ananías, por qué Satanás ha tentado tu corazón? ", equivale a "por qué te ha tentado a ti? "

Tal equivalencia entre corazón y pronombre personal autoriza a menudo a traducir prescindiendo de corazón, dejando sin traducción esta palabra. ¿Qué diferencia hay, en efecto, en decir “alegría de corazón” o simplemente “alegría”? ¿Qué diferencia hay entre “se alegró en su corazón” y “se alegró” sin más aditamentos? 73. La propia Biblia a veces suprime por superflua la palabra corazón; así en Ez 32,9 el primer estico dice “contristaré el corazón de numerosos pueblos” y el segundo, sinónimo del anterior, “asustaré a numerosos pueblos”, en vez de “contristaré el corazón de numerosos pueblos”.

De todo lo que antecede se deduce que la Biblia de manera directa y expresa identifica corazón y persona 74 La misma identificación hace de manera indirecta e implícita, atribuyendo at corazón tal cantidad de predicados que únicamente se pueden predicar del corazón si se identifica con la persona. Es lo que afirma un ilustre autor:” Siendo el corazón asiento de la vida sensible, de la vida afectiva y de la vida intelectual, identificándose incluso con esta última, el corazón contiene todos los elementos constitutivos de lo que nosotros Ilamamos persona ”75

No queremos decir que todas y cada una de las menciones de corazón en la Biblia expresen la persona, afirmamos que tantos y tan variados atributos sôlo pueden aplicarse al corazón si éste es equivalente de persona, el núcleo último e irreductible de nuestro ser al que atribuimos todos los fenómenos de nuestra existencia 76

13. El hornbre según la Biblia es corazón.

Acabamos de ver que el corazón es el hombre. Ahora vamos a examinar una segunda fórmula distinta, pero equivalente: el hombre es corazón. La fórmula primera, estudiada en el apartado anterior, es corriente en léxicos bíblicos; la segunda fórmula —"el hombre es corazón"— es propia de libros de antropología bíblica.

He aquí la fórmula “el corazón es el hornbre” expresada de diversa manera en dos Iéxicos bíblicos: O. García de la Fuente 77 cierra su descripción de “corazón” en la Biblia con estas palabras: “Son tantas las funciones que los autores sagrados atribuyen al corazón, que bien puede decirse que, según la Escritura, el hornbre vale cuánto vale su corazón”. J. Caballero 78 afirma que el corazón no raras veces sintetiza a todo el hornbre en su aspecto más propio”. J. de Fraine A.A. Viard 79; “El corazón del hombre designa entonces toda su personalidad consciente, inteligente y libre”.

Los libros modernos de antropología bíblica echan mano de enunciados como los siguientes: el hombre es carne, no tiene carne 80; es alma, no tiene alma; es cuerpo, no tiene cuerpo. También afirman que el hornbre es corazón: “Es un conocido tópico, leemos en un reciente libro de antropología, que según la antropología bíblica 81, el yo, la persona, el hombre, "es alma, carne, corazón, etc.’’ 82,

Para entender el sentido de la aserción “el hombre es corazón” o de fórmulas antropológicas gemelas, hay que hacer unas reflexiones sobre la antropología de la Biblia:

Es corriente, desde hace unas décadas, afirmar que la Biblia contiene una antropología monista, es decir, que considera el hombre en bloque, sin despiezar to, como hicieron los filósofos griegos a partir de Platón. Nosotros, influidos por la filosofía dualista griega, decimos que el hornbre se compone de alma y cuerpo; la Biblia, según la mencionada exégesis monista, dice: el hombre es una unidad psicosomática indivisa expresa por diversos lexemas como "corazón” 83, “alma" 84, '"cuerpo" 85

Como los hebreos no disponen de un término que signifique persona, deben echar mano de uno de esos vocablos que significa aspecto de la persona, del bloque psicosomático, para con ellos denotar todo el hombre, la persona, el yo. Lo mismo que griegos: tuvieron que recurrir a un término del teatro, prósopon máscara que ponían los comediantes ante el rostro para, por este medio, expresar la persona.

La exégesis monista anota que las voces empleadas para significar el bloque humano, tales como corazón, carne, alma, cuerpo, significan partes de la persona, sino aspectos de toda la persona:

El hombre es carne denota a todo el hombre bajo el aspecto de hombre débil, en su pertenencia a este mundo, en su flaqueza, cuando no es su oposición a Dios, como ocurre en San Pablo.

El hombre es alma, significa a todo el hombre en cuanto viviente, en cuanto dotado de un hálito vital.

El hombre es espíritu 86 significa a todo el hombre en cuanto orientado hacia Dios, no sólo sobrenaturalmente por el Espíritu Santo y por los dones de Dios, sino por su misma naturaleza.

El hombre es cuerpo significa todo el hombre en cuanto capaz de relacionarse con el entorno, mediante un cuerpo físico en este mundo, mediante una corporeidad nueva después de la resurrección.

El hombre es corazón significa el hombre entero en cuanto centro de todas las operaciones físicas, psíquicas, espirituales, que no aparecen al exterior.

Se subraya: carne, alma, espíritu, cuerpo, corazón, son aspectos del hombre entero: aspectos, no partes.

Algunos puntos de la antropología monística, de la que proceden la fórmula "el hombre es corazón" y esas otras fórmulas gemelas pueden ser discutidos, por ej., extender el monismo, sin distinción, al Antiguo y al Nuevo Testamento, y dentro del Antiguo Testamento, todos sus libros, siendo así que determinados libros del Viejo Testamento reflejan una antropología dualista, que distingue en el hombre un componente corporal y otro espiritual, como recientemente ha puesto de manifiesto RH. Gundry 87

Se puede discutir también otro punto de la antropología monística, que los lexemas totalizadores, corazón, alma, carne, cuerpo, espíritu signifiquen en sí mismos todo el ser humano, aunque bajo visual o aspectos distintos, pues más bien parece que cada uno de esos términos totalizadores significa en sí mismos una dimensión o sector del hombre, que sirve por sinécdoque, por uso de la parte para denotar el todo, para expresar el hombre entero 88

A pesar de éstas y otras objeciones que se pueden o deben hacer al monismo antropológico bíblico 89 las fórmulas totalizadoras "el hombre es corazón", "es carne” ” es alma", etc., quedan en pie: para los partidarios del monismo antropológico bíblico, que hoy son legión, son un tópico, aplicable a toda la Biblia. Para los discrepantes del monismo antropológico quedan en pie en el Antiguo Testamento, fuera de algunos libros recientes, o, por lo menos, quedan en pie en aquellos pasajes del A y NT en los que los términos totalizadores citados son sinécdoque, es decir, parte del hombre utilizadas para expresar el todo.

Dejando de lado los demás términos totalizadores, ciñéndonos al lexema ' 'corazón", difícilmente podrá negar nadie que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento es un lexema totalizador, como hemos probado en el apartado precedente. “Corazón”, por sinécdoque, en muchos casos, denota la persona humana, y por ser sujeto universal de la plural actividad humana, se confunde con la persona. Es innegable el carácter totalizador de tal palabra respalda pues no sólo la fórmula “El corazón es la persona”, sino esta otra, hoy de mucha circulación: “la persona es corazón”. (Notas al final del documento)

*La redención del mundo – ese misterio tremendo del amor, en el que la creación es renovada – es en su raíz más profunda “la plenitud de la justicia en un corazón humano; en el Corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijo de Dios y llamados a la gracia, llamado al amor”.*

Juan Pablo II Redemptor Hominis, No. 9

**CAPITULO 5: CORAZÓN DE CRISTO: ENCUENTRO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE José Lescrauwaet, M.S.C.**

Hace poco, un autor bien conocido escribió en relación al hombre: “el deseo de su mente es conocer, el deseo de su corazón es ser conocido "1. Esta declaración no necesita ninguna confirmación. Nuestra mente nunca deja de cuestionar el mundo y la existencia humana. A la vez nuestro corazón está constantemente buscando un compartir que nos reafirme. De hecho, ambos anhelos están entre-mezclados. Vivimos con un corazón que razona.

La visión cristiana de nuestra existencia radica profundamente en estas aspiraciones tan humanas. Y esto no sólo es en teoría, sino también en un sentido muy concreto. Tan concreto y particular como la vida de Jesús de Nazaret. En la vida de Jesús, nuestra percepción cristiana intuye esta ambición humana fundamental en el más alto nivel de su actividad. Y así en Jesús se ve que nuestros deseos humanos se realizan plenamente

Sin embargo, su realización no fue sólo un logro para él, sino también dice referencia a nuestra existencia. El realizó nuestros deseos precisamente por ser el Mesías dado por Dios a nosotros y a toda la humanidad. Por medio de su corazón que razona encontramos una solución a nuestra ignorancia y soledad más profundas. Su Corazón abre un camino en la vida que todo hombre puede seguir con todo su corazón. Esbozar este camino es la meta de las siguientes siete tesis.

I. La visión cristiana de la existencia humana comienza con la convicción de que, en su realidad más profunda, nuestra vida es un don. Un don de Alguien para alguien. Un don real, no un préstamo sino una donación. Un don permanente que, consecuentemente, crea una relación constante. El corazón que razona se vuelve agradecido por esta relación.

Ser conscientes de nuestra existencia es una característica especifica de nuestro ser. No hay nada más precioso para nosotros ni tan cerca de nosotros como nuestra propia existencia. Esto no implica, sin embargo, que conozcamos todo Io que se puede saber sobre ella. AI contrario, frecuentemente nos asaltan las preguntas más urgentes sobre nuestra existencia.

Literal y figurativamente, nos miramos en el espejo desde los años más tempranos, anhelando, indagando y preguntándonos. Emergen en nosotros, sin necesidad de incitarlas, las preguntas vitales sobre el sentido de nuestra existencia: ¿Por qué, de dónde, hacia dónde? Al crecer dejamos de formularnos estas preguntas tan a menudo, pero las I levamos con nosotros de una etapa a otra de nuestra vida. No nos hacemos estas preguntas sólo porque estamos inquietos por el conocimiento; nos preocupan las posibles respuestas, por to menos, por dos razones.

La primera razón es que, como hornbres libres, somos responsables de todas nuestras decisiones y acciones. Tenemos que escoger y comprometernos en una Iínea de conducta personal. La aguja del compás de nuestro corazón que razona busca su dirección correcta. Sólo vivimos una vez, y tenemos que trazar una ruta hacia un objetivo que este conforme con las aspiraciones vitales de nuestro corazón.

La segunda razón la encontramos en la experiencia de soledad de nuestra condición humana. Sentirnos esta soledad cuando tenemos que escoger nuestro camino en la vida. La sentirnos de nuevo en las situaciones fronterizas de la vida: el conflicto y la culpabilidad, el sufrimiento y la muerte. Dentro de esta soledad existe un anhelo profundo de algún intercambio con otra persona.

El cristiano percibe que tiene el principio de una respuesta a su alcance. Es verdad que su conocimiento es imperfecto todavía, como también su profecía: pero, sin embargo, se siente capaz de apreciar su vida como un don, un don personal y permanente. Para él el hecho de su existencia es esencial mente algo más que el producto de un proceso impersonal de evolución. Es algo que hay que apreciar desde el corazón. Es el fruto de un darse personal y permanentemente.

Porque un verdadero don supone un donante consciente y libre, también supone la intención del donante que desea la aceptación de su don. Quien recibe algo como un verdadero don se da cuenta at instante de que es conocido. Sabe que no está solo y que alguien está bien dispuesto hacia él. Su corazón que razona dice al invisible Creador y Dador de vida: “Yo te doy gracias”.

En esta última frase el uso de los pronombres personales es importante. Por un Iado sabemos que la idea humana de “persona” no es la adecuada para expresar el misterio de Dios. Por otro Iado, discernimos en el don de nuestra vida una invitación “personal” a una aceptación libre y a una respuesta agradecida. Pues si nuestra existencia es realmente un don dado a una persona, debe ser a la vez una Ilamada a la reciprocidad. Precisamente en esta reciprocidad entre don y respuesta se manifiesta la relación “personal” entre el misterio de Dios y el misterio de mi propio corazón.

Ya que el don de nuestra existencia es una gracia permanente, las relaciones con nuestro Benefactor son duraderas. La experiencia agradecida de esta relación fundamental nos conduce a confesar con San Agustín: “Nos has creado, Señor, para tí, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" 2

II. Agradecido por su vida, Israel atribuyó al Dios invisible y al constante Dador, un corazón como el de una persona humana. Los israelitas sin embargo estaban convencidos de que no podía haber ni imagen ni definición de Dios. No obstante, no conocían ningún símbolo más humano y más apropiado que el de “corazón” para expresar su experiencia de la presencia personal de Dios.

La interpretación cristiana de la vida toma prestadas sus principales convicciones de la experiencia religiosa de Israel sobre la vida humana. Por este hecho, la visión cristiana enraíza en la historia de este pueblo por to menos diez siglos antes de Jesucristo.

A través de un sinnúmero de acontecimientos y de sus sentimientos sobre la forma en que estaban ligados por Dios, Israel se convenció profundamente de que Dios era real y cercano. Esta convicción no fue el resultado de una filosofía abstracta, ni de la enseñanza de un genio. Madurando como la fruta a través de la experiencia común, y de la continua interpretación profética, fue como este pueblo se dio cuenta del amor de Dios hacia ellos.

Partiendo de esta experiencia, Israel no atribuyó a Dios ninguna cualidad con más frecuencia que la de su bondad cariñosa. Bondad unida siempre a la fidelidad y a la disponibilidad at perdón. Los israelitas compararon su experiencia de la actitud de Dios hacia ellos con la conducta de los padres para con sus hijos, o con las relaciones entre un novio y su querida novia.

Es dentro de este contexto metafórico donde Israel adjudica a Dios un corazón vivo. Los israelitas cantaban la eficacia de "los proyectos de su corazón por todas las edades"’ (Salmo 32,11). De esta manera expresaban su firme confianza en que Dios llevaría a cabo, durante el transcurso de los siglos, Io que había comenzado con humanidad en sus inicios.

Sin duda, Israel estaba profundamente convencido del carácter absolutamente espiritual de Dios. Consecuentemente, no se referían al corazón como una entidad física, sino en un lenguaje simbólico. Israel tomaba prestado este símbolo de la experiencia humana de un “corazón para pensar" (Sir. 16,16). Según las formas antropológicas de hablar de los israelitas, el corazón no sólo simbolizaba las experiencias afectivas y emocionales, como es el caso de nuestro lenguaje actual. La palabra “corazón" en el lenguaje bíblico simboliza la totalidad de la vida interior de una persona. Incluye sus más internos y personales pensamientos, experiencias, sentimientos, intenciones, sabiduría, resoluciones y deseos. Con la palabra “corazón” los israelitas simbolizaban el centro de la existencia personal como tal, el núcleo decisivo de una personalidad. En su corazón el hornbre posee su propia vida, asimila sus experiencias, guarda sus memorias e inicia sus decisiones más importantes 3 .

De esta forma el libro de Job, a pesar de la experiencia de tanta miseria, declara que "Dios es sabio de corazón” (Job 9,4). En un relato del pecado humano, el libro del Génesis declara con referencia a Dios que "le dolió en su corazón" (G n. 6,6). Para Israel el pecado significa alejarse de Yahvé. Dios, sin embargo, impide que este proceso se torne fatal, y dice: "¿Cómo voy a dejarte, Efraím, ¿cómo entregarte Israel? ... Mi corazón se me revuelve dentro a la vez que mis entrañas se estremecen" (Oseas 11,8).

Después de la consagración del recién construido templo, Yahvé, refiriéndose a este santo Iugar, asegura al Rey Salomón: "Mis ojos y mi corazón estarán allí siempre” (I Reyes 9,3). Finalmente, en el Cantar Dios compara la alianza entre él e Israel con los lazos de amor entre el novio y la novia. Como el novio de su pueblo Yahvé declara: "Me robaste el corazón, hermana mía novia mía, me robaste el corazón” (Cantar 4,9).

En la continuación de este Canto, Yahvé invita a Israel a su Iado: "Ponme como sello sobre tu corazón" (Cantar 8,6). La historia de la preocupación de Dios por Israel tiene dos aspectos. Dios no sólo manifiesta el misterio de su corazón; también pide el corazón de la humanidad. En distintas formas Yahvé está pidiendo: “Dame, hijo mío, tu corazón" (Prov. 23,26).

IIl. Israel entendió que la verdadera religión tiene que ser más que una aceptación intelectual y una confesión verbal, más que una obediencia externa y una liturgia ritual. Dios exige al hornbre en su totalidad. El corazón es símbolo específico de esta totalidad humana. Israel falló en su respuesta a la exigencia de Dios. Sin embargo, mantuvo la esperanza de que en medio de ellos saldría, algún día, el Prometido "con corazón de justo”.

Para Israel el primer mandamiento es esencial. Este entraría muy pronto a formar parte incluso de su oración diaria. La versión más antigua se lee así: “Escucha, Israel: Yahvé es nuestro Dios, sólo Yahvé. Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy" (Deut. 6,5—6).

El uso bíblico de la palabra “corazón” es notable por su frecuencia. Se usa más de seiscientas sesenta veces. Se emplea más frecuentemente que las palabras que significan “Dios” o "Señor”. Su uso es poco corriente en el sentido meramente físico. Casi siempre es empleada en conexión con la vida humana, vista como una sola entidad de espíritu y cuerpo. As í el hombre tiene ojos para ver, oídos para oír, pero un "corazón para entender” (Deut. 29,4).

También el corazón es propiamente esa parte del hornbre que recibe las palabras o señales que vienen de Dios. Es en el corazón de los fieles donde se realiza el encuentro de Dios y el hombre. El israelita reconoce: "Bien sé, Dios mío, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud; por eso te he ofrecido voluntariamente todo esto con rectitud de corazón... Oh Yahvé, conserva esto perpetuamente para formar los pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige tú su corazón hacia ti” (I Cron. 29,17-18).

Yahvé no se contenta con la apariencia externa, sino que “El Señor mira at corazón" (I Sam. 16,7); Yahvé to dio a conocer varias veces por boca de sus profetas: “Yo, el Señor, exploro el corazón” (Jer. 17,10; Cf. 29,13). La condición para que la alianza sea eficaz es la siguiente: “Si os volvéis a Yahvé con todo vuestro corazón, quitad de en medio de vosotros los dioses extranjeros .., fijad vuestro corazón en Yahvé y servidle a él sólo" (I Sam. 7,3). Finalmente, el valor de todo culto depende de un "corazón contrito y humiIIado" (SaImo 51,19).

La realidad es que, Israel no Ilegó muchas veces a este nivel de pureza religiosa. El profeta declara de parte de Dios que “este pueblo tiene un corazón traidor y rebelde...; no se les ocurrió decir: Temamos a Yahvé nuestro Dios" (Jer. 5,23—24). Sus corazones no estaban atentos a Dios y "procedieron según la pertinacia de su mal corazón" (Jer. 7,24). Se les advirtió: “no endurezcáis vuestros corazones", pero a ésta y a otras advertencias no hicieron caso: “Son un pueblo que se equivoca en el corazón" (Salmo 93,8—10). Los profetas culpan a su pueblo por sus "corazones no circuncidados" y hasta por su "falso corazón" (Lev. 26,41; Oseas 10,2).

Los más fieles de Israel captaron el grito profético para tender hacia "un corazón nuevo y un espíritu nuevo" (Ezequiel, 18,31). De generación en generación pasaron esta súplica: "Crea en m í, oh Dios, un corazón puro, renueva dentro de m í un espíritu firme" (Salmo 51,12; Cf. Lam. 3,41).

Esta receptividad arrepentida corresponde exactamente a las in- tenciones positivas de Dios para el nuevo y definitivo futuro. Yahvé promete hacer en ellos to que ellos mismos no son capaces de realizar: "Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. lnfundiré en vosotros mi espíritu" (Ezequiel, 36,26—27).

Esta promesa de un corazón nuevo y un espíritu nuevo, como los dos componentes de la nueva vida de la humanidad con Dios, se extiende más allá de la historia de Israel hacia la reconciliación final de todos los hombres con Dios y entre sí. El cumplimentó de esta promesa comenzó en Jesús de Nazaret, no sólo como representante de Israel, sino como el Cristo de Dios para el mundo entero.

IV. En Jesús de Nazaret Dios elaboró y entregó at hombre el verdadero ideal del israelita. Como único "siervo de Yahvé", Jesús abrió sin reserva su corazón humano a Dios y a los demás hombres. Aunque él era el Hijo de Dios (ver tesis V), Jesús fue obediente hasta la muerte y se ofreció por el Espíritu Eterno a sus hermanos. En el interior de su corazón Dios y el hombre se encontraron perfectamente por primera vez y en una forma definitiva para toda la humanidad.

Un salmo mesiánico, tal como se interpreta en la carta a los Hebreos, nos expone la transición de la profecía de Israel hacia el cumplimiento del Evangelio. Este salmo se lee as í: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abr iste el oído; no pides sacrificio expiatorio, entonces yo digo: "Aquí estoy —como está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad". Dios mío, to quiero, y llevo tu ley en las entrañas" (Salmo 39,7—9).

La carta a los Hebreos cita estas palabras como pronunciadas "cuando Cristo entrô en el mundo" y pudo realmente decir a su Padre; "Me has preparado un cuerpo" (Heb. 10,5—7).

Esta cita tiene sentido en el contexto que trata del significado único del auto-ofrecimiento de Jesús en la cruz. En boca de Jesús estas palabras actúan como una declaración de su intencionalidad. Revela esta declaración dos aspectos notables del sufrimiento mesiánico de Jesús.

En primer lugar, revela que el valor único de la muerte de Jesús no consiste en el sacrificio de su sangre como tal, sino en el sometimiento de su voluntad at plan del Padre. En segundo lugar, afirma que la conformidad de su corazón a la voluntad de Dios es realizada precisamente por Jesús en y por su existencia humano corporal. Ambos aspectos se combinan en las frases concluyentes: "En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo". (Heb. 10,8—10). Somos salvados por la libre sumisión de un corazón humano, el corazón del Hijo de María, como verdadero siervo de Yahvé.

Un tercer aspecto se agrega en otro versículo de la misma carta sobre la muerte de Cristo: "que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo" (Heb. 9,14). Fue el Espíritu Santo el que facilitó al corazón de Jesús el vaciarse y el amar hasta el fin. Así se realizó la profecía sobre un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

El corazón del Mesías se ve aquí como el símbolo natural de la unidad de los componentes espirituales y corporales de su existencia humana. La palabra "corazón" indica el núcleo más profundo de su existencia humana en su integridad. Esta totalidad es tarnbién corporal, y la palabra "corazón" incluye tarnbién al corazón con sus aspectos físicos y sicológicos. En esta perspectiva, nunca queremos referirnos at corazón corporal en sí o separadamente aislado, sino precisamente at propio centro humano del ser personal y activo, con todo lo que implica en sus dimensiones espirituales y corporales.

La base de este método se encuentra en la interpretación de Israel de la existencia humana, como fue descrito anteriormente en la tesis I I. En el caso de Jesús esta interpretación posee un mayor énfasis y una aplicación más específica debido at misterio de la Encarnación. Puesto que “la Palabra se hizo carne “, estamos invitados a una reverente reflexión sobre el misterio del corazón de la Palabra Encarnada. (Jn. 1,14).

Ya que Jesucristo “nació como hombre", “en forma humana”, creemos agradecidos que Él es el único mediador entre Dios y los hombres, precisamente como “el hombre Jesucristo" (Filp. 2,7-8; I Tim. 2,5).

Reflexionando sobre el corazón de Cristo, los fieles recordaron espontáneamente el salmo mesiánico: "La ley de su Dios está en su Padre e hizo siempre lo que al Padre le agradaba (ver Jn. 4,34; 8,29). La ejecución del plan de Dios le llevó a la cruz y después de ser abierto su costado el Evangelio nos recuerda la profecía que dice: “Mirarán al que atravesaron” (Jn. 19,37; Zac. 12,10; Rev. 1,7).

Desde la antigüedad la liturgia y la predicación patrística se fijaron en el significado mesiánico del salmo que el Señor empezó a rezar en la cruz: "Dios m i’o, Dios mío, ¿por qué me has abandona- do? " (Salmo 21, 1). De hecho, los soldados que se repartían su ropa y los sacerdotes que se burlaban de El al pie de la cruz, estaban cumpliendo la profecía de este salmo (Cf. ver. 7-8; 18; Cf. Mc. 15,34; 31; Jn. 19,23-24). En este salmo declara el Mesías también: “Han traspasado mis manos y mis pies" y finalmente suspira: “Mi corazón es como cera, está derretido dentro de mi pecho” (versículos 16;14). Con énfasis da testimonio el Evangelio: "Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. Lo atestigua el que Io vio y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis” (Jn. 19,34—35).

Jesús, "se despojó de sí mismo tomando condición de siervo” (Fil. 2,7). Fue as í el primero, a quien Dios pudo alabar como "el justo, mi siervo” (Is. 53,11). En su corazón derramó el Padre el nuevo espíritu prometido como “El Espíritu de su Hijo” (Gal. 4,6). En este corazón humano pudo el Padre entrar sin encontrar resistencia alguna. Dentro de este corazón que amaba totalmente, le halló el Padre como el Hijo amado. Así servía este corazón como el lugar y el momento para el primer encuentro perfecto entre Dios y los hombres. Aquí el Padre encontró el culto que buscaba “un culto en espíritu y en verdad”. (Jn. 4,24).

En el momento de este encuentro el Padre se reveló como el que toma la iniciativa en toda la historia humana de Jesús. En este m ismo encuentro el Padre aceptó y glorificó por la toda-penetrante efusión de su Santo Espíritu la existencia humana de Jesús. Desde el momento de este encuentro el Padre entronizó en to alto a su derecha a Jesús, diciéndole “Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado” (Heb. 1,5; 5,5).

El Padre fue el “motivo” de la historia humana de Jesús y estuvo total mente dentro de la misma. Fue constantemente activo en el proceso de su Hijo como "el siervo de Yahvé”. Y Jesús, “aunque era el Hijo”, tuvo que “aprender la obediencia padeciendo". A través de su proceso de vida con un creciente sometimiento, Jesús “se hizo perfecto” y fue "designado por Dios Sumo Sacerdote” (Heb. 5,8-10). De esta manera se manifestó claramente que fue el Padre el que original mente “amó al mundo de tal forma que nos dio a su único Hijo" (J n. 3,16).

V. En el misterio de la encarnación de su Hijo, Dios creó no sólo al hornbre que to ama perfectamente, sino que cumplió, en el mismo misterio, con su amor eterno hacia nosotros. Jesucristo en su existencia humana es el reflejo, la mediación y la prueba de la cariñosa bondad de Dios hacia todos los hornbres y hacia cada persona individual. Al mandarnos a su Hijo como Salvador Universal, Dios nos revela plenamente que Él es nuestro Padre y Pastor compasivo y misericordioso.

El Evangelio se puede reducir en una sola frase: El Padre de Jesucristo es el verdadero amante de la humanidad. Jesús proclama y realiza este misterio específico del amor eterno de Dios por medio de

su propia existencia de amor sin Iímites para todo el mundo: “Por- que tanto amó Dios at mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hij o al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El” (Jn. 3,16-17).

En tres notables parábolas, Lucas nos ha descrito con las propias palabras de Jesús cómo él caracteriza no sólo esta tierna actitud de su Padre, sino también los sentimientos más personales de su propio corazón. En estas parábolas: El pastor deja sus noventa y nueve ovejas para ir a buscar la que se había perdido; la mujer que pierde una moneda, enciende la Iámpara, y barre la casa hasta que la encuentra; el padre que había perdido uno de sus dos hijos, está al acecho y descubriendo a distancia al hijo que volvía "le tuvo compasión, corrió, le abrazó y le besó”. (Cf. Luc. 15,3—32).

Jesús el “buen Pastor" es la parábola viva y la imagen activa del “Pastor de Israel” (Jn. 10, 11; Ez. 34, 1 1-13). O en palabras de San Ireneo: “El Padre es to invisible del Hijo; el Hijo to visible del Padre”, 4

Al ser enviado por el Padre, Jesús se dio cuenta de que Él era no sólo el testigo, sino tarnbién el instrumento del amor del Padre. Con ocasión de uno de sus éxitos Jesús “se Ilenó de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños” (Lc. 10,21). Esta cita nos recuerda el salmo mesiánico: "Te doy gracias, Yahvé, con todo corazón" (Salmo 9, 1). Resulta interesante en la narración de Lucas no sólo la dependencia agradecida de Jesús hacia el Padre, sino también la mención explícita del Espíritu Santo, que capacita su corazón para expresar este júbilo. Casi paralela a esta narración es una de Mateo, que combina este júbilo con la auto-presentación de Jesús como “manso y humilde de corazón”. Este texto revelador dice to siguiente:

"Tomando Jesús la palabra, dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt. 11,25- 30).

En el mismo momento en que Jesús se declara como único Hijo y único Mediador entre Dios y el hombre, se presenta corno el camino hacia Dios precisamente por “ser manso y humilde de corazón". Así cumple la descripción de la imagen del Mesías hecha por Isaías y que Mateo cita más adelante:

“He aquí a mi siervo, a quien elegí, mi Amado, en quien mi alma se complace. Pondré mi Espíritu sobre él, y anunciará el juicio a las naciones. No disputará ni gritará, ni oirá nadie en las plazas su voz. La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante, hasta que lleve a la victoria el juicio: en su nombre pondrán las naciones su esperanza" (Mt. 12,17-21; Is. 42,1—4).

Esta descripción profética corresponde en forma notable con la entrada mesiánica que Jesús eligió “seis días antes de la Pascua". Los cuatro evangelios describen la entrada en Jerusalén unida a la profecía mesiánica. La versión más corta es la siguiente: “Jesús, habiendo encontrado un borriquillo, montó en él, según está escrito: No temas, hija de Sión, mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna". Esto no Io comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de lo que estaba escrito sobre El, y qué era to que habían hecho” (Jn. 12,14—16; Zac. 9,9). Jesús no se presentó montado a caballo, como hacían los reyes y los poderosos de su tiempo; el caballo era para Israel un símbolo importante del poder y de la disponibilidad a luchar. Jesús escogió otro símbolo para su entrada, el símbolo de una modesta y gentil forma de vivir, 5

Siguiendo la Iínea de este símbolo, el místico Jan van Ruusbroec caracterizó a “Cristo que nos ama” con estas tres cualidades:” humildad, amor y capacidad de aguante en la aflicción tanto interna como externa”. En esta forma humana la Palabra Encarnada se hizo el icono vivo del corazón de Dios, un icono vivo por el Espíritu. Ruusbroec agregó: "Su amor nos es incomprensible en su origen, porque brota del Espíritu Santo como fuente inacabable“ 6. Esta afirmación corresponde con la descripción de Lucas del gozo de Jesús "en el Espíritu Santo” (Lc. 10,2 1). Corresponde especialmente con la versión de Juan sobre la promesa repetida por Jesús de comunicarnos su Espíritu a fin de que podamos participar de su visión y de su misma vida.

VI. Jesucristo no es solamente nuestro Salvador como el Siervo perfecto de Yahvé y como el instrumento personal del amor de Dios hacia nosotros. Desde el acontecimiento de su Pascua Él siempre está vivo, como nuestro Cristo, comunicándonos su Espíritu Santo a través de su humana existencia glorificada a la derecha de Dios. Jesús prometió a los fieles el don permanente del “agua viva " que manaría de su propio pecho al ser glorificado.

Juan describió esta promesa del Espíritu Santo en el contexto de la auto-manifestación de Jesús en medio de los peregrinos que asistían a la fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén: "El último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pie, Jesús gritó: Si alguno tiene sed, venga a m í, y beba el que crea en mí. Como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva. Esto Io decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en El. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado" (Jn. 7,37—39).

En este día de las festividades, Ios sacerdotes circundaban el altar de los sacrificios, vertiendo sobre él el agua del pozo de Si loé. AI mismo tiempo pedían por la Iluvia que necesitarían para el futuro, recordando el acontecimiento en que Moisés hizo fluir agua de la roca, y escuchando las profecías sobre el agua como imagen de la salvación mesiánica. Las palabras de Jesús durante esta ceremonia recuerdan sus otras auto-manifestaciones de este tipo. Una vez había dicho: “Yo soy el pan de la vida, El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en m í, no tendrá nunca sed" (Jn. 6,35). Y otra vez: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre" (Jn. 6,51). En otra ocasión afirmó: “Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn. 8,12). Y también: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Jn. 11,25—26).

Junto con estas otras auto revelaciones, frente at altar saturado de agua, Jesús nos abre la profundidad de su propio ser. No declara sencillamente quién es, sino que a la vez comunica su ser. Responde a las inquietudes más profundas de cada hombre por la comida, bebida, luz, felicidad, liberación de la muerte. Sus palabras van dirigidas a las aspiraciones más íntimas y vitales del siempre-inquieto corazón humano. A este corazón revela el misterio central de su propia vida: revela la misma fuente oculta de su existencia y promete comunicar el Espíritu que da vida, que habita en el centro de su propio corazón. Sin embargo, esta comunicación no se realizará antes de que Jesús sea glorificado. En la víspera de su Pascua Jesús aseguró a sus discípulos. “Os digo la verdad: Conviene que yo me vaya: porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré" (Jn. 16,7). Tan pronto como la pasión de Jesús se convierta en su Pascua gloriosa, “brotarán de su corazón ríos de agua viva”. Su Pascua gloriosa se hará visible en nuestra participación en Pentecostés.

La Pascua triunfante de Jesús comenzó en el momento en que dijo: "Todo está cumplido" (Jn. 19,30). Esta fue “la hora" de su glorificación. Jesús habló sobre este supremo momento en términos de “ser elevado”. “Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy” (Jn 6, 28). A Nicodemo había predicho: “y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hornbre" (Jn. 3,14). Este “levantar” es en el evangelio de Juan algo más que un acto técnico de los soldados que alzan la cruz. Es una revelación de que el Padre eleva a Io alto a su Hijo y le nombra Señor universal y Cristo para la humanidad.

Como cumplimiento de esta expectativa, el cuarto evangelio pone especial atención al hecho de que el costado de Cristo fue inmediatamente lanceado después de su muerte y que “al instante salió sangre y agua" (Jn. 19,34). Este hecho se pasa por alto en los otros evangelistas, pero Juan to introduce en la predicación de la Iglesia. Si fuera simplemente una evidencia de que Jesús murió real- mente, su información, a unos setenta años después del hecho, no tendría significado. Pero no está informando, sino dando testimonio, y une su testimonio a las antiguas profecías. Nos recuerda a Zacarías y cita un texto en el que promete Dios: "Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y oración. Y mirarán a aquel a quien traspasaron" (Zac. 12,10). Juan también se recuerda de otra frase de Zacarías en que se menciona la promesa de Dios: "Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén para lavar el pecado y la impureza” (Zac. 13,1). Este es el relevante texto evangélico:

"Al Ilegar a Jesús, como le hallaron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y at instante salió sangre y agua. Lo atestigua el que Io vio y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: No se le quebrará hueso alguno. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron” (Jn. 19,33—17).

AI salir sangre y agua del costado de Jesús, Juan percibe tres aspectos del Misterio de Cristo: el auto-sacrificio de Jesús, como el Cordero de Dios; su elevación por el Padre y entrada a su gloria; el resultado de la glorificación en el derramamiento del Espíritu Santo 7.

VII. Jesucristo, como Salvador del mundo que vive con Dios, envía at Espíritu Santo a los corazones de los fieles. As í les capacita para vivir plenamente el encuentro con Dios y entre s í. El Espíritu de Cristo hace surgir en los fieles una forma de vida completamente nueva, caracterizada por las cualidades del corazón de Cristo. Así se está realizando la promesa de un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

La primera afirmación de que Dios había nombrado a Jesús crucificado como Señor y Cristo, se hizo a través de una experiencia comunitaria por la infusión del Espíritu Santo en los corazones de los fieles. Como única evidencia de su afirmación, Pedro señala la manifestación del Espíritu Santo “que veis y oís” (Hechos 2,33). ¿Qué hay que ver? ¿Qué hay que oír? Solamente un grupo de personas profundamente cambiadas, "no borrachas" sino ”llenas del Espíritu Santo " İb . La “fuerza del viento poderoso" de Pentecostés, y la aparición de "llamas de fuego” pasaron, y los hornbres y mujeres convertidos comenzaron su nuevo estilo de vida.

En medio de una ciudad asombrada, “todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un m ismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía del pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar" (Hechos 2,44—47).

Es un acercamiento nuevo por completo a la realidad de la vida cotidiana por personas que tenían "un solo corazón y una sola alma" (Hechos 4,32). No sólo en la experiencia original de Pentecostés, sino también poco tiempo después “acabada la oración, retembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron Ilenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía” (Hechos 4,3 1; Cf. 8,17; 10,47; 11,15: 19,6).

El "corazón nuevo" y el “espíritu nuevo" se manifestaron en un tipo de comunidad notablemente fuera de Io común. Era un estar juntos que superaba las fronteras tradicionales y fundamental mente sociales entre hombres y mujeres, ricos y pobres, libres y esclavos, judíos y griegos, exsacerdotes y publicanos.

Esta nueva y creciente comunidad no escapó a algunos sonidos discordantes. La historia de Ananías y Safira, la distribución diaria entre las viudas, el "no pequeño debate y discusión” acerca del tema de la circuncisión son Io suficientemente ilustrativos (ver Hechos 5,1—11; 6,1-6; 15,1-35). Pero la nueva mentalidad de los que fueron “atravesados hasta el corazón” y dotados con el “don del Espíritu “resultó ser más fuerte que la inclinación humana a la desintegración. (Hechos 2,37-38).

El crecimiento de esta comunidad y su habilidad para unir las más diversas clases de hornbres, incluso a Ios incurables, fue extraordinario no sólo durante algunos años y en algunos lugares, sino por décadas y en todas las ciudades importantes de ese "primer siglo después de Cristo”. Hasta el presente, no hay una explicación histórica adecuada sobre el crecimiento de la pequeña comunidad cristiana de Jerusalén a través de todo el imperio romano entre los años 30 al 100. Ciertamente, su reclutamiento no fue por impulsos de una teoría irrefutable, ni por un libro sobre un nuevo estilo de vida, ni por un esquema muy elaborado de revolución social, ni por un equipo de expertos en propaganda. El movimiento cristiano comenzó y fue mantenido por el estilo de vida personal y comunitario de las personas con corazones nuevos, convertidos por el Espíritu: el Espíritu del Corazón de Cristo.

Cristo prometió y envió su Espíritu a la nueva comunidad; pero, ¿dónde habita en concreto este Espíritu? “Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo” (Gal. 4,6). Dios nos mantiene permanentemente en una comunicación vital con su Hijo encarnado y glorificado at "darnos el Espíritu en nuestros corazones" (2 Cor. 1,22). El Espíritu es derramado en los corazones de los fieles y únicamente at I í; no en los libros de la Iglesia como una garantía intelectual; el Espíritu utiliza las instituciones como sus instrumentos. Pero el Espíritu vivo en nuestros corazones es la única garantía. Consecuentemente, “si confiesas con tu boca que Jesús es Señor, y crees en tu corazón que Jesús le resucitó de entre los muertos, te salvarás. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación" (Rom. 10,9—10). Pablo repite de esta manera el mandato de Jesús de mantener la palabra de Dios “en un corazón honesto y bueno”, y la promesa del Señor de que so lamente verán a Dios "los limpios de corazón" (Lc. 8,15; Mt. 5,8).

Jesús pide a sus discípulos que se perdonen “de corazón”, y les advierte que mantengan sus corazones libres de la disipación y preocupaciones de esta vida para que puedan estar más atentos a su definitiva llegada (Mt. 18,35; Cf. Lc. 21,34). La conversación en Emaús entre Cristo y los discípulos hizo "arder sus corazones", y poco después reprendía a otros discípulos: “¿Por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? " (Lc. 24, 32 y 38).

Creer en Cristo y en su Padre significa “tener iluminados los ojos del corazón" y vivir de tal manera que se haga visible que "Cris to habita por la fe en el corazón” (Ef. 1,18; 3,17). Un cristiano tiene que ser una persona que vive interiormente Io que expresa con su comportamiento externo: “Que vuestro adorno no esté en Io exterior... sino en to oculto del corazón, en la incorruptibilidad de un alma dulce y serena” (I Pedro 3,3—4).

La fe, como cualidad y actividad del corazón, es a la vez esperanza y amor. La fe viva se convierte en alegría por la esperanza y en comunicación por el amor. Este es el triple fruto de la gracia, que Dios “ha hecho brillar en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 Cor. 4,6).

La fe, la esperanza y el amor caracterizan al corazón cristiano, “pero, la mayor de todas ellas es el amor” (1 Cor. 4,6). Pablo resume el triple don de Dios al escribir: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado a todos” (Rom. 5,5). Ratifica así la afirmación de Jesús: El mayor y el primer mandamiento es amar at Señor Dios con todo el corazón...; el segundo es semejante a éste, amar al prójimo como a ti mismo (Mt. 22,37).

Esta superioridad del amor incluye tarnbién una indicación pastoral: si la fe de alguien no es fuerte todavía, o su esperanza no es alegre, déjalo tratar de ir creciendo en el amor. Fue la experiencia pastoral que el Obispo Policarpo describió: “La fe es la madre de todos nosotros, la esperanza emana de ella, y el amor a Dios y al prójimo prepara el camino para ella” .8

Final mente, es la alegría la que hace posible que el corazón humano comunique esta vida. ‘"Corazones alegres y sencillos" caracterizaban la primera comunidad cristiana (Hechos 2,46). Basado en su experiencia, Pablo se motivó a escribir: “Llenaos del Espíritu Santo. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y tañed en vuestro corazón a Dios” (Ef. 5,18—19). El gozo del corazón humano, al estar seguro de que es conocido y amado por Dios y por los hijos de Dios, es el mejor testimonio del Evangelio. Esta alegría fue contagiosa en el primer siglo de la Iglesia, y puede serlo hoy. Sôlo tenemos que caminar frecuentando su fuente.

EPILOGO

En su Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno, el Concilio Vaticano II describe el misterio de la encarnación en esta forma concreta: El Hijo de Dios “trabajaba con manos humanas, pensaba con mente humana, actuaba con voluntad humana y amaba con un corazón humano" 9.

Estas últimas palabras constituyen un resumen. No sólo es un resumen de un misterio pasado, es mucho más. Porque la entrada de Jesús en la gloria de su Padre no significó la conclusión del misterio de su encarnación: “Posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder a su favor” (Heb. 7,24—25). Su corazón humano vive eternamente para amar: amar a Dios y a los hijos de Dios.

La referencia de Pablo al corazón vivo de Cristo es clara cuando, casi treinta años después de la Pascua de Jesús, escribió a los Filipenses: “Os llevo en mi corazón...; testigo me es Dios de cuán to os añoro a todos vosotros en el corazón de Cristo Jesús” (Filp. 1,8).

El comentario postconciliar sobre la renovación de la Liturgia de las Horas es también claro cuando recuerda que, desde la aceptación por Dios del sacrificio de Jesús: “la alabanza a Dios brota del corazón de Cristo con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión, presentadas al Padre por la cabeza de la nueva humanidad ”10.

El corazón de Cristo es eternamente el centro del encuentro entre Dios y el hombre. Desde su Pascua y nuestro Pentecostés, el corazón de Cristo no es solamente suyo. A partir de los acontecimientos decisivos de la redención y de la renovación de la creación, su corazón es también, de un modo cierto y real, nuestro corazón. La comunicación continua de su Espíritu en nuestros corazones, nos permite unir nuestra oración con el acto permanente de su orar, y nutrir nuestras energías para el amor y la justicia.

Dijo una vez Agustín en un sermón a los fieles: “El cargó tu corazón ”11. En este corazón humano, el corazón del Hijo primogénito, se enraíza la redención de la humanidad, “para que se convierta en justicia en los corazones de muchos seres humanos, predestinados

desde la eternidad en el Hijo primogénito, a ser los hijos de Dios, y llamados a la gracia, llamados al amor” 12. De la plenitud del amor de Cristo recibimos ahora at Espíritu que nos da vida y nos capacita para

creer en el misterio fundamental del amor activo de Dios en nuestra historia.

Concluyendo, ¿será verdad que, el deseo de conocer y el deseo de nuestro corazón es ser conocido?

Si es así, debemos creer en la experiencia de muchas personas como tú y como yo: “Ten confianza en Yahvé y obra el bien, vive en la tierra y crece en paz. Ten tus delicias en Yahvé y te dará Io que tu corazón desea" (Salmo 36,3—4). (Notas al final del documento)

**CAPÍTULO 6 EL CORAZÓN DE CRISTO CENTRO DEL MISTERIO CRISTIANO Y CLAVE DEL UNIVERSO Pedro Arrupe S.J. Superior General de la Compañía de Jesús.**

1 Corazón’, en el lenguaje humano y en la terminología bíblica, es una de esas palabras que K. Rahner ha Ilamado Urwort, es decir, palabras primigenias y generadoras, portadoras de un inmenso contenido difícilmente reductible, y, por ello mismo, con gran poder de evocación. Como en una minúscula concha marina resuena el fragor y la vida del mar, en tales palabras encuentran eco una riquísima variedad de ideas y sentimientos.

La palabra ’madre’ es otro ejemplo: ¿quién podría decir más apretadamente todo cuanto esa palabra significa, o quién podría explicar su contenido en una definición? De cualquiera de ellas podría decirse que es todo eso y algo más, porque nadie puede Ilegar en su comentario at fondo de la ‘cosa’, y menos aún transmitirlo adecuadamente.

El valor de esas palabras reside precisamente en que nos permiten entendernos acerca de realidades por demás profundas e intrinca das. La sicología del lenguaje tiene en ellas un objeto de interesante investigación.

2. Pero su misma riqueza es, en parte, su debilidad. Porque el amplio juego que dan en la comunicación humana las hace víctimas del abuso que acaba por vulgarizarlas y marchitarlas. O las somete a una erosión que lima su expresividad. O son artificialmente exaltadas y adaptadas at efímero gusto de una moda con lo que ello tiene de caducidad. Afortunadamente, at final la naturaleza acaba saliendo siempre vencedora, y esas palabras —que más que producto humano parecen don divino— reemergen y se abren camino con su profundidad y sus valores intactos.

3. 'Corazón de Jesús' es una expresión que ha atravesado esas vicisitudes. Marcada por una simbología, un estilo literario y una concepción de época —necesariamente transitoria— pareció que iba a quedar sepultada bajo la ola de la renovación. No por mucho tiempo. 'Corazón de Cristo' es una fórmula de idoneidad inigualable y de raigambre tan bíblica que es insustituible. Ha sido suficiente liberarla de adherencias que no la eran propias y dejar bien en vista su primigenio, riquísimo y misterioso significado, para recuperarla.

Corazón de Jesús: todo el amor de Cristo, Dios y Hombre, enviado del Padre por el Espíritu, que se ofrece en redención por todos, y que con cada uno de nosotros establece una relación personal.

4. "El misterio interior del hombre, en el lenguaje bíblico y no bíblico también, se expresa con la palabra 'corazón'. Cristo, Redentor del mundo es aquel que ha penetrado de modo único e irrepetible en el misterio del hombre y ha entrado en su 'corazón"' (Redemptor Hominis, 8). "En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre. Hugo, Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre" (GS 22).

5. El amor del corazón de Cristo clave interpretativa de Ia historia de la Salvación.

Este don que el Padre nos hace del Cristo persona es nuestra salvación, la de todo hombre. Cristo en su encarnación interfiere en el sistema establecido de relaciones del hombre con Dios y las transforma por completo. La gran fuerza que opera esa revolución, la gran novedad de la Nueva Alianza es el amor de su corazón, y el amor que viene a despertar en cada hombre. Él se hace garante del nuevo pacto con el sacrificio de reconciliación ofrecido una vez y renovado en la eucaristía a lo largo del tiempo, sacrificio plenamente aceptado y agradable al Padre, y gloriosamente sublimado en su resurrección.

6. La catequesis primitiva, y los evangelios que de ella nacen, son el relato de ese amor. En los cuatro evangelios se nos muestra el amor en acción. Juan, en sus últimos capítulos especialmente, y en sus cartas —singularmente en la primera— eleva el amor a categoría de tesis introduciéndonos expresamente en los sentimientos del corazón de Cristo, y avivando en nosotros el amor de correspondencia.

Pablo, por su parte, sirve de difusor universal entre las gentes de la Buena Noticia que constituye la nueva condición del hombre, 'la nueva creatura', al haberse consumado el amor de Dios que deroga la vieja ley. En este sentido, el cuarto evangelio y el 'corpus paulinum’ se iluminan y complementan maravillosamente.

7. Si el Antigua Testamento es en esencia Ia historia de una tensión humana frente al Dios Creador que puede sintetizarse en la contraposición 'corazón de piedra/corazón nuevo', el Nuevo Testamento se sintetiza en la nueva relación amorosa 'cor Christi'/'cor hominis'. Así, un término tan congenial al lenguaje semítico, es elevado en la proclamación neotestamentaria a un insuperable grado de significación: los sentimientos y acciones del Hijo de Dios y de cada hombre en su reciproca relación.

8. Cristo, definido por su corazón.

No es posible encontrar en las páginas del Nuevo Testamento una palabra que más rápida y certeramente, con más profundidad y más calor humano se aproxime a una definición de Cristo que su ‘corazón'. Mucho de lo que Juan piensa y dice de Cristo cabe en el término 'logos', pero son también muchas páginas suyas las que quedan fuera, y gran parte de lo que nos dicen los sinópticos. Fuera, se entiende, de las connotaciones humanas en que acá y allá se manifiesta la rica personalidad de Cristo.

El 'logos' tiene una resonancia mental que no 'describe' inmediatamente a Cristo. Pocos, en cambio, serán los pasajes del evangelio en que no se transparenten algunos de los rasgos interiores que compendiamos en su corazón. Más aún: los signos exteriores, sus parábolas y discursos, la vida toda de Cristo tal cual se nos propone en los evangelios --incluso considerados como ‘kerygma'— no son plenamente comprensibles ni comprendidos en todo su profundo significado más que si son leídos desde su corazón. Leídos en esta clave, en cambio, Jesús es percibido más plena e indivisiblemente en cada momento de su vida. Todo cuanto hace y dice en cualquier escena nos da la medida completa de su ser interior, de su infinita coherencia divino/humana, persona plenamente entregada a la misión recibida del Padre. Y es precisamente a ese plano interior de Cristo al que importa Ilegar a través de sus palabras y sus obras.

9. Por eso no es un arcaísmo pietista referirnos a Cristo en su corazón para sintetizar en una palabra todo el conjunto de valores que atisbamos en su persona. No hay ninguna otra expresión que mejor sugiera "la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que supera todo conocimiento" (Ef. 3,18). Ni el logos de Juan, ni Sabiduría, ni Hijo del Hombre, ni Mesías. Ni siquiera las definiciones que en sentido metafórico Jesús se aplica a sí mismo: camino, verdad, vida, luz, buen pastor, vid, pan, etc. El mismo Jesús, cuando lejos de toda metáfora ha querido describirse en sus más profundos sentimientos, ha apelado al lenguaje más comprensible: "aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt. 11,29).

10. Cristo valora el corazón de cada hombre.

Cristo valora a los hombres por su corazón. Ciertamente, en la predicación profética es ya un tópico la insistencia en las disposiciones interiores: Jeremías (4.1-4 y passim) y Ezequiel, sobre todo, y esa maravilla del lenguaje del converso que es el SaImo 50/51, el Miserere. Juan, el Precursor, centra su predicación en ese tema y con la misma impostación de los profetas. También lo hará Jesús; pero si antes el amor iba implícito en el dolor de contrición ("trituración" del corazón), en la predicación de Jesús se invierten los términos y es el dolor el que va implícito en el amor.

11. Para Cristo es primordial la coherencia e integridad del hombre. Si hay algo que le ha encendido en santa ira es la insinceridad farisaica, la doblez del corazón, el sustituir el amor con la justicia de las apariencias.

Cristo es reiterativo en afirmar que la sede de la bondad o de la maldad del hombre es el corazón. La exaltación del ser interior del hombre queda consumada en una línea en que los profetas apenas habían avanzado nada: vincula al interior del hombre la capacidad de incorporarse al Reino de Dios, un reino cuya presentación veterotestamentaria es definitivamente desechada. Es en el corazón del hombre donde, restaurada su filiación divina, se ultima la unión del hombre con Dios. El Reino, antes de su consumación escatológica, no es más que la eklesia, el pueblo de quienes por la fe han recibido esta transformación interior (cfr. 1 Cor. 1,2) y fraternalmente unidos caminan a la casa del Padre.

12. El elemento de referencia en la relación corazón de Cristo/ corazón del hombre es el amor. Más que la fe, más que cualquier otro sentimiento, es el amor lo que define trascendentemente al hombre y es, también, lo que más se aproxima a una definición de Dios. Dios es amor. Cristo corresponde al infinito amor del Padre con un amor y obediencia absoluta, y, al mismo tiempo, ama a los hombres hasta el fin (Jn 13,1).

En el corazón de Cristo se funde el amor al Padre como Verbo y como Hombre, y el amor a los hombres. En el corazón del hombre redimido por Cristo este amor debe encontrar una proporcionada correspondencia. Tal es el caso de Pablo: "Me amó y se entregó a si mismo por mi" (Gal 2,20). En la única persona divina de Cristo, las dos naturalezas constituyen un encuentro de amor.

CRISTO: UN NUEVO CONCEPTO DEL AMOR

13. El amor de Yahveh en el A.T.

Desde el principio Dios tomó la iniciativa de un diálogo de amor con los hombres. Pero no puede decirse que la propuesta divina haya sido plenamente entendida ni correspondida por ellos. El hombre bíblico 'conoce' a Dios, y conocer una cosa, para el semita, es tener ya cierta experiencia de ella, y amarla en cierto modo. En una primera época predomina el concepto de un Dios creador, misterioso y distante, que elige sus amigos y confidentes entre los hombres: los patriarcas y profetas. Son los testigos del drama de amor y de ira de Yahveh. El pueblo responde con la adoración y la obediencia. Muchos salmos pre-- y postexílicos atestiguan que no sólo el pueblo en conjunto o sus guías, sino cada uno, sobre todo el 'pobre', el 'pequeño', el `justo', es amado por Dios.

14. Pero quedan muchas oscuridades e interrogantes. ¿En qué se traduce el amor de Yahveh? ¿Cómo se le corresponde? ¿Qué relación tiene amor de Yahveh y amor al prójimo? Yahveh es aceptado como el Dios Único, creador, protector y misteriosamente remunerador. Su amor se hace tangible en la oferta de una alianza por la que se desposa con su pueblo elegido. La respuesta de Israel no puede ser otra que sumisión y fidelidad: obediencia a la ley. Esa sería la traducción del primer precepto del decálogo: amar a Dios "con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas" (Dt 6,5).

Incluso el Cantar de los Cantares no es, en el fondo, nada más que la exaltación poética de la alternancia de posesión y búsqueda entre Yahveh y su pueblo. Paralela a la línea profética que presenta la alianza como relación de amor, existe, sin embargo, la línea legal, que acaba predominando, y centra cada vez más absorbentemente la fuerza de la alianza en la aceptación de la ley y la obediencia: una ley que prolifera en incontables preceptos, que se vuelve agobiante y tiene el peligro de sofocar el amor. El amor de Yahveh viene a ser en buena medida el temor de Yahveh. El centro de gravedad bascula sensiblemente de lo cordial a lo servil. Este hecho motiva los acres reproches de Cristo a los fariseos.

15. Y quizás no podía ser de otra manera, dado que la revelación trinitaria estaba por hacer. El amor no podía ser perfecto sin conocer a Dios como Padre, sin saberse hermanados al Hijo, sin recibir al Espíritu. ¿Y cómo esperar la intervención personal de Yahveh en la historia de su pueblo insertándose entre sus miembros? La concepción mesiánica está condicionada por estas oscuridades. Se espera un mesías regio, un mesías sacerdotal y, sobre todo, un mesías liberador. Quedan sin definir con precisión sus relaciones con Dios y sin atisbar siquiera sus relaciones con los hombres. El velo que cubre el misterio de la Trinidad durante el tiempo de la promesa oculta también la plenitud del amor. La pluralidad de personas es una vaga y metafórica intuición, y apenas permite la identificación del Enviado con una de tales personas. Y que ese Enviado haya de padecer y morir será escandalo para los judíos. Puede decirse que no estaban preparados para tal amor, para tan gran amor. Cristo, en cuanto definido por su corazón, rebasa todas las expectativas del Antiguo Testamento y se constituye en clave de toda la historia de la salvación.

16. El amor del prójimo en el A.T.

También el amor fraterno está sometido a limitaciones y oscuridades. Es cierto que el Levítico completa el amor de Dios con un `segundo mandamiento': "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lv 19,18) y "Amarás al extranjero como a ti mismo" (Lv 19,34). Pero 'prójimo' se identifica prácticamente con 'hermano', es decir, con quien forma parte del pueblo de la promesa. Sobre todo, después del exilio, el ámbito de la fraternidad tiene reconocidos Imites.

El extranjero que debe ser amado es el extranjero de paso (forastero) o residente ("pues forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto" DT 10,18), pero excluye a los gentiles que, por definición, son enemigos de Dios y consiguientemente, enemigos de su pueblo. La pregunta "¿Quién es mi prójimo? ' no tiene clara respuesta, aun para el israelita de mejor voluntad; y para el de aviesas intenciones es buen terreno para una celada. Esa es la pregunta que servirá al Señor para una Impida respuesta: la parábola del 'buen samaritano' (Lc 10,25-27).

17. El caso extremo de enemistad es la que se da por motivos religiosos. Es tanto más fácil de justificar cuanto que aparece revestida de celo y piedad. ¿Si el mismo Yahveh puede volverse enemigo de su pueblo infiel, y castigarlo y hacerlo sufrir, está justificada la enemistad del israelita para con el idolatra, el disidente o el público pecador? Llegan a hacerse religiosas las patéticas muestras externas de su horror al pecado y se establece una fervorosa competencia al expresar las imprecaciones: desde el simple mantenerse a distancia del impuro, o negar el trato al disidente (samaritano, por ejemplo) o rasgarse las vestiduras ante el blasfemo, hasta la lapidación.

18. Cristo manifestación del amor del Padre

Dios había manifestado su amor a los hombres en el Antiguo Testamento a través de la predilección por un pueblo concreto. Establece con él una alianza, le da una tierra de promisión, lo reconduce a ella desde sucesivos destierros. Es una historia de tormentoso amor. Pero llegada la plenitud de los tiempos el amor del Padre a los hombres se hace con un esquema totalmente nuevo, con un gesto irrepetible: su Hijo es ‘enviado' a protagonizar en la tierra el drama del dialogo de amor entre Dios y el hombre.

Este envío del Hijo consuma cuanto de más amoroso hay en el tiempo de las promesas: "todas las promesas de Dios han tenido su si en él" (2 Cor 1,20), y "en él se ha manifestado el amor que Dios nos tiene" (Rom 8,39). La iniciativa de este nuevo planteamiento es exclusivamente divina y pone de manifiesto que no tiene otra explicación que el amor: "enviando su Hijo al mundo, Dios nos manifestó cuanto nos ama. (...) El amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo" (1 Jn 4,9 ss).

19. De esta manera, el amor de Dios ya no se seguirá manifestando solamente con acciones, sino a través de una Persona divina que por el mismo hecho de su encarnación en naturaleza humana es la concreción suprema de ese amor.

En Cristo, Dios ama infinitamente al hombre y es amado por El. De ahí que Cristo demuestre su autenticidad de enviado del Padre, más que por su omnipotencia —sus signos— o por su omnisciencia, por la concepción del amor, radicalmente nueva, que viene a promulgar y a protagonizar.

El salto cualitativo del amor del Antiguo Testamento al amor promulgado por Cristo afecta tanto al amor de Dios como al amor fraterno. Por la revelación de su naturaleza divina y por su aceptación del supremo sacrificio, Cristo abre los ojos de los hombres a la realidad del infinito y purísimo amor que por rescatarnos y reconducirnos a su filiación "no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros" (Rom 8,32). "Cristo nos amó y se entregó por nosotros" (Ef 5,2). Es un amor que no guarda relación alguna con la relación pre-establecida en el testamento antiguo, si no es Ia de consumación de la promesa.

20. En cuanto al amor fraterno, a la caridad universal, no es menor el salto cualitativo introducido por Cristo. La novedad consiste en Ia supresión de toda limitación en el concepto de prójimo en la intensificación y sublimación del motivo de la caridad. Que las obras exteriores en que se traduce esta caridad hayan de ser de una generosidad sin límites, no es más que una evidente consecuencia.

Pero antes de analizar estos conceptos, es oportuno hacer dos consideraciones fundamentales:

21. Cristo portador del amor del Padre

La primera es Ia clara conciencia que Jesús tiene del carácter innovador del amor que el promulga, y de que al obrar así trasciende la ley y los profetas y declara su condición mesiánica. En el compendio doctrinal que Mateo ha recogido en los capítulos 5 a 7 de su evangelio, no menos de seis veces Jesús introduce su enseñanza preceptiva con esta fórmula rebosante de significado: "Habéis oído que se dijo a los antepasados... Pero yo os digo..." (Mt 5-21,27,31,33,38,43).

No hay duda de que —por mucho que esta reiteración enfática pueda ser un reflejo de gusto semítico— es el eco veraz de una decidida voluntad de Cristo de ser entendido acerca del carácter innovador de su doctrina y de que se coloca a si mismo por encima de la ley. Tres de los preceptos tan solemnemente promulgados tienen por objeto la caridad. La tajante actitud manifestada por Cristo en esta materia solo tiene paralelo en la demostrada en la abolición del divorcio.

Cuando Cristo al final de su vida haya desvelado plenamente en sus planos más profundos toda su concepción del amor, afirmará sin rebozo que se trata de un mandamiento "nuevo" (Jn 13,34), como es también nueva la alianza basada en su sangre que va a ser derramada por nosotros (Lc 22,20) como prueba suprema de ese amor. Tan sorprendente es esta novedad, que, ya al principio de su predicación los oyentes exclaman: “¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad! " (Mc 1,27). El amor es la más brillante novedad del Evangelio; es, por antomasia, el mandamiento que el Señor ha querido Ilamar "mío" (Jn 15,12).

22. Un solo amor

La segunda consideración es esta: la razón de amar al prójimo es una razón teologal que lo vincula íntimamente con Dios. No son dos amores paralelos, ni el amor al prójimo es un amor de subordinación. Es el doble frente de un único amor, como es único el amor trinitario y es único el amor con que Cristo ama al Padre y a los hombres. La aproximación del segundo mandamiento al primero (que, como veremos más tarde, adquiere en la exposición de Pablo y Juan su máxima expresión) obedece a esta causalidad profunda: no se puede amar a Dios sin amar a los hermanos, y el que por Dios ama a los hermanos, ya está amando a Dios. (Cf Mt 5,45 y Lc 6,35).

23. Los tres sinópticos refieren momentos en que Cristo asimila el amor al prójimo al amor de Dios. En Mateo (22,34-40) y en Marcos (Mc 12,28-34), es Cristo quien responde a Ia pregunta provocativa del fariseo enlazando con cierto desafío la formulación de ambos mandamientos. En Lucas (10,25 ss.) quien debe responder a la pregunta defensiva de Cristo es el legista malévolo. Al precepto del Deuteronomio (Dt 6,5) sobre el amor de Dios, empalma el del Levítico (Lv 19,8) sobre el amor del prójimo. Prójimo, claro está, tal como el legista lo entiende. Para corregir esta noción, Jesús le narra Ia parábola del samaritano compasivo.

24. Cristo manifiesta su propio amor

De ninguna otra cosa ha hablado tanto Cristo —si se exceptúa, quizá el Reino: "Semejante es el reino de los cielos..."— como del amor. Pero incluso las parábolas del Reino están expuestas en un contexto de amor. Basta el amor con todos sus 'armónicos' —amistad, compasión, tolerancia, bondad, paciencia, misericordia, tristeza, esperanza, alegría, etc.— para describir a Cristo en su hombre interior, en su corazón. Cristo llama a la bondad y al amor unas veces directamente, desde las Bienaventuranzas al discurso de la cena; otras indirectamente y a través de sublimes alegorías: el hijo prodigo, la dracma perdida, la oveja descarriada, el ciclo más amplio del buen pastor. Cristo “pasa haciendo el bien" (Act 10,38) y despliega su poder taumatúrgico en 'signos' que son más frecuentemente actos de bondad que comprobantes de su mesianidad.

25. Amor sin límites: universal

Si el amor que Cristo practica y enseña es Ia novedad radical del evangelio, como queda indicado anteriormente, ello se debe a que suprime formal y absolutamente los Iímites y restricciones con que precedentemente era concebido. Es sabido que "amarás al prójimo como a ti mismo" (Lv 19,18) es ya el segundo mandamiento de Ia antigua ley. Pero basta comparar este texto con aquel en que se promulga el primero (Dt 6,4-9) para apreciar la diferencia de énfasis entre ambos preceptos. El concepto prójimo es impreciso. La oscilación semántica de los términos veterotestamentarios con que se lo designa —'el otro', 'el hermano'— indican ya ésta imprecisión. De hecho, cuando el decálogo promulgado en otra parte (Ex 20,2-17 y Dt 5,6-21) es compendiado en una sola frase (Dt 6,5), desaparece toda mención del amor del prójimo: "Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza". Ha desaparecido toda mención del prójimo.

26. Cristo rompe el muro de la fraternidad restringida, y esto es su gran revolución del amor: redención universal, filiación universal, fraternidad universal y amor universal, son realidades correlativas, lógicamente trabadas y reversibles. Veremos que hay sólo una salvedad: la preferencia por el más necesitado.

27. Amar al enemigo

Pero es necesario mencionar expresamente las dos aplicaciones más innovadoras de Ia universalización del amor proclamada por Cristo. De él no quedan excluidos ni siquiera las dos categorías cuya excepción estaba legal y religiosamente consagrada: el enemigo y el pecador.

Toda Ia historia de Israel es una lucha por la supervivencia. El odio al enemigo Ilega a ser un sentimiento religioso que encuentra expresión incluso en los libros sagrados (Salmos 137, 139, etc.). Se sanciona la enemistad contra el enemigo personal, el ladrón, el que tiende lazos al justo. Y es ya un progreso en la moderación de la venganza el estipular que la represalia no deba exceder los Iímites de la ofensa: "Conocéis lo que está escrito: 'Ojo por ojo y diente por diente'. Pero yo os digo...". (Mat. 5,38; Lc. 6,27). Jesús es taxativo: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltraten". Es este uno de los momentos cumbres del evangelio, porque descubre la esencia del cristianismo: el amor fraternal sin condiciones.

28. Jesús desarrolla su pensamiento en hipérboles semíticas: presentar Ia otra mejilla, añadir la túnica al manto, seguir una milla de añadidura. La conclusión del texto es de suma importancia, porque Jesús razona su precepto: "para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que es bueno incluso para con los ingratos y perversos".

La imagen que Jesús da del Padre ya no es la del Dios que inspira Ia venganza, sino la del Padre cuya perfección se muestra en su misericordia: todo concluye con esta trascendental exhortación "Sed, pues, perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48). ¿Qué revolución de valores podría imaginarse superior a esta? ¡Ahora es el enemigo el que debe ser amado, y precisamente porque ese es el comportamiento de Dios!

29. Amar al pecador

Aún hay más: hay que amar al enemigo de Dios, al pecador. La Escritura ha ensalzado el odio que Dios siente hacia la idolatría, la rapiña, el perjurio y todo pecado (cf. Dt 12,31; Jer 44,4; Zac 8,17; Prov. 5.16) y consecuentemente al pecador que en cierta manera forma cuerpo con su pecado y puede ser castigado con una enfermedad impura. El israelita afirma su piedad odiando al pecador. Y he aquí que Jesús declara haber venido para ellos, no para los justos (Mc 2,17) y, situándose en la Iínea de predicación profética, tanto él como su precursor anuncian Ia Buena Nueva sobre el supuesto de la propia conversión.

En Jesús compite su denuncia del pecado con una inagotable misericordia para con el pecador. Jesús escandaliza perdonando el pecado de la adultera, conversando con Ia samaritana - sanando y perdonando a tullidos y posesos, haciendo caso omiso de las impurezas legales, sentándose a la mesa de los pecadores. Jesús define al Padre y a si mismo por su corazón abierto al perdón en la parábola del hijo pródigo, en el ciclo del buen pastor. Con su vida toda y en su muerte confirmara cuanto ha predicado. Acabará Ilamando amigo a quien le entrega y pidiendo perdón para quienes le crucifican.

30. Más aún que sus palabras, es la vida de Cristo la que Ianza Ia revolución del amor. Samaritanos, gentiles de Canaán, Tiro o Sidón, funcionarios de la ocupación, publicanos, prostitutas, leprosos, todos caben en su corazón. Para amar a los pecadores Cristo ha saltado las barreras de la impureza legal, la observancia del sábado, Ia división religiosa, el carácter sacro de las ofertas al templo... Amando a los pecadores Cristo ha quitado al odio el último de sus pretextos: el celo religioso.

31. El supremo amor del Corazón de Cristo

Pudiera parecer que a la proclamación del amor universal hecha por Cristo desde el comienzo de su ministerio, y del que toda su vida ha sido una constante confirmación, no pudiera añadirse nada. Todos los aspectos del amor han quedado ilustrados: el amor a quien él ha ensenado a Ilamar ‘Padre', el amor a su propia persona, el amor fraterno. Pero Cristo ha reservado para la última hora —y esta palabra puede emplearse aquí en sentido joánico— la más sentida y penetrante lección de su pedagogía del amor. En su atardecer preagónico, cuando el tiempo apremia y no debe retener ya nada a la plenitud de la manifestación de su corazón, cuando sus discípulos han sido testigos de su vida y de su obra y van a serlo de su sacrificio, Jesús les descubre el entramado de razones sublimes que esta al fondo del amor que él les tiene y que ellos deben tenerse.

32. "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 13,34). Con razón puede describir este mandamiento como nuevo, puesto que nueva es tan inimaginable medida del amor. "Amarás al prójimo como a ti mismo. Yo, Yahveh" (Lv 19,8). La medida del amor precristiano, que hubiera podido parecer un ideal, muestra a la nueva luz toda su insuficiencia. "Como yo os he amado". Ese comparativo es el impulso perennemente urgente que desde entonces urge a cada creyente en Cristo a un amor a los demás y a una entrega sin Iímites. Es una meta a la que hay que aspirar siempre, aun sabiendo que no se la podrá alcanzar nunca.

Solamente "por Ia acción del Espíritu en el hombre interior... arraigados y cimentados en el amor, podremos comprender cuál es Ia anchura y Ia longitud, Ia altura y Ia profundidad del amor de Cristo, que excede todo conocimiento" (Ef 3,17).

33. "Como yo os he amado" Ileva en si todo el misterio de la encarnación, la 'kenosis' aceptada como condicionamiento del misterio pascual, el don de sí mismo en la eucaristía, la consumación de su sacrificio y Ia perpetua intercesión ante el Padre. Jesús habla como hombre a aquel puñado de hombres amedrentados, pero en sus palabras resuena el eco del amor de Dios. La contraprueba de esta medida increíble de su amor, va a ser doble.

34. Proclama un nuevo principio comparativo del amor, y se someterá al mismo: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13). A menos de un día de su muerte este enunciado es la proclamación de un amor supremo, es la medida del amor que el les tiene, y, por tanto, la medida del amor que ellos deben profesarse mutuamente. El amor está medido por la donación de si mismo. Jesús se enfrenta con la muerte y Ia acepta con consciencia de amar en ella a todos los hombres. Los discípulos entenderán el valor de esta aclaración del "como yo os he amado": muriendo por vosotros.

35. La segunda aclaración es Ia apelación a un misterio: "Como el Padre me amó, así os he amado yo también a vosotros" (Jn 15,9). Lo repetirá casi con las mismas palabras momentos después en la 'Oración Sacerdotal': "Yo les he amado a ellos como to me has amado a mí". Son palabras que hay que recibir con un respeto que inhibe toda posibilidad de declaración. Todo el corazón de Jesús se vuelca en esa confidencia suprema que sobrepasa cualquier medida humana, porque apunta ya al infinito amor intratrinitario: el amor mutuo del Padre y del Hijo.

Y esa es, sin embargo, la medida del amor a que se nos impele: amaos los unos a los otros como yo os he amado, y yo os he amado como el Padre me ama a mí. La innovación más radical que el evangelio aporta, la caridad, queda así consumada en su expresión insuperable. Pero, ¿no es una hipérbole? No lo es. Al contrario, es una afirmación deliberada, consciente, y que el evangelista pone de nuevo en labios de Jesús como frase conclusiva de su largo discurso, inmediatamente antes de dar comienzo al relato de la pasión: "Que el amor con que to me has amado este en ellos, y yo en ellos" (Jn 17,26).

36. Esta inserción del Padre como referencia del amor entre Cristo y los hombres, en el momento culminante de la revelación del amor es sumamente iluminadora. La misión de Cristo es, entre otras cosas, la revelación del Padre. Por eso es importante dejar asentado que la paternidad se ejerce también en el amor, amor al Hijo, y amor inmediato del Padre a los hombres. El Padre, invocado en la agonía del huerto y en la cruz, trances supremos de la prueba de amor, es invocado también en la proclamación de la caridad fraterna. "El Padre me ama porque doy Ia vida para recobrarla de nuevo" (Jn 10.17), el mismo Padre que “amó tanto al mundo que le dio su Unigénito para que no perezca quien crea en el" (Jn 3,16). La caridad fraterna vivida como enseña Cristo es una inmediata vía de acceso a la Trinidad.

37. Cristo en los hermanos

En el amor así concebido Ilega a su culmen la unificación de los dos antiguos preceptos: ya no hay más que uno. La misma caridad que nos Ileva a Dios debe acercarnos a los hermanos. En ellos debemos encontrar a Dios. Cristo está en ellos, sobre todo en los más necesitados, en los pobres, en los pequeños (Mt 25,40). Durante toda su vida les ha mostrado su predilección y siguiendo su ejemplo a ellos deben ir nuestras preferencias.

Si el discurso sobre el amor es el final del evangelio de Juan anterior a la pasión, el mismo lugar ocupa en el de Mateo la proclamación de esta identificación de Cristo con los pobres. Es como un especial empeño de que ello quedase bien grabado: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños (hambriento, sediento, desnudo, forastero, enfermo, oprimido), a mí me lo hicisteis" (Mt 25,40 y 45). Un amor de Dios que no vaya contraseñado por el amor a los hermanos será siempre sospechoso. ¿Porque “quien no ama a su hermano a quien ve, como va a amar a Dios, a quien no ve? " (1 Jn 4,20).

Juan recuerda con vehemencia que es iluso el amor de Dios que no va acompañado del amor del prójimo, y su lenguaje de elevación casi gnóstica se vuelve incisivo y concreto para descubrir que sería una inconsecuencia: "Si alguno que posee bienes de Ia tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra el corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? " (1 Jn 3,17). 'Le cierra el corazón' es negarle el amor y Ia condivisión a que Ileva el amor. Porque no hay palabra más directa para apuntar al amor que Ia palabra 'corazón’.

38. Pablo en su conversión asimilará plenamente esta doctrina. Él es el autor del más hermoso himno al amor de Cristo (Rom 8,31 ss.), y del vibrante elogio de la caridad (1 Cor 13). Él es el promotor de la ayuda entre las Iglesias, y hace de este socorro, hecho en nombre del amor, instrumento de unidad cuando amenazaba la división entre las iglesias de antecedentes judíos y las nacidas en la gentilidad (Gal 2,10; Rom 15,26; 1 Cor 16,1-4).

Dos capítulos Íntegros de su segunda carta a los Corintios están dedicados a organizar, urgir y dar sentido a la colecta (2 Cor 8, y 9). Tan ardiente es Ia palabra de Pablo que Ilega a resumir hiperbólicamente en la caridad fraterna todo el contenido de la ley: "Toda Ia ley alcanza su plenitud en este solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Ga 5,14). Es la vieja fórmula del Levítico breve e incisiva, reflejo de su formación rabínica, que le sirve para alentar a las iglesias de la diáspora en el ejercicio del mutuo amor: "Servíos por amor los unos a los otros" (cf. Ia misma exhortación en Rom 13,9-10).

39. Santiago, con los semitismos que le son propios, dentro de un estilo más homilético que epistolar, ensalza a los pobres y advierte severamente a los ricos. La caridad hay que mostrarla con obras, para que Ia fe no sea estéril.

40. Caridad y plenitud

Es sabido que plenitud, 'pleroma', es un concepto fundamental en la teología paulina. Aparte una plenitud de los tiempos, ahí está la plenitud que habita en Cristo, y también la Iglesia como plenitud de Cristo. Esta concepción grandiosa aflora por doquier en las cartas paulinas, sobre todo en sus pasajes más líricos y de más difícil sintaxis cuando el entusiasmo por Cristo, la Iglesia o una comunidad determinada, le lanza a sus geniales concepciones de altos vuelos. En la idea que Pablo tiene de Ia plenitud de Cristo y de Ia Iglesia hay una fundamental componente de amor.

No es solo que el amor es el hilo conductor de todo el plan divino de salvación y lo que da armonía a sus diversos aspectos: la plenitud de Cristo en quien el Padre ha puesto todas las cosas y Ia plenitud de Ia Iglesia como cuerpo místico de Cristo. "Dios nos ha elegido en Cristo antes de Ia creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia por el amor" (Ef 1,4). Es el amor de Dios el que nos elige, y a ese amor corresponde "el amor que tenemos a Dios, infundido en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado" (Rom 5,5). El arrebato Iírico que es su himno a la caridad (Cor 13) es, teológica y antropológicamente hablando, un maravilloso exponente de la gran novedad del evangelio: la manifestación del amor del corazón de Cristo que establece nuevas relaciones entre Dios y el hombre y entre los hombres mismos.

41. Juan expone la misma doctrina. La recoge directamente de los labios de Cristo en el discurso último de Jesús, cuando la proclamación del amor que EI nos tiene y de que este amor es la medida del amor entre los hermanos, parece descargarle ya de la última y definitiva responsabilidad que completa su misión: "Os he dicho esto para que mi gozo", esto es, el gozo mesiánico del Hijo de Dios, "esté en vosotros y vuestro gozo sea completo" (Jn 15,11), "Les he dicho estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada" (Jn 17,11).

La plenitud del gozo de Jesús de que Juan ha sido testigo, es también un sentimiento que hace repetidamente suyo cuando comunica ese testimonio: "Os escribo esto para que nuestro gozo sea completo" (1 Jn 1,4; 2 Jn 12). Juan sabe que amándose los hermanos Ilenan de gozo el corazón de Cristo, y que participar de ese gozo, y generarlo en los corazones de quienes creen en El, es ya un preanuncio de la plenitud de fruición que los incorporados al Reino disfrutaran cuando sean asumidos en Ia gloria del Padre y el amor humano se inserte en el infinito amor trinitario.

Allí comprobarán que "Dios es amor, y todo el que ama, puesto que el amor es de Dios, ha nacido de Dios y conoce a Dios" (1 Jn 4,8 y 16). Ser de Dios, y conocer a Dios, en el lenguaje joánico es un modo de poseer y ser poseídos por él. El amor humano tiene su referencia de origen y de destino en el amor trinitario. No es posible más alta cima.

42. Nosotros estamos a veinte siglos de la promulgación del Único mandamiento del amor. Un mandamiento que sigue urgiéndonos. El amor fraterno sigue siendo una necesidad de todos los hombres y de todos los tiempos, y más perentoria aun en los nuestros en que el mundo se ha convertido en un global village, con una interacción humana de alcance auténticamente universal. La fraternidad universal no es ya un aspecto cualitativo del amor, en cuanto no le pone condicionamiento alguno.; sino una realidad cuantitativa, pues la revolución experimentada por las comunicaciones, la tecnología, y las posibilidades de trasvase de recursos, hacen que, querámoslo o no, hoy todos seamos testigo y sin posibilidad de alegar ignorancia y, por tanto, responsables, de Ias miserias de nuestros hermanos en cualquier parte del orbe.

43. Todas las tragedias modernas son en último término una herida al amor o un desafío a nuestra capacidad de amar. La tragedia del odio fratricida entre Caín y Abel sigue proyectando su sombra sobre nosotros: “ya sabéis el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que, siendo el maligno, mató a su hermano" (1 Jn 3,11) sino al contrario, "en esto hemos conocido al amor en que El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar Ia vida por los hermanos" (ibíd.).

44. Peligro de la vieja dicotomía

Por eso urge clamar contra la resurrección de la vieja dicotomía judaica que traza una frontera entre el amor de Dios y el amor del hermano; disociación contra natura que el Corazón de Cristo quiso remediar para siempre. Sería desandar el evangelio. No hay verdadero ni pleno amor de Dios no se lo manifestamos también en los hermanos, y concretamente en aquellos en quien él nos dijo que debíamos reconocerle. Ni hay verdadero y pleno amor a los hermanos si en ellos si no vemos y reconocemos a Dios y rebajamos Ia caridad al nivel de Ia filantropía, hurtándola su dimensión trascendente.

Cualquiera de esas actitudes olvidaría que "Ia ley fundamental de Ia perfección humana, y, por tanto, de Ia transformación del mundo, es el mandamiento del nuevo amor" (GS 38. cf. también No. 24). Todos los excesos de un horizontalismo reductivo o de un verticalismo desencarnado son una opción, entre el "primero y principal mandamiento" y "el segundo que es igual al primero", que después del discurso de Ia Cena ya no tiene sentido. Son una corrupción letal del modelo de amor proclamado por Cristo.

45. Y así es, por desgracia, como parece que podrían sintetizarse los extremos teóricos de dos Iíneas divergentes en el pensamiento actual y en la acción cristiana. No se puede exaltar tanto el Jesús humano, el de la predilección por los sencillos y los pobres, el teorizador del desprendimiento de los bienes, el perseguido por las estructuras religiosas y civiles de su tiempo, que quede en penumbra el Cristo, el Hijo del Padre, que vino a este mundo para salvarnos a todos del pecado y a infundir en nuestros corazones el amor del Padre y la certeza de una vida futura. Ni se puede tampoco centrar la atención de tal manera en la primacía de la fe, la gracia y la espiritualidad del Reino, que no se oiga con suficiente atención el clamor de los pobres, ni se caiga en la cuenta de los términos existenciales y humanos por los que, en tantas ocasiones, pasa hoy el amor fraterno.

Ambas concepciones son casos típicos de un reduccionismo destructor. Jesús es, si, el modelo ideal de 'hombre para los demás' que sufrió pena en una ocasión en que sus oyentes Ilevaban tres días mal alimentados por seguirle (¿cómo sufriría hoy su corazón ante el masivo, profundo y persistente fenómeno del hambre?), pero es, ante todo, el Jesucristo "que nos ama y que nos ha liberado de nuestros pecados por el sacrificio de su sangre" (Apoc 1,5).

46. Experiencia y conocimiento de Cristo

La causa de esta dicotomía o, por decirlo más pragmáticamente, de esa esterilizante fragmentación del Cristo del evangelio, está, seguramente, en que no hemos interiorizado en nosotros, por el conocimiento y la experiencia, las múltiples irisaciones del "amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por la acción del Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5,5)

Nuestro corazón está en peligro de seguir siendo duro como el de Israel durante la ley. Nos falta la "circuncisión del corazón" (Rom 2,29), la que nos libera de Ia antigua alianza de Ia sumisión para entrar en la nueva del amor. Sólo esa interiorización y esa vivencia de Cristo, en experiencia de fe y de caridad, nos permitirá presentar a los hermanos un Cristo íntegro y no mutilado, habiendo obtenido "el espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente, iluminando los ojos de nuestro corazón" (Ef 1,17-18).

Solamente de Él, en quien reside la plenitud de Ia vida divina —no de los teorizantes, no de ninguna potencia de este mundo— podemos recibirla nosotros y Ilevar a los hermanos a la plenitud del Cristo total, que es la Iglesia.

47. Es conocida Ia frase de K. Barth: "Dime cuál es tu Cristología, y te diré quién eres". Del concepto que nos hayamos hecho de Cristo —no para problematizar, no para disertar, no para polemizar; sino para sentirlo y amarlo, para buscarlo y encontrarlo— depende totalmente nuestra relación con Dios y nuestra relación cristiana con el hombre y el universo.

Por eso es de trascendental importancia la respuesta que cada uno de nosotros da en su interior a la pregunta que el hizo un día a los que estaban para seguirle: "Quien dicen los hombres que soy yo? " (Mt 16,15).

Toda la historia de Ia Iglesia, todo el presente de la Iglesia, todo el futuro del Reino, está pendiente de la respuesta que demos colectiva e individualmente. Una respuesta, ciertamente, que en sus mil versiones validas sirve de elemento para el diálogo fraterno, el mutuo enriquecimiento y Ia más plena comprensión del Cristo interior, de su corazón. Cristo es el Dios entre los hombres, y es el Hijo del Hombre ante Dios. Es el puente que salva todo abismo y por eso es el único mediador. Es el sacramento de Dios en el mundo, y por eso es nuestra justificación. Es el Verbo que viene del Padre y a él vuelve, y por eso es la clave de toda la creación. Su encarnación y su revelación han hecho posible que podamos tener respuesta a la pregunta quien dicen que soy yo. Pero es necesario aceptar y vivir su palabra sobre sí mismo para que pueda germinar en nosotros, reproduciendo el amor trinitario que desafía toda lógica: el milagro de amor que es escandalo para los judíos, locura para los gentiles y asunto sin interés para el increencia de nuestro tiempo.

48. Es una paradoja que estemos más dispuestos a aceptar al Jesús que sufre que al Jesús que ama, y que, en nuestros hermanos, hagamos de la inevitabilidad del sufrimiento Ia capa que cubre nuestro egoísmo y nuestra negativa al amor. Existe la sutil tentación de aceptar a Jesús, el hombre, y ser reticentes al Jesús Dios. Es urgente descubrir al mundo precisamente el Hijo de Dios hecho Hombre, sin reducir su misterio. Proclamar la plenitud de este amor cuyo destinatario es todo hombre, cada hombre, la humanidad entera, es poner al mundo en un valido punto de partida para la realización del pleroma, de la plenitud de Cristo en todas las cosas (Ef 1,10).

49. Cristo no puede ser entendido sino desde su ser divino: en esto consiste la fe en él. A la libre donación que de sí mismo hace, debe corresponder en el hombre Ia libertad de haberle aceptado. En Cristo coincide la oferta de Dios al hombre y Ia más alta respuesta del hombre a Dios. Esta es, creo yo, Ia respuesta que debe darse al moderno convencionalismo que habla de 'cristología desde abajo' o ascendente, y 'cristología desde arriba' o descendente.

Cristo es el punto de conjunción, y, muy expresamente, concebido como lugar de encuentro del amor reciproco entre Dios y los hombres. Cristología desde abajo o desde arriba es una distinción que en la fertilísima cristología actual puede ofrecer ventajas metodológicas pero que hay que manejar con sumo cuidado y sin rebasar ciertos Iímites para no objetivar divisiones en algo que no puede disociarse. El Cristo que baja del cielo es el mismo que, consumado el misterio pascual, está a la derecha del Padre (cf. Jn 3,13).

Nuestro conocimiento y experiencia de su persona no puede hacerse solamente tomando el Verbo como punto de partida o arrancando de la historia de Jesús de Nazaret. Es peligroso pretender hacer teología partiendo exclusivamente de Jesús para conocer a Cristo, o partiendo de Cristo para conocer a Jesús.

50. Es inevitable, en este tema, Ia mención de Teilhard de Chardin, que en Cristo Jesús ve la meta unitaria del universo. Por supuesto, no hay por qué estar de acuerdo en todos y cada uno de los pasos del razonamiento teilhardiano. Pero aduzco su recuerdo porque inspira respeto esta figura que hizo compatible la más honesta investigación científica con una increíble ternura y penetración espiritual.

Teilhard profesó una apasionada adhesión al Corazón de Cristo. Y esto, a dos niveles. Uno, la devoción pura y simple al Corazón de Jesús, entendida a la manera más típica de presentación de esta devoción en el periodo de fines del siglo XIX y primer tercio del XX. Sin rebozo ni concesión alguna. Es el Corazón de Jesús de su vida espiritual personal y el aliento en las no ordinarias dificultades con que hubo de contar en sus actividades de hombre de ciencia. Es el Sagrado Corazón de su diario, de su correspondencia, de su dirección espiritual.

Otro nivel —y quizá a él le irritaría esta distinción— es el de Cristo punto omega del universo que el intuía, y que solamente se define, como tentativa, en un acto de amor. Partiendo del convencimiento de que el universo evoluciona, y de que cada etapa solo tiene sentido por su relación con las precedentes, Teilhard concluye que el conjunto del proceso ha de tener una razón y un término, un 'punto omega' que, contenido ya virtualmente en el mismo proceso, lo dirige desde dentro y le da dinamismo y sentido. Pocos meses antes de su muerte, en 1951, escribe en su diario (Journal, cahier VI, p. 106) esta frase que ilustra incontrovertiblemente el estadio final de su pensamiento: "El gran secreto, el gran misterio: hay un corazón en el mundo (dato de reflexión), y ese corazón es el Corazón de Cristo (dato de revelación). (...) Este misterio tiene dos grados: el centro de convergencia ('el universo converge hacia un centro') y el centro cristiano ('ese centro es el Corazón de Cristo'). Quizá sea yo el único que dice estas palabras. Pero estoy convencido que expresan lo que siente cada hombre y cada cristiano".

51. El Corazón de Cristo, acceso a Ia Trinidad

Deliberadamente se ha venido empleando en estas páginas más frecuentemente la palabra amor que la palabra caridad, aunque algunos reservarían 'amor' para las relaciones intratrinitarias, prefiriendo 'caridad', como más distintivo, para el amor fraterno. Amor tiene una connotación más general y, aparte de que traduce mejor —y, según parece, más científicamente— el termino y aun el concepto bíblico rebaja un poco la analogía al hablar de las relaciones afectivas intratrinitarias y las existentes entre los hombres.

Partimos del hecho de que por la gracia entramos a participar de la vida divina, es decir, de la intimidad del Padre y el Hijo en el Espíritu. Los términos filosóficos que aplicamos a la Trinidad (naturaleza, personas, relaciones) dejan intacto el misterio y deben ceder su puesto a esta palabra: amor. "Dios es amor" (1 Jn 4,16). Aceptamos no poder comprender el misterio, aun sabiendo que por el amor estamos comprendidos en El: el Padre y el Hijo nos asumen en el Espíritu haciéndonos partícipes de la plenitud de su amor.

Los que han aceptado el misterio de Cristo, dice San Juan, “permanecerán en el Hijo y en el Padre. Esto es lo que nos prometió Cristo, Ia vida eterna" (1 Jn 2,24-25). Ello es posible en virtud del amor "que Dios ha puesto en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado" (Rom 5,5).

52. Pero el amor, en cuanto definido, no por su término, sino por la disposición interior de quien ama, no puede ser más que uno. De ahí que el amor sobrenatural al prójimo, a quien ha amado Cristo, y a quien nosotros amamos por Cristo, es una vía de acceso a la Trinidad. El amor del prójimo es por ello, y no solo el amor a Dios, una virtud teologal, y, especialmente para quienes han consagrad su vida al servicio de los demás siguiendo los consejos evangélicos que no tienen más fundamento que el amor, es una vía de inmediato acceso a la intimidad trinitaria.

53. ¿No es esto lo que en otros términos quiere decirse con 'contemplativos en la acción'? Se trata no solo de un acercamiento intelectivo y referencia intencional de nuestras actividades al Señor, sino de amarle a través de nuestras obras, y en todas las cosas (la frase es ignaciana, pero el concepto es auténticamente paulino), y especialmente en los hermanos, puesto que contemplación y acción tienen por causa y termino el único Dios que es amor y que nos manda amar.

La claridad con que se ve a Dios —y se le ama— en el prójimo, nos da la medida de nuestra coherencia espiritual. Esa es "Ia iluminación de los ojos del corazón" (Ef 1,8), esa es la mejor prueba de que en nosotros está vivo y "permanece el germen de Dios" (1 Jn 3,19). Ese germen divino no es otra cosa que el principio de vida, el Espíritu que es, al mismo tiempo, personificación y fruto del amor. Nos dirigimos al hombre y encontramos a Dios. Es la sublimación teologal de nuestra relación fraterna.

54. Quien viva a esta luz del amor indiviso a Dios y a los hombres, no teme lanzarse al mundo, porque los hombres no serán un elemento de ruptura de su propio diálogo con Dios, sino, al contrario, otras tantas ocasiones de encuentro. Más aún, en un mundo que hoy se caracteriza por el increencia, poblado por hombres y mujeres que no saben que son centro del amor trinitario, o que lo niegan, a Dios se le descubre por la dimensión del enorme vacío que esa ignorancia o esa negación ha dejado en sus corazones.

55. El amor que nos Ileva a la Trinidad funda y fortalece nuestros lazos comunitarios. Nuestra comunidad tiene únicamente razón de ser si vivimos en el amor. Es el amor que Cristo tuvo y tiene a cada uno de nosotros el que nos reunió. Cristo nos ama personalmente, sí, pero también reunidos. Es la respuesta personal de cada uno de nosotros a ese amor de Cristo, y el conjunto de todas esas respuestas, lo que constituye causalmente nuestro grupo. Estando y manteniéndonos unidos por El y para El, El está en medio de nosotros.

Nuestro ser plural reproduce la pluralidad del amor trinitario, que es todo don de si, participación, comunión. Más que la comunidad de fe —aunque también lo es— es la comunidad de amor o, si se quiere, comunidad de amor que nace de la comunidad de fe, lo que constituye el elemento formal de la comunidad fraterna. Este es el sentido profundo de la gozosa valoración del grupo que hace el salmo 133: " iQué bueno, que dulce es el estar juntos los hermanos! ". Vieja experiencia de la comunidad cristiana que se renueva en nosotros, la de tener "un solo corazón y una sola alma" (Hch 4,32). Quien da, reproduce en si la generosidad del Padre; el que recibe, refleja el abandono y docilidad del Hijo; el vínculo de amor teologal que los une, Ileva en si la marca del Espíritu.

56. Todo cuanto hemos dicho de la Trinidad, del amor... esta Ileno de antropologismos. Pero ¿nos es posible expresarnos de otro modo? Nuestra mente se estrella contra el misterio. Solo es abordable con nuestro corazón. Nuestra penetración es tanto más vital y profunda cuanto más en sintonía esté nuestro corazón con el Corazón de Cristo. Es, al fin y at cabo, una súplica tan antigua como la que el autor del libro de las Crónicas pone en labios de David: "Señor, Dios de Abraham, Isaac e Israel: perpetúa este sentimiento para siempre en lo íntimo del corazón de tu pueblo y dirige tu su corazón hacia ti" (1 Cor 29,18).

*"La fuente evangélica de la devoción al Sagrado Corazón de Cristo se encuentra en sus propias palabras: Soy el Buen Pastor,,,,,,*

*El Buen Pastor da su vida por sus ovejas, por su rebaño... En otras palabras, la imagen de bondad está ligada a la del heroísmo que se entrega, se sacrifica, se inmola ...“*

SS. Pablo VI, 28 de abril de 1968.

**CAPITULO 7 CONTEMPLACIÓN COMPASIVA Juan Flynn, M.S.C.**

La contemplación

En la primera definición que nos da el diccionario Webster’s de la palabra "contemplar” se lee: Observar o mirar con continua atención. Para los fines de la presente reflexión, la contemplación se puede consideran simplemente como un acto de mirar, escuchar y estar con algo.

En consecuencia, la contemplación es un acto de olvido personal, es decir, es poner el interés en algo fuera de nosotros mismos. No es éste un interés distraído, sino fijo; pero a la vez, no es un interés controlado, viendo sôlo lo que “queremos ver", sino un interés abierto y amplio.

Las reacciones que surgen por este tipo de contemplación no se ‘experimentan en un primer instante como actos voluntarios. Por ejemplo, cuando uno m ira al ser querido y amado, la reacción de amor surge por el amado, no porque uno haya decidido amar.

La contemplación compasiva

Estas dos palabras se utilizan para indicar un tipo específico de acción contemplativa y la reacción evocada en los que se entregan al mismo. Quizá los siguientes ejemplos sirvan para clarificar el sentido de esto.

Mateo 9,36: Cuando vio a la multitud (activa contemplativa) tuvo compasión (reacción surgida).

Lucas 10,33: Cuando le vio y le tuvo compasión. Lucas 15,20: Su padre !e vio, y le tuvo compasión.

Lucas 7,13: Cuando el Señor la vio, le tuvo compasión.

Juan 11,33: Cuando Jesús Ia vio llorando... quedó profundamente conmovido en su espíritu y preocupado... lloró.

Juan 19,37: Mirarán at que atravesaron y lo Ilorarán (Zac.

12, 10-13,1).

Misioneros del Sagrado Corazón, Documentos de Renovación No. 3: Mirando al que fue atravesado en la cruz, vemos el corazón nuevo que Dios nos ha dado.

Es muy específico en cada uno de estos textos el objetivo de la contemplación que estimula la compasión y la condolencia, y nos descubre el corazón nuevo que Dios nos ha dado. Las “multitudes" del Evangelio son los no educados, los trabajadores temporales, los campesinos sin tierra propia, los más débiles y vulnerables miembros de la sociedad "que no conocían la ley" (Jn. 7,49), los totalmente “inútiles”, los más pobres de los pobres, los enfermos como los leprosos, por ejemplo, quienes fueron los más miserables de todos los miserables debido a las rigurosas restricciones del Levítico (13,45-46).

El texto de Lucas 10 dice referencia at hombre que debo convertir en mi prójimo, aquel que es víctima de la injusticia violenta del hombre. Para hacer lo mi prójimo debo “verlo" —como Yahvé “vio” la aflicción del pueblo sufriendo la injusticia en Egipto (Ex. 3,7), y como Moisés “vio” el tipo de vida dura que padecían los suyos (Ex. 2,11)— a fin de que el “grito” si n voz de su miseria me mueva a compasión. Lucas 15 se refiere at caso de un hombre que, siendo totalmente consciente y responsable, como Jacob cuando engañó a Esaú, se encuentra en unas circunstancias adversas. Lucas 7 habla de una mujer que ha perdido los dos hornbres más importantes de su vida, una vida oscurecida ahora por la muerte.

Descubrimos aquí el dolor inconsolable que la muerte de los seres queridos puede producir posiblemente en cada uno de nosotros. Juan 11 cuenta Io mismo. El texto de Juan 19,37, y los Documentos de Renovación de los Misioneros del Sagrado Corazón, exigen un rechazo a cualquier escape de la realidad crucificante del mundo humano: Miremos to que nos hacemos unos a otros, hasta que nuestra mente y corazón se quiebren, y, superando la desesperación, la incredulidad y cualquier otra tendencia de huida, nos hallemos conmovidos por la respuesta de Dios a los hombres que nos crucificamos mutuamente: Pesar por el pecado, hambre y sed de justicia, solidaridad compasiva.

Mi experiencia es ésta: el compasivo “corazón nuevo”, que Dios derramado en nosotros para este mundo crucificante, ha sido impulsado y se aviva dentro de m í principal y directamente a través del contacto contemplativo con los pobres de la tierra. Necesito este tipo de contacto con este tipo de personas para convertirme y ser un hombre con un corazón fiel a Dios y al hombre.

Un Superior Mayor Religioso escribió recientemente a sus compañeros: “Si yo no creyera que tengo que aprender de las gentes con quienes trato, y que me van a dar algo mejor de lo que yo puedo darles, dejaría todo actividad y oraría pidiendo luz”. Lucas 6,38 dice: "Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida hasta rebasar pondrán en el halda de vuestros vestidos". En las palabras “mirando at que fue atravesado en la cruz" hay un tipo específico de “dar” a los otros, en un tranquilo, silencioso y contemplativo compartir y entrar en el dolor y la tristeza del otro, antes de que exista algún intento de actuar, de hacer algo para remediar Io; es un compartir la experiencia de la impotencia de los pobres.

Recibimos en abundancia el don del Espíritu por medio de esta manera de "dar”. Al compartir la situación de los sin poder, en vez de salir de ella intentando rescatarlos, el interés divino y la respuesta a este mundo crucificante dada por el Espíritu de Dios en nosotros, inundará nuestra conciencia suscitan do el arrepentimiento del pecado, el hambre y sed de justicia y el espíritu de amor por el mundo.

Andrés Louf, Abad trapense, llama a este don de Dios la "superabundancia del corazón”. “Nuestro corazón está ya en un estado de oración", dice él, "de hecho, constantemente el Espíritu clama y ora dentro de nosotros: Abba-Padre, con súplicas y suspiros que no se traducen en palabras, pero que nunca, ni por un instante, cesan dentro de nosotros (Rom. 8,15; Gal. 4,6). Este estado de oración interior es algo que siempre poseemos, como un tesoro escondido del cual no somos siempre conscientes (o sólo to estamos escasamente); to poseemos en alguna parte de nuestro corazón, aunque no to sintamos. Estamos sordos ante el corazón orante, se nos escapa el sabor del amor... Porque nuestro corazón, nuestro verdadero corazón, está dormido; tiene que despertarse lentamente durante toda la vida” 1.

En mi experiencia, este “corazón orante" (“el corazón nuevo que Dios nos ha dado"), la presencia viva del gran amor de Dios y el empeño por este mundo que vivimos, ha sido y está siendo estimulado principal y directamente por el contacto con los pobres sin poder. Como plantea Helder Cámara, "sus gritos son la voz de Dios; las súplicas no expresadas en los que no tienen voz ni esperanza", hacen añicos nuestra satisfacción y mantienen viva dentro de nosotros la sensibilidad de Dios a la injusticia y al sufrimiento en este mundo 2.

Ellos son Palabra de Dios para nosotros. Palabra de Dios que irrumpe en nuestros corazones, hiere, molesta, penetra, lo divide; nos sacude bruscamente a fin de despertar nuestro corazón. A través del contacto con los pobres sin poder nuestros ' 'corazones de piedra" se rompen (Joel 2, 12) y recibimos un "corazón de carne" en su lugar (Ez. 36,25—27). Por el sacramento del encuentro contemplativo con ellos descubrimos "el hombre escondido en el corazón" (2 Ped. 3,4).

Siempre, por todas partes... (2 Cor. 4,1 0)

En un Sue Ryder Hume de Inglaterra, en 1969, viví con algunas personas sin patria y mutiladas irreparablemente en mente y cuerpo por la Segunda Guerra Mundial. Fueron los primeros "pobres" que me conmovieron a fondo; personas que conocían el sentido de la inutilidad, de la incapacidad e irnpotencia, incluso de nuestra ayuda y de su capacidad de superarse. Fue la primera vez que o í el "grito de los oprimidos": el grito de la imposibilidad. Un hombre quería que le adormecieran permanentemente con inyecciones; una mujer salió una noche a la calle para morir de frío; otro hombre se negó a bañarse o a usar la ducha por miedo al recordar incoherentes experiencias policiales,

Elie Wiesel cuenta que en Kovel, donde los nazis habían congregado en la sinagoga a todos los judíos antes de ser descuartizados, se encontró un escrito en la pared: "Oh tierra, no cubras mi sangre y deja que mi grito no tenga lugar de descanso". Este "grito" estaba en las mentes y en los cuerpos de estas personas. Las toqué físicamente: las lavé, les di de comer, caminé con ellas... y fui "tocado" por ellas. Experimenté que este contacto fue el inicio de mi salvación, el rescate de mis prejuicios, la liberación de mi apatía, de mi egoísmo, de mi cerrazón, de mi cinismo; fue el despertar de la conciencia que contenía muy oculto el ansia real de hacer ' 'justicia".

Los últimos años he estado trabajando en dirección espiritual y predicando retiros espirituales. Las personas de quienes más me acuerdo son aquellas que, en este mundo crucificante, viven sin deseo de vivir, sintiéndose incapaces de ayudarse y de recibir ayuda de otros. Originalmente amaban la vida, pero ahora, habiendo sufrido la traición, el fracaso y la desilusión ya no pueden amarla; su deseo de escapar de la vida y de su dolor se transforma en ellos en desesperación: "La tribulación sufrida nos abrumó hasta el extremo, por encima de nuestras fuerzas, hasta tal punto que perdimos la esperanza de conservar la vida" (2 Cor 1,8).

Recurren a Dios y al sacerdote en su angustia: "Señor, sálvanos que perecemos". Esta gente me inquieta; preferiría que no me molestasen; no puedo hacer nada por ellos, no porque no sea un consejero profesional sino porque el refugio que buscan nadie puede dárselo. Me recuerdan con demasiada viveza la pena y el sufrimiento de la vida, de la que yo mismo deseo escapar. Me recuerdan el miedo a la muerte que constantemente amenaza mi libertad para abrazar por completo la vida. Me recuerdan la tentación constante de mirar la vida como un palacio lleno de ilusiones donde, finalmente, la muerte tiene ta última palabra.

Pero, también me recuerdan al hombre que, cuando se encontró con este tipo de gente, preguntó sin miedo: " ¿Qué quieres? (Jn. 1, 38).

Era el hombre que se dejaba conmover por esta gente, por los que viven la penosa realidad de no poder conseguir lo que anhelan, recordándonos que todos deseamos lo que no podemos alcanzar.

Era el hombre que no colaboró en el empeño colectivo de escapar; al contrario, se esforzó por entrar más en la realidad. Et hombre que infundía a sus seguidores un respeto reverencial cuando les reprochaba su actitud de huida y les exigía que, por la fe, se convirtieran del miedo y de la auto-compasión; que en vez de buscar refugio en "Dios", se enfrentasen a la realidad crucificante de la vida humana hasta que, más allá de toda estrategia huidiza —autocompasión, hipocresía, cinismo, amargura, odio, apatía, desesperación— quebrasen su corazón por el verdadero arrepentimiento que viene sólo de Dios y que nace dentro como espíritu de paz y de amor con y para este mundo.

En 1977 experimenté por primera vez el grito mudo de la situación de los aborígenes australianos. Era semejante a la situación de una persona inmersa en las palabras del profeta Isaías)

"intentando sin cesar romper la indiferencia". Lo que en realidad importa no es el hambre de la gente de comida, dinero, salud educación, sino su hambre por la vida, la libertad y la cultura.

Tomás Cullinan dice que "vio la forma más profunda del subdesarrollo y de la opresión en el estado moral de los hombres que han experimentado la incapacidad ante cualquier deseo propio para forjar su propia historia, y no tienen ya ninguna aptitud interior para llamar "mía" a su vida. Han sido tratados por tanto tiempo como objetos de decisiones ajenas, que han perdido la habilidad espiritual de poder decir: "Yo soy importante, voy a forjar mi vida, mi mundo".

Vio que esto es el culmen de la injusticia del hombre contra el hombre, y que sólo se puede expresar en lo que los pensadores y teólogos latinoamericanos llaman: ' 'Liberación" 3.

La experiencia me cuestiona de esta manera, (que no es necesariamente igual a la de otra persona que viva una experiencia idéntica): ¿Qué ocurre al hombre que ' 've" y ' 'oye" el grito mudo por la liberación dentro de la apatía del pueblo? ¿Qué sincera respuesta surge en su interior al ver una pobreza que les arrebata toda reacción personal, dejándoles únicamente esperando que otros resuelvan sus problemas y les ofrezcan soluciones? Es normal encontrarnos con gente así.

El libro del Éxodo no sólo presenta al hombre llamado por el Señor Dios al doloroso empeño para conseguir su libertad, sino que también describe, y con mucho detalle, el enorme desinterés del pueblo para liberarse. Casi hubo que sacarles a la fuerza —por la mano de Yahvé— de Egipto. La respuesta es un "trato amable" ya que también él fue "probado en todo" y tentado con el deseo de huir del peso de la libertad (Heb. 4,14—15). El Éxodo describe también la respuesta obtenida de Moisés; él, por el don de Dios, desea ante todo la liberación de este pueblo renuente. Moisés, en su esfuerzo creativo para estimular al pueblo hacia la libertad interior y a forjar nuevas estructuras sociales justas, llega a clamar en su angustia y en el Espíritu: "No puedo..." (Num.

La tentación de Moisés, ante la renuencia habitual del pueblo a tomar parte activa en su liberación y su actitud de preferir continuar acomodados a las antiguas seguras y conocidas estructuras antes de que otro dirigiese sus vidas, fue la de conformarse a algo menos que una liberación, a algo menos de la exigencia (Palabra) y de deseo (Voluntad) de Dios. (ver Mt. 4,1—11). Cuando Moisés se sintió tentado a compadecerse de sí mismo, le dijo Dios: "Ponte en pie, hijo de hombre, te quiero hablar", y le invitó de nuevo a compartir su deseo por y su compromiso con la liberación; no es a una conformidad para ayudar al pueblo, sino a un compartir la opresión y el caminar por la difícil ruta hacia la libertad interior.

Desde entonces, Moisés, y cada seguidor de Dios, está llamado a "asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordiosos y sumo sacerdote fiel en lo que toca a Dios" (Heb. 2,17), sintiendo pesar por el pecado, estando hambriento y sediento por la justicia, e incondicionalmente preparado para asumir el sufrimiento ajeno, a fin de liberar al prójimo del miedo al dolor y a la muerte y viviendo creativamente en este mundo.

Bienaventurados los que lloran

No debemos nunca acostumbrarnos a la injusticia. En mi opinión, el significado básico de esto es que: "El verdadero amor descubre que es injusto que nuestro hermano sufra. Sólo el amor auténtico puede sentir que cualquier sufrimiento de nuestro hermano es una injusticia intolerable". Dios es amor. Dios nunca está indiferente ante la injusticia, nunca puede resignarse a ella, ni dejar de conmoverse por ella. Para sentir nosotros la respuesta de Dios a la injusticia, es necesario que dejemos la indiferencia y el resentimiento por el trato injusto, sintiéndonos inocentes: ' 'Señor, te doy gracias por no ser como los demás"

Es necesario percibir lo que nos sensibiliza a las estructuras de injusticia en las que vivimos y nos movemos, en las que poseemos pan mientras otros pasan hambre; la injusticia de la que somos víctimas y propagadores. No importa que la injusticia tenga la enormidad del holocausto o la pequeñez insensible de nuestra vida cotidiana. La respuesta de Dios en nosotros contra esto es un sentimiento de pesar; e: Espíritu de Dios en nosotros está siempre herido de nuevo por la injusticia, el sufrimiento y la muerte (por todo lo que tiene su origen en el pecado).

Conmoverse por el sufrimiento ajeno no es muy natural. Todo et mundo ha tenido experiencia de "ver" sin conmoverse; pasamos indiferentes al lado del que sufre. Conmoverse ante el sufrimiento es un don de Dios, de su Espíritu compasivo y consolador... es una bendición. La presencia de una persona que sufre es una bendición para la colectividad y ésta es bendecida con el don del "cuidado" divino. Esta palabra (care) "cuidado", nos dice Henri Nouwens, encuentra sus raíces en Kara, que significa: "sentir pesar". Esta es la experiencia humana que percibimos detrás de esta palabra 4•

En la primera literatura cristiana este "ciudadano" que surge desde dentro se especificó con la palabra splanchna, que quiere decir los órganos interiores del cuerpo, las entrañas; splanchna significa toda la personalidad humana en la medida en que se conmueve y se afecta profundamente. En San Pablo la misma palabra significa habilidad del hombre para conmoverse por el amor, o sencillamente, el hombre que ama. La palabra latina misericordia utiliza la imagen del corazón (cor) para indicar la calidad del "cuidado"

En esta imagen, una persona que "tiene cuidado" es la que posee un "corazón acogedor" del fracaso, la miseria y la desesperación de los demás. Según esta imagen, la persona que "cuida" abre su corazón, el centro más profundo de su personalidad, a la miseria y a sufrimiento del otro; y es tan fiel en esta actitud que se le convierte en una disposición permanente 5,

Me parece que estamos llamados a pedir y aceptar el don de conmiseración, que es el sentimiento de Dios por los que sufren de alguna forma. "Muchos desconfían de cualquier manifestación de los sentimientos en la oración y en el ministerio. Creen imperfecto el expresar los sentimientos en algún momento de la vida espiritual. Convierten la sequedad o dificultad en la oración y el ministerio en una prueba que hay que soportar con valentía, cuando lo más normal sería buscar sus causas y el remedio adecuado para esta situación.

No se pueden estimular los sentimientos por propia voluntad; eso es obra de la gracia. Pero por lo menos en su sequedad y abandono siempre puede el hombre gritar: " ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro, Señor? No nos abandones a la dureza de nuestros corazones. Líbrame del mal oculto" 6.

Pablo pide que este amor del corazón acogedor crezca dentro de nosotros y considera que su fruto es saber responder a la gente como Dios quiere: "Lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, con que podáis discernir lo mejor" (Fil. 1.9—10).

Tendemos a ver el "cuidado" como una inclinación a hacer algo, como condescendencia en una actitud del fuerte frente al débil, del poderoso frente al impotente, del que tiene hacia el que no tiene. El corazón interior del que "cuida" se aviva cuando alguien que sufre se nos acerca y nos sentimos impotentes e incapaces para ayudarlo. "Cuidar" es conmoverse para entrar en su sufrimiento en vez de tratar de curarlo. Esta es una obra de misericordia que nos exige mucho más que dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento. Exige que compartamos la impotencia de alguien que sufre.

Ahí está la historia de la joven "entre las tumbas" (Cf. Mc. 5,5), a quien se le preguntó gentil y persistentemente, "Mujer, ¿por qué lloras? ". Se lo preguntó un hombre sin miedo a entrar en el dolor ajeno; un hombre capaz de quedarse quieto y silencioso ante la imposibilidad de hacer algo por el otro en su inconsolable dolor (Jn. 20,15). Realizó lo que este mundo denomina la tontería de no tener "poder" permitiendo que la impotencia ajena llenara su alma, dejando oscurecer su vida por la oscuridad de la pena ajena (Is. 53,14), entrando en el lugar secreto del encuentro entre Dios y el hombre. Sólo esta libertad de los hijos de Dios —libertad ante el miedo a la muerte, al sufrimiento, a la impotencia y a lo que éstos nos hagan— puede traer consuelo a los que viven en la tierra y en sombra de muerte.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Las palabras de Shakespeare nos pueden servir de estímulo para comenzar a despertar nuestro corazón afligido:

"La ruina me ha enseñado a reflexionar así, llegará el tiempo y se llevará a mi amor. Este pensamiento es como la muerte, no puede escoger sino llorar al tener lo que teme perder". (soneto 64).

De un modo constante nuestro corazón en lo secreto "experimenta el dolor de lo transitorio, el hecho de poder perder el objeto querido, el que la belleza viva esté siempre en un estado pasajero, el que la muerte sea vecina de lo bello. Pero, en completa oposición a esto, está el deseo por lo eterno, lo infinito, lo absoluto. Este anhelo por lo absoluto se enlaza con la profunda conciencia de incapacidad... resultando un inquieto estado que no se tranquiliza... como un líquido que penetra todo, como un sabor agridulce mezclado en todo. Es básicamente un anhelo por el amor. Este profundo deseo

afecta no solamente una parte de nuestro ser, sino que procede de su centro, y no se restringe a unas relaciones y momentos particulares sino que invade la totalidad” 7.

La espiritualidad del corazón de San Agustín enfoca esta experiencia: “En uno de los Salmos alguien dice a Dios, ‘seré colmado cuando se manifieste tu gloria’. Entonces nos enseñará su rostro y seremos saturados, él nos será suficiente. Pero, hasta que esta suceda... estamos alejados de E\, teniendo hambre y sed de justicia y anhelando con pasión más allá de las palabras la belleza de la forma de Dios" 8.

Existe una espiritualidad individual y privada que considera al hombre en su vida espiritual interior como esencialmente relacionado con Dios y no con la totalidad de su existencia humana y social. Si se lee desde dentro de esta espiritualidad “la pasión más allá de las palabras” del corazón que ora y anhela dentro de nosotros, se con- vierte en una huida sentimental. Tiene que leerse desde el prisma del que encuentra la respuesta a la pregunta “¿Quién soy yo? no por la introspección, sino por la escucha contemplativa de los más débiles y vulnerables de sus hermanos. Ciertamente, ésta es la única forma en que el hornbre puede encontrar su propio corazón.

Para comenzar a captar la “pasión más allá de las palabras” dentro de nuestro corazón, necesitamos “hacernos el hermano de todos... de un viejo abandonado, de un hijo natural que sufre indebidamente las consecuencias de un pecado ajeno, de una persona hambrienta que aguijonea nuestra conciencia” 9. Necesitamos dejar que el mundo entero se convierta en un “pueblo global", o en palabras de Bárbara Ward, en un “vecindario sicológico”; y es un vecindario en el que una tercera parte de la gente comparte cuatro—quintas partes de la riqueza, mientras dos terceras partes comparten una quinta parte de la misma.

Necesitamos tomar medidas para hacernos conscientes y estar informados “sobre las serias injusticias que atropellan y oprimen a hornbres y mujeres, sobre las groseras desigualdades entre naciones y entre individuos, sobre el desperdicio irresponsable de los recursos del mundo —perjudicando probablemente a las futuras generaciones— y sobre las estructuras socio-económicas en nuestra sociedad que favorecen la continuidad de estos males” 10.

Escuchándoles a “ellos" allá, en otros continentes, encontramos una respuesta dolorosa a la pregunta sobre “nosotros": Basta que nos enseñen lo que nosotros hemos hecho de ellos, para damos cuenta de lo que hemos hecho de nosotros. “Descubrimos hasta qué increíble punto el motor del mundo capitalista está orientado hacia su propio éxito para satisfacer sus propias necesidades; y que está oprimiendo cada vez más al otro mundo, no porque no trabaje para alcanzar el mismo nivel, sino porque nuestro crecimiento económico y nivel de vida aceptados sin cuestionar, lo impiden. Son las mismas estructuras económicas y sociales operadas por nosotros las que crean la profunda injusticia en contra de los desposeídos, y todos participamos en tales estructuras, nos guste o no” 11.

El hombre escucha la palabra de Dios hoy. "Dios es la voz interna que nos Ilama a soluciones auténticas... Pero no somos siempre capaces de hacer lo bueno, lo íntegro. Por eso Dios crea una constante inquietud dentro de nosotros que no nos permite estar tranquilos y satisfechos, que nos impulsa hacia mejores caminos para el futuro. En esta inquietud, en este deseo ansioso de Ilegar a soluciones auténticas, es como poco a poco Ilegamos a conocer al Dios en quien creemos. En palabras de un poeta español: “Te conozco, Señor, cuando siento todo el deseo y el anhelo que me sobrepasa. El vacío de mi descontento contiene las anchas dimensiones de tu inmensidad" 12.

Hemos señalado que el término “Sagrado Corazón" representa la realidad en la que el misterio sin nombre que nosotros llamamos Dios se nos hace presente como proximidad compasiva y auto-donante. (C. Rahmer, Investigaciones Teológicas. Vol. VI II, London, Darton, Longman & Todd, 1971, p. 226).

Esta Palabra de Dios —nuestro necesario “vecino global"— sacude bruscamente nuestro corazón, nos despierta y nos descubre que “la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no solamente ella, también nosotros gemimos en nuestro interior anhelando la redención de nuestro cuerpo” (Rom. 8,19—13). Y esta “esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom. 5,5). Y as í se ha encendido en nosotros, a través del encuentro contemplativo con el prójimo y nuestras crucificantes personas, el deseo de transformar la tierra. Hemos sido salvados de nuestra tendencia a convertirnos en unos viejos, conformistas y cínicos frente a la injusticia. Ha surgido en nuestros corazones el hambre y sed por la justicia en la tierra según la imagen de Isaías (11,6—9).

Esta hambre y sed —y la llamada a convertirnos que encierra— es Dios-entre-nosotros. Este deseo en su amplia extensión a lo ancho, alto y profundo viene de Dios para llenar todas las dimensiones de nuestra existencia. Dentro de nosotros el deseo de Dios se expresa en las palabras de Jesús: “Que todos sean uno, como tú Padre en m í y yo en t í, que ellos también sean uno”. La oración que fluye del primordial “cuidado” en los corazones de los seguidores de Jesús y del Padre es: “Venga tu Reino”. Para empezar esta oración necesitamos entrar en contacto con nuestro hermano pobre y aceptar entonces la difícil pregunta: “¿Qué quieres? " (Jn. 1,38).

Teilhard sugiere que la respuesta radical de nuestro corazón a esta pregunta es la oración de Cristo en nuestros corazones, la oración sacerdotal: “Señor... en la profundidad de esta tierra has sembrado tú un deseo irresistible, que nos hace clamar tanto a creyentes como no creyentes: ¡Señor, que seamos uno! ", 13. (Notas al final del documento)

**CAPITULO 8 UN CORAZÓN QUE AFIRMA Tomás A. Kane**

Introducción

Si hojeásemos Ias páginas de los libros litúrgicos del Rito Oriental de la Iglesia, encontraríamos frecuentemente un bello título: “Amante de la Humanidad” (Philantropos). Con él se expresa el amor del Padre y del Hijo hacia nosotros. Cuando el Padre crea, envía a su Hijo y nos da al Espíritu, es por su amor para con nosotros. Cuando el Dios-Hombre cumple su misión, sufre, muere y resucita de los muertos, es porque es “bueno y ama a la humanidad”.

Parece que hay una utilización similar de esta expresión oriental, “Amante de la Humanidad ", en el uso occidental de la palabra “corazón" refiriéndose a Jesús. En la tradición, pensamiento y arte occidentales, el corazón físico de Cristo se utiliza como símbolo y signo visible de todo Io que Jesús es y hace por cada uno de nosotros con su amor afirmativo. Esta similitud entre Ia expresión oriental (Amante de la Humanidad) y la occidental (el Sagrado Corazón de Jesús) no es solamente una coincidencia. Surge de una utilización común de la Biblia y de las enseñanzas de los Padres de la lglesia.

El extraordinario énfasis en Ia religión cristiana sobre el infinito amor de Cristo para cada persona es su fuente más profunda de alegría. Que Cristo nos ama es el gran secreto, el secreto más íntimo de cada alma. Es la realidad que menos podemos concebir; es una realidad que cambiará por completo la vida de cada hornbre si este es capaz de darse cuenta de ella en su plenitud. Este reconocimiento requiere no sôlo un conocimiento teórico de este misterio como una verdad revelada, sino también una conciencia de este amor, semejante a la conciencia que uno posee sobre el amor de su amado. Implica, tarnbién, una conciencia del carácter incomparable y único de este amor divino, de su calidad absolutamente nueva y misteriosa, de su santidad tal como brilla en el Evangelio y en la liturgia y está reflejado en las vidas de los santos\*.2

El verdadero reflejo del amor de Cristo por la humanidad está en el testimonio y la forma en que los cristianos se aman. Paradójicamente, descubrimos que los pueblos no-cristianos se sienten con frecuencia desilusionados por el hecho de que la cristiandad, Ilamada la religión del amor, no ha tenido éxito en construir una significativa y real “communio”, ni siquiera en sus propios círculos. El marxismo llama la atención a los cristianos por estar siempre hablando de Dios y del amor, olvidándose con frecuencia de hacer del mundo un lugar digno para vivir todos. Nadie puede negar que podamos rechazar tales censuras sin antes hacemos un profundo examen de conciencia.

Quizás el problema se puede presentar de la manera siguiente: El mundo actual está honestamente no satisfecho con la religión que se le presenta, y pide a la misma y a la Iglesia que se le tome en serio. Con frecuencia, este mundo experimenta a la persona religiosa, como una persona no feliz consigo misma y sin brindar a los demás la felicidad. Para el mundo, la persona religiosa se parece at famoso Prometeo de la mitología griega. Encadenado sin poder moverse a una roca, atado, no libre, y torturado por un águila que le destroza el hígado, sufriendo interiormente pena, división, incertidumbre, desdicha, intolerancia.

Puede ser muy interesante, y a la vez instructivo, descubrir la frecuencia con que la palabra “gozo" se escribe y se utiliza como una etiqueta específica para el que cree, para el cristiano. “Así os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros siempre, y su gozo sea total". En la comunicación humana siempre es el ser humano el que da alegría y gozo at otro. Es el cristiano el que debe tomar el primer puesto en el arte de afirmar a la humanidad. Pero quien desee afirmar a su hermano, tiene primero que ser afirmado por alguien. Solamente el que esté floreciendo en la afirmación puede abrirse y afirmar at otro.

No es difícil ver cómo mucha gente anhela ser afirmada por otra persona: la persona que, por cualquier motivo, se halla en soledad, o la persona que, en medio de una crisis de identidad, es incapaz de reconocerse y estar segura de s í misma. Afirmar y ser afirmado es un asunto de interacción fundamental en la sociedad humana.

La afirmación

La palabra afirmación proviene del vocablo latino affirmare y significa: hacerse firme, dar fuerza, hacerse fuerte. Implica: asentimiento, acuerdo, consentimiento, voluntad de decir "sí" a toda la creación.

La afirmación es la aceptación de la bondad del otro tal como es. La esencia de todo amor que madura es la afirmación: “Tú eres bueno”, "tú eres maraviIIoso”. El toque más cordial, y hasta curativo, de la afirmación es el que permite a la otra persona ser como es, incluidas sus faltas y su inmadurez. Realizando esto no por miedo, sino por una decisión libre. Es animar at otro para que sea quien es a fin de que actualice toda su potencialidad.

La sicología de la afirmación o la creación va más alIá del utilitarismo que tan frecuentemente se encuentra en nuestro mundo. La afirmación concierne al ser y no principalmente at hacer; no se trata de un funcionalismo.

Josef Pieper

Hace cuarenta y seis años, cuando era un profesor de veintiocho años de edad, Josef Pieper, el filósofo alemán contemporáneo, escribió un pequeño libro, “Sobre la fortaleza”, enfrentándose al Nacional Socialismo de los Nazis. Hoy nos ha dado el mejor libro disponible sobre la afirmación, rico en antropología cristiana y versado en fenomenología actual.

Es de Pieper de quien aprendemos que creación es sinónimo de afirmación. Dios nos llama a ser. Este acto de creación es el principal acto de afirmación. "Lo más maravilloso de todas las cosas que un ser puede hacer es ser” 3. Es Dios el que en el acto de la creación afirma a la humanidad, "Yo quiero que tú existas... y es muy bueno que existas” (Gn. 1,31)

Porque Dios se deleita en nuestra existencia, nosotros los humanos nos atrevemos a deleitarnos en amar y afirmar a nuestros herma- nos, a toda la creación. No hay nada ilegítimo en el plan de Dios. Todo lo que se Ilama a ser, toda la creación, está destinado a reflejar la bondad de Dios. La naturaleza humana es lo más grande de la creación de Dios y su amor transforma todo lo que crea. “Dios con su amor, no destruye ni cambia la naturaleza, la perfecciona”, afirma bellamente Pio XIl.

Martin Buber

El filósofo judío, Martin Buber, uno de los más importantes en la enseñanza de la afirmación, escribe: “En la sociedad humana, a todos los niveles y de un modo u otro, las personas se afirman mutua- mente en una forma práctica en sus cualidades y capacidades personales; la sociedad se puede calificar como humana en la medida en que sus miembros se afirman unos a otros”.

“La base de la vida del hombre con el hombre es doble: el deseo de cada hornbre es ser afirmado por los demás como lo que es, incluso como lo que podría ser; y es una capacidad innata del hombre el poder afirmar a sus hermanos. El que esta capacidad permanezca sólo como potencialidad en gran parte, constituye una verdadera debilidad y un gran cuestionamiento para la raza humana: la verdadera humanidad sólo existe donde esta capacidad se actualiza. Lógicamente, una inadecuada reclamación de la afirmación sin un interés por el proceso de ser y hacerse constantemente, entorpece la vida del entorpece la vida del hombre con el hombre”.

"Los hornbres necesitan y reciben la mutua afirmación en su ser individual por medio de verdaderos encuentros; pero también necesitan y reciben ver la verdad, que el alma logra con su esfuerzo, iluminando a otros de diversas maneras y afirmándose así" 4

Visión radical de la humanidad

Caminando más lentamente y ahorrándonos el frenes í de estar siempre actuando, podemos entender y vivir la afirmación; viviendo pausadamente y contemplando la bondad de los demás. Planteo esto no sólo en una forma sentimental, sino como un estilo de vida esencial y radical (radical viene del latín, radix, y significa la base o raíz de algo). La afirmación no es una técnica, es una forma de acercarse a vivir la vida 5.

Formas de afirmación

Las formas de la afirmación son diferentes, pero todas son importantes. La afirmación puede ser visual, p. ej. una sonrisa comprensible; táctil, un abrazo; auditiva, una expresión de condolencia; y puede ser espiritual, una oración compartida. Todas las formas de afirmación conducen hacia nuestros hermanos para conocer y sentir su propia bondad y ayudar les a vivir airosamente y de un modo feliz esta vida. La afirmación sólo se puede dar como un don libre, y sólo puede ser un don si se recibe gratuitamente. Hace más de setecientos años, Tomás de Aquino afirmó: “El amor es el primer don. Cualquier otra cosa que se nos dé libremente se convierte en un don solamente por el amor”.

La afirmación de las cosas

La persona afirmada no solamente afirma a sus hermanos, sino todo lo que es. Afirma la dignidad y la nobleza de la existencia (ser) como tal. De ah í que pueda afirmar la bondad hasta de una gota de agua o de una hoja de hierba. La afirmación desarrolla dentro de la humanidad un sentido de respeto y reverencia hacia toda la creación. Una vez que experimentamos la afirmación, deseamos compartirla con los demás y poseemos una “disposición interior”, como lo expresa el filósofo francés Gabriel Marcel, para aceptar la dónde y cuándo se nos ofrezca, individual o colectivamente 6.

Jesús sana por afirmación

La afirmación hace firme, da fuerza y sana de sus heridas a nuestros hermanos. Jesús, el Médico Divino, sanaba al afirmar a la humanidad. El Nuevo Testamento narra ejemplos de Jesús sanando al afirmar de un modo suave. Deseaba que sus seguidores estuvieran en paz, gozando de su presencia. Quería que sus seguidores compartieran el acto de la creación, que fuesen pensadores de sus pensamientos, y dueños de sus sentimientos, en vez de ser simplemente personas que trabajan. De hecho, Jesús resistió el activismo en el templo de su Padre y ia inutilidad de las "normas de acción" de los fariseos.

Reflexionando sobre las Escrituras, encontramos bastantes ejemplos del toque curativo de afirmación de Jesús. Una ilustración importante de las escrituras sobre el significado de la afirmación se halla en la narración del encuentro entre Jesús y Zaqueo, el cobrador de impuestos.

Zaqueo no era aceptado ni querido, y deseaba serlo, ser aceptado simplemente por ser quien era. No había conocido dicha aceptación y, sin duda, tenía cierta esperanza en Jesús de Nazaret. Jesús iba a pasar por su vecindario y una multitud deseaba verlo. Zaqueo, como en otros tiempos, por su profesión y su apariencia física, se sentía nuevamente despreciado. Al tratar de ver a Jesús, Zaqueo, pequeño de estatura, no pudo penetrar entre la multitud.

Se subió entonces a una higuera al lado del camino, esperando ver al hombre de Nazaret. Jesús no pasó de largo, le aceptó como era: 'Zaqueo, bájate, porque hoy debo quedarme contigo"; llamó al pobre hombre de la higuera. ¿cuál fue el resultado? Zaqueo se abre inmediatamente, como una flor cuando florece, y dijo al Señor: "Daré, la mitad de mis bienes a los pobres y si en algo defraudé a alguien le devolveré el cuádruplo". La caridad y la justicia son, pues, los frutos del hombre que ha sido afirmado, que ha sido liberado, que ha sido redimido por Jesucristo.

Muchas heridas de ansiedad, infelicidad, baja auto-estimación, frustración... son curadas por Jesús. Invitamos al lector a tomar las Escrituras y reflexionar sobre las afirmaciones de la bondad de la humanidad manifestadas por Jesús. He aquí algunas citas útiles de la Escritura: Jn. 8,10—11; Mt. 16,16—20; Mc. 2,1—11; 12,41—44; Lc. 19,1—9; 23,39—43; Jn. 2,1—11.

La Iglesia afirmativa

En todas estas acciones y parábolas, Jesús nos enseña que la unión entre personas humanas crea una atmósfera propicia para el crecimiento y curación. Jesucristo, cuyo Cuerpo es la Iglesia, nos ofrece el don de ser miembros afirmados en el amor; en su Cuerpo conocemos una nueva dignidad. La Iglesia, para mí, rica en su tradición, siempre nueva en su articulación, ofrece fuerza, nobleza de ser, y una gran oportunidad para el crecimiento, la curación y la salud. Recientemente, en Puebla, México, SS Juan Pablo l l afirmó que "la verdad primordial de la antropología cristiana es que el hombre es imagen de Dios, no puede ser reducido a una mera parte de la naturaleza ni a un elemento sin nombre en la ciudad humana". Nuestro entendimiento cristiano del Cuerpo Místico llega a la misma esencia de lo que las scientiae humanae aparentemente inician a descubrir.

La inutilidad del alcanzar

Si por un momento hacemos un alto y observamos el comportamiento humano, descubrimos a las personas contemporáneas esforzándose angustiosamente para ganarse la aceptación y buscando anhelantes la afirmación. Se la busca con frecuencia donde no está, convirtiéndose así en una búsqueda desesperada e inútil. Intentando demostrarse su utilidad, muchos tratan de afirmarse haciendo infinidad de cosas y luchando por alcanzar el éxito por el éxito. Muchos buscan su afirmación en la cama, cambiando de pareja, o estando en una actitud de total complacencia al otro. Normalmente, muchos piensan que en un trabajo o en una relación sexual lograrán su afirmación, convirtiéndose así en "adictos" al trabajo o al sexo.

Con frecuencia, quien inútilmente así busca, posee unas características de personalidad que denotan una falsa timidez, un ansia de dominar a otros, una falsa jovialidad, un compulsivo perfeccionismo, un "comparativo" comportamiento o una rebeldía contra cualquier tipo de autoridad. Este tipo de persona puede convertirse en un bienhechor que nunca puede limitarse, decir que no, o en un tipo moroso, despreciativo de sí mismo, convirtiéndose así en una víctima o mártir.

Todo esto sólo lleva al enojo, la infelicidad, la inutilidad y desesperación. Debemos repetirlo una y otra vez: la afirmación no se puede conquistar; realmente no podemos hacer cosas o cumplir con unos patrones de comportamiento que nos conduzcan a "ganar" la afirmación. Sólo otra persona nos puede afirmar. El toque curativo de afirmación viene principalmente de otro ser humano, del otro significante.

El otro significante

El otro significante es aquella persona humana que me refleja mi bondad. Aquella persona que me acepta como soy. El otro significante, aunque esté consciente de mis fallas e inmadurez, me obliga a estar gozoso de ser quien soy y estimula hacia el crecimiento y el amor mi potencialidad. Yo sé y siento que esta otra persona me ama y no busca usarme. Desde este otro significante crezco emocionalmente en lo esencial de la afirmación, es decir, en reconocimiento, aceptación, aprecio y reverencia por mi propia bondad. El otro significante me da fuerza, sentido a mi propia firmeza y no roba mi individualidad. El otro significante me conmueve con alegría hasta cantar: Aleluya, soy bueno y maravilloso

Sólo por la afirmación conocida y sentida de los otros significantes un humano puede madurar en la alegría de vivir. Uno que experimenta conscientemente ser amado, puede decir: Te necesito para ser yo... amándome me das mi propio ser, me dejas ser. 7

Etapas del desarrollo

Uno crece en su aprecio personal únicamente por la afirmación de los otros significantes. Todos los expertos están de acuerdo en señalar que los fundamentos de una buena salud emocional se basan en la niñez, y que una niñez feliz y un ambiente seguro son importantes para el crecimiento y el desarrollo. Frederick Leboyer, el tocólogo francés, ofrece buenas pruebas a estas verdades en sus famosos libros "Nacimiento sin Violencia" y "Manos Cariñosas".

Esbozamos la presencia de los otros significantes en la forma siguiente:

|  |  |
| --- | --- |
| Etapa de Desarrollo | Otros Significantes |
| en el útero | la madre |
| la infancia | la madre, principalmente, y el padre |
| años pre-escolares | Padres, hermanos mayores, parientes |
| primeros años escolares | igual como arriba, pero ahora entran otros adultos significantes (p. ej. maestros, clérigos...) |
| años de adolescencia  Años de universidad  matrimonio  vida de celibato  años de media vida  años de jubilación. | lazos familiares importantes. Ahora los amigos afirman. Afirmación de los padres: "Tú eres tú", "Tú eres valioso'  amigos, otras experiencias de amor afirman ahora significativamente  dos adultos maduros se afirman uno al otro  necesidad definida de desarrollar lazos emotivos con amigos de ambos sexos.  esposo o esposa, amigos, e hijos reflejan a los padres su propia bondad.  esposo o esposa, hijos y otras personas cariñosas |

Cuando una persona ha tenido poca afirmación o ningún otro significante en su vida, se produce una tragedia. Una vez más, no se puede subestimar la importancia de los otros significantes en la niñez. La familia es el centro de la afirmación y es aquí donde la persona aprende primero lo que siente sobre sí misma y sobre los demás. La clave para la aceptación personal y para la propia afirmación, que es el eje del funcionamiento físico e intelectual, se encuentra en las experiencias únicas del niño en las manos de los más poderosos "afirmadores", los padres, durante el curso de sus primeros años.

A nuestro alrededor, podemos descubrir muchos hombres y mujeres adultos que no tuvieron nunca padres maduros que ejercieran emocionalmente como otros significantes. Estos hombres y mujeres viven en el mundo de lo privado y tienen características comunes de sentirse no-deseados, carentes de auto-estimación, desconfiados de sí mismos y de los otros, inhábiles para dar o recibir sentimientos de amor, y de iniciar o mantener relaciones inter-personales significativas.

En su libro, "Ciclos de Afirmación", Jack Dominian, M.D., escribe: "El estrato más profundo de la afirmación requiere una relación de confianza y cercanía en que los aspectos físicos, sicológicos, intelectuales y sociales de cada uno se identifiquen, sean animados a crecer y sean afirmados por sentimientos que inviertan y mantengan la bondad total de la persona. En la misma naturaleza del proceso, una permanencia en las formas de continuidad, confiabilidad y pronóstico son esenciales para realizar la meta de la afirmación" 8.

Afirmación, no posesión

La afirmación es una experiencia liberadora tanto del que aprecia como del que es apreciado. La afirmación no significa posesión del afirmado. Uno de los más perspicaces conocedores de la experiencia humana hoy es John Powell, y en su reciente libro, “The Secret of Staying in Love (El secreto de mantenerse enamorado), escribe: “El sentido de su propio valor es, sin duda, el don más grande que podemos ofrecer al otro, es la mejor contribución que podemos hacer en la vida de cualquiera. Y esto sólo se puede hacer por amor; y es esencial que este amor sea liberador, no posesivo. Siempre tenemos que dar a los que amamos la libertad de ser ellos mismos.

El amor afirma al otro como es. No significa poseer lo y manipularlo como algo m io. Cabe aquí la cita de Frederick Perls: “No viniste a este mundo para llenar mis expectativas. Y yo no he venido para llenar las tuyas. Si nos encontramos es bello, si no, lástima”. Lo que significa que querer lo mejor para t í, procurando ser de mi parte lo que tú necesitas, sólo puede lograrse si respeto tu libertad para expresar tus propios sentimientos, tus pensamientos y la capacidad de tomar tus propias decisiones. Si tu única persona me es tan valiosa como la mía, y eso es amor, debo respetar la cuidadosa y sensatamente. Cuando te afirmo, mi afirmación se basa en tu valor incondicional, como único, irrepetible y hasta sagrado misterio de humanidad 9.

Vemos así que el toque de afirmación Ilega a través de otro ser humano, el otro significante, que me abre a mi propia bondad y a la bondad de toda la creación. Al haber sido afirmado por otro, experimentaré al Creador y al mundo con amor, paz y alegría. En muchas personas, que han sido descubiertas y tocadas por el otro significante, se da un nuevo nacimiento, un nuevo comienzo y saben y sienten el gozo del cariño afirmativo.

Jesús, el Otro Significante

Jesús es la afirmación divino-humana de Dios a la humanidad y es, al mismo tiempo, nuestro "amén" a Dios (2 Cor. 1,19). El Nuevo Testamento no m ira solamente a Jesucristo como la solución a los problemas del amor del hornbre. Nos anima a mirar a través de Cristo al Dios Altísimo. Cristo centralizó su exhortación moral en el amor que los hornbres deben tenerse. Al hacer esto revela la naturaleza del hombre al hornbre; pero, a la vez, nos revela en esto la naturaleza de Dios. La importancia de Jesús no se apoya únicamente en lo que es en as í, el Hombre-perfecto, sino que, también, es la Palabra de Dios, la explicación de Dios a los hombres 10.

¡La plenitud de afirmación, en última instancia, la encontraremos “en él, por él y con él”, el Otro Significante! La oración y el lenguaje de la conciencia, nos I leva a una relación con el Salvador, de quien escribe Pablo a la Iglesia de Corinto: “El es anterior a todo, y todo se mantiene en El” . Como ya hemos dicho, la afirmación es la conciencia de que soy intrínsecamente bueno y es la aceptación, también, de la totalidad de mi ser. Jesús podía afirmar a otros porque no había dentro de Él nada de Io que no estuviera consciente y que no hubiera aceptado plenamente; de esta manera, estaba consciente de las otras personas y no necesitaba rechazar nada, sólo el pecado.

Cuando somos afirmados y vivimos afirmando a otros, emerge una nueva visión de la Iglesia como Cuerpo Místico, porque estamos íntimamente en I a presencia del Otro más significante, Jesús, el Cristo. Estamos animados por las frases de Pablo a la Iglesia en Éfeso "que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis Ilenos de toda la plenitud de Di os" (Ef. 3,17-19).

El ministerio de la Casa de Afirmación

El plantear algunas preguntas y buscar la verdad para curar y reconciliar en una atmósfera de renovación y amor, es el único servicio a la Iglesia de la Casa de Afirmación. Nuestra comunidad es un centro internacional de tratamiento terapéutico para religiosos y clérigos con problemas emocionales. Tuvo su inicio en 1970 bajo el nombre de Centro de Consulta para Clérigos y Religiosos en la Diócesis de Worcester, Massachusetts (U.S.A.). El inicial servicio para pacientes no-internos se amplió en 1973 para incluir un centro residencial de tratamiento en Whitinsville, Massachusetts. Desde entonces, se han abierto cuatro centros terapéuticos adicionales, en Boston, Massachusetts; Montara, California; Webster Groves, Missouri, todos en los Estados Unidos de América; y Knowle, en Inglaterra. Esta expansión se realizó a fin de dar respuesta a la creciente demanda por nuestros servicios. Cada fundación fue debidamente sancionada y bien recibida por los superiores diocesanos y religiosos locales.

Los fundadores de la Casa de Afirmación son la Hermana Anna Polcino, S.C.M. M., M.D., y el Reverendo Thomas A. Kane, Ph.D.D.P.S. La Hermana Anna, que anteriormente ejerció como cirujana misionera en Pakistán Occidental y en Bangladesh, es una siquiatra activa. En la actualidad es directora siquiátrica de terapia. El Padre Kane, sicólogo, sacerdote de la Diócesis de Worcester. es el director ejecutivo de la Casa. Ambos poseen muy buenos niveles académicos, religiosos y humanos para este trabajo. Desde su fundación el equipo clínico se ha ido desarrollando debido a las necesidades y a la expansión. Este incluye sicólogos, siquiatras, terapistas, una enfermera psiquiátrica. Existe, también, un equipo no de tiempo completo que suple en las terapias secundarias que rellenan el programa. Hay, además, el equipo doméstico y el personal de mantenimientos necesario. El personal es tan variado como la misma Iglesia, con sacerdotes diocesanos y religiosos, hermanos y hermanas, laicos, personas casadas, solteras y viudas, hombres de todas las edades y de diversas culturas. Están representadas varias escuelas de sicología y diversas Iíneas y formaciones educativas.

Ambiente y tratamiento

El ambiente del centro de Nueva Inglaterra (USA.) es de tipo familiar y digno, ubicado en una mansión de ochenta años de antigüedad, en las ondulantes lomas de Massachusetts. La Casa de Afirmación tiene un ambiente terapéutico total, con un equipo permanente y otro que varía. A fin de asegurar un ambiente curativo y un clima de cariñosa colaboración, el personal dedica una considerable atención a sus propias relaciones interpersonales. Se programa regularmente tiempo para que el personal pueda reunirse a discutir asuntos clínicos, disfrutar juntos socialmente, compartir áreas de conocimientos especializados, orar, resolver los conflictos que inevitablemente surgen, y supervisarse unos a otros. Se tiene un cuidado especial para que cada miembro se mantenga en buena salud y disfrute del descanso necesario. Las decisiones que afectan a la vida del equipo se asumen a través de la discusión y el consenso.

Así, el ambiente entre el personal es de una apertura y una responsabilidad compartida. Parece que esta dimensión humana, cuidadosamente atendida, tiene una casi igual importancia a la del cono- cimiento clínico especializado para el trabajo de curación, pues sirve como un sano modelo de vida comunitaria. Somos generalmente hombres y mujeres felices, esperanzados y amables, con una profunda fe y un gran amor para la Iglesia.

Problemas de identidad

Toda persona se constituye por una variedad casi infinita de identidades. Cada una responde parcialmente a la pregunta, “¿Quién soy yo? ". Estas identidades se armonizan interiormente en cada persona con una jerarquización de relativa importancia. En un momento dado, la identidad que es más importante a nivel personal, recibe mayor cantidad de atención y energía.

Existen, sin embargo, algunas identidades que poseen un mayor valor intrínseco que otras. Por ejemplo, intrínsecamente es más importante para saber quién soy yo mi nombre y mi familia que el color de mis ojos. No obstante, ambos forman parte de mi identidad total. En el caso de bastantes religiosos, el valor relativo asignado a varias identidades no corresponde a su valor real. No es raro encontrar a religiosos profesionales que hallan su identidad personal más significante en las normas de una congregación particular. Esta identidad por afiliación es seguida, en orden de importancia, por la de sacerdote, hermano, hermana, función; después por católico, cristiano, nacionalidad, hombre, mujer, siendo el menos importante la propia humanidad de uno.

De esta manera, los ingredientes de significado personal objetivamente menos importantes, se convierten en los más importantes para el individuo y reciben un mayor cultivo y atención. Hasta hace poco, de hecho, los elementos más importantes y básicos de la identidad personal, es decir, la humanidad y la sexualidad, se consideraban como obstáculos que debían superarse. ¿Cómo puede construir la gracia sobre la base de la naturaleza cuando la humanidad de uno es deficiente? Es mucho más fácil, pero personalmente devastador en sus efectos, definirse en términos de una función en vez de regocijarse en lo bueno que es ser una persona viva.

En otras palabras, hay maneras más o menos acertadas de medir- se y saber as í cuándo uno se comporta como un "buen" religioso de una congregación, o como un "buen" sacerdote o "buena hermana, ya que existen en documentos o costumbres grupales criterios delineados para ello. Es mucho más difícil saber cuándo uno es un "buen" ser humano, un "buen" hornbre o una "buena" mujer. Este problema de prioridad personal de identidades se vuelve más agudo cuando las varias identidades entran en aparentes conflictos 11.

Un hornbre se descubre como tal en relación a su complemento, la mujer, y viceversa; cuando el ambiente del seminario, del convento o de la casa cural es muy restringido y desalienta o impide las relaciones normales con el sexo opuesto, la identidad sexual se desarrolla en relación al mismo sexo. Esta exclusividad contribuye a menudo a un reforzamiento mutuo de los peores aspectos de la masculinidad o feminidad e impide el proceso de maduración

Finalmente, cuando la identidad de uno se define en términos de observancia de reglas y estructuras, al cuestionarse o cambiar éstas, la persona no segura de su identidad más básica experimenta una aguda crisis emocional. Algunas señales de tales crisis son: sentimientos de ansiedad, amargura, escepticismo, actitudes defensivas, rigidez selectiva y dificultades en situaciones que exigen respuestas humanas en vez de dogmas estereotipados.

Los religiosos profesionales fueron entrenados para ser modelos de Ia vida perfecta con soluciones a mano para los misterios de esta vida y la futura. Ahora, los que una vez pensábamos estar ya en la tierra prometida, nos encontramos dando vueltas en el desierto del Sinaí. Sencillamente no tenemos el mapa del camino. Los familiares letreros devocionales han desaparecido. Pero, sí tenemos la especial perspectiva de la fe, el único punto de partid a e indispensable para la reflexión, que debemos compartir con los demás peregrinos. Somos compañeros en un diálogo con el mundo, inmersos en su vida y compartiendo profundamente sus interrogantes y dudas. Para esta tarea, la persona religiosa tiene que ser primero un ser humano sano, procurando alcanzar la madurez humana de un modo normal, es decir, a través del desarrollo progresivo y cada vez más profundo de relaciones personales.

La fe nos asegura que debemos confiar en la presencia del Espíritu que penetra este proceso. Hacia esa presencia orienta proféticamente eI religioso con la reflexión contemplativa de la experiencia personal iluminada por la revelación de la acción de Dios hacia la humanidad. Este testimonio no involucra posiblemente muchas palabras sobre Dios; irradia simplemente el gozo interior y la riqueza de la vida en el Espíritu.

La realidad es a veces muy distinta. Una religiosa me hablaba recientemente de su desilusión sobre su comunidad, y con mucha angustia me dijo: “Todo culminó hace unas semanas en la asamblea provincial. Miré a cientos de religiosas, y lo único que ví eran caras pálidas, cansadas, sin nada de alegr ía. Todas parecían agotadas... Entonces me miré largo rato a mí misma y vi que estaba igual. No quiero vivir más así”.

La vida religiosa es una vida humana

Para redescubrir la vida que brota dentro, una comunidad terapéutica como la Casa de Afirmación y, por extensión, cada comunidad religiosa, debe ser un lugar donde prevalezca la verdad, la realidad y la fe. La gracia de la curación está presente en toda la comunidad y en sus individuos. La misma gracia se da at que sana y at que se está sanando. Todos son llamados tanto a sanar como a sanarse, no importa to mucho que uno esté sufriendo personalmente. Es mi convicción que la gracia de curar se da precisamente en el mismo I ímite del crecimiento de la personalidad 12. Una persona se cura cuando más expuesta está y es más vulnerable; as í mismo se logra una curación más efectiva cuando se busca la relación amable en el momento de mayor sufrimiento. Cuando la relación es superficial, a nivel de máscaras, ex iste una preocupación y una pretensión de amor. La cabeza puede estar presente al otro, pero no Io está el corazón. La gracia de la curación se comunica por la humanidad de cada persona en la comunidad.

En nuestra especial comunidad de curación, la Casa de Afirmación, la responsabilidad principal para crear el ambiente, desarrollar los programas, etc., es con el equipo.

Cada uno de nosotros ha Ilegado d este trabajo por una odisea personal de sufrimiento, curación, cambio y crecimiento. Estamos dispuestos a compartir esta debilidad, y es nuestra mayor fuerza. Constantemente se nos recuerda nuestra fragilidad y nuestras limitaciones. Sin embargo, con la misma constancia descubrimos el misterio desdoblante de la acción de Dios en nuestras vidas. Esta confianza en la fuerza y en el amor de Dios nos da la disposición para arriesgar sentimientos y respuestas de amor genuino a lo bueno del otro, lo que es más importante para la curación que la sola capacidad clínica. Pero, sin el conocimiento clínico especializado, fácilmente nos perderíamos frente a los problemas que se nos presentan. Nuestra tarea es tanto ser amables como profesionales.

Hemos hallado en la mayoría de los religiosos que, el crecimiento intelectual e incluso espiritual, aventaja al desarrollo emocional. El mecanismo de defensa más característico de los religiosos es la intelectualización, mediante la cual cortan y reprimen temidas reacciones emocionales. En ocasiones la persona se vuelve incapaz de sentir absolutamente nada. En nuestro programa terapéutico, el religioso puede descubrir y actualizar potencialidades creativas por prueba y error, e incorporar las en un total proceso de crecimiento. Así, cada individuo Ilega a entender la unicidad de su estilo de aprender y su ritmo de crecimiento. Nada es forzado ni artificial.

Otra dimensión importante de nuestra vida comunitaria es la oportunidad de una vida común entre hornbres y mujeres, aprendiendo a relacionarse mutuamente como personas no como objetos de temor o fantasía. Este tipo de convivencia da a veces pie a reacciones características de una adolescencia postergada. Cuando tales sentimientos surgen, son materia para un crecimiento dirigido hacia la madurez sexual dentro del contexto de la vida celibataria y sus Iímites. Hemos percibido que el celibato como tal no es el problema mayor en la mayoría que nos llegan. Es la falta de afirmación y afecto la que Ileva a problemas en el á rea de la sexualidad. Solamente una pequeña parte de los que han pasado por nuestro programa han abandonado la vida religiosa.

La gracia en la naturaleza de la curación

Creemos firmemente que nuestra terapia es obra de la colaboración con el espíritu curativo de Dios en la humanidad 13. Este trabajo exige mucha reflexión y contemplación sobre el lugar y la forma como Dios está presente con su gracia curativa en cada persona. En este devoto proceso terapéutico se descubre, se exponen y se remueven barreras neuróticas a la libertad interior, tanto en el que sana como en el sanado. El crecimiento en la libertad y la consecuente aceptación de responsabilidad incrementada exige una profunda fe en la Encarnación, en que Dios está con nosotros en carne humana. Nuestra meta, entonces, es ayudar a los religiosos que tienen desórdenes emocionales a lograr una personalidad balanceada e integrada, en la que todos los sentimientos se acepten alegremente y se guíen con la efectiva y delicada Iuz de la mente y el corazón.

Para lograr esta meta, hemos proporcionado un ambiente donde se puede experimentar el proceso del cambio de la negación a la afirmación. Nuestros clientes se están sanando y volviendo a un servicio creativo en la Iglesia. Nuestros archivos contienen muchas cartas de antiguos residentes y no-residentes, dando testimonio del crecimiento y los cambios ocurridos en sus vidas. La parte triste es que, frecuentemente, las comunidades y situaciones de trabajo no han cambiado. Al final del curso del tratamiento hay un sentido renovado de la presencia amorosa de Dios a niveles más profundos de la personalidad y un deseo aumentado por la oración. No es nada raro que una persona haga un retiro dirigido antes de su salida como una respuesta afectiva, Io que le era imposible antes de venir a donde nosotros.

Conclusión

Hemos reflexionado sobre el proceso de afirmación y hemos visto que una vida vivida en gracia nos invita a unirnos a Dios y entre nosotros con un corazón humano. La obra de la creación queda incompleta y no puede concluir hasta que nos afirmemos en la completa realización que Dios ha comenzado. En un sentido verdadero somos co-creadores con Dios. Como tales es necesario que nos relacionemos en la mutua oración y nos unamos para convertirnos en lo que realmente somos: La imagen de la Trinidad

*“Al que acepta la invitación del Corazón de Cristo se le exige una religión integral. El Co razón de Cristo nos invita a practicar una religión que va más allá de lo externo para llegar al mismo centro de nuestra vida, es una vivencia religiosa interiorizada. Necesitamos entrar con pasos cuidadosos, con el al- ma atenta, en recogida meditación, con las profundidades de nuestro ser preparadas para recibir los ecos de las inmensidades de la vida y el am or que se revelan, lentamente, a cualquiera que tenga el valor de sondear las profundidades de la sicología, en el Corazón de Cristo”.*

Cardenal Montini, discurso del 8 de junio de 1956

**CAPITULO 9 “GUERRILLEROS” DE AMOR**

1. Gaspar García Laviana fue sacerdote, poeta y misionero. Como misionero dejó su España nativa para ir a Nicaragua a trabajar. Allí, como sacerdote sintió las injusticias, la pobreza y la opresión que sufría la gente. Como poeta sintió estas cosas con una sensibilidad especial y escribió:

"Sentí en mi carne entubados y tu eterna

tu pobreza en pieles tristeza.

como un látigo sedientas.

de fuego... Me hieren

Campesino, Me hieren tus plantas

abrasaste mis entrañas tus ojos desnudas

como lava derretida humillados cuando pisan

en el seno de la tierra... ' hendiendo la tierra las piedras,

"Me hieren Todo tu yo

tus mortajas Me hieren me hiere

prematuras tu duro trabajo campesino,

de hambre y tus malas pero me hiere

serena. cosechas sobre todo

tu impotencia'

Me hieren Me hieren

tus huesos tu ignorancia

En diciembre de 1977, sintiendo su propia impotencia para ayudar a sus amados campesinos —a no ser por el camino de la violencia— escribió a sus Superiores que iba a unirse a la guerrilla. Juzgó que la situación de Nicaragua era tal que pedía el uso justificable de la violencia permitida por el Papa Pablo VI en la Populorum Progressio (n. 31).

Sintió que el amor evangélico que predicaba le obligaba en conciencia a tomar esta decisión para la liberación de su pueblo. Creía que los rebeldes tendrían éxito en quitarse el yugo de la opresión; pero, también, presentía intuitivamente que se le pediría su propia vida como parte del precio por la liberación del pueblo. Escribió una poesía titulada: "Cuando muera"'

'Cuando ganemos la guerra,   
no vengáis compungidos a mi tumba   
con rosas y claveles rojos,   
como mi sangre derramada.

Os juro que me levantaré  
 y os azotaré con ellos.

Sólo admitiré violetas   
como mi carne macerada,   
como el dolor de mi madre,  
 como el hambre campesina   
de mi América Latina' .

La muerte le llegó en una emboscada el día 13 de diciembre de 1978. Su causa obtuvo la victoria no mucho después, y hoy se le llevan flores a su tumba en Tola como tributo de un pueblo agradecido.

2. Al reflexionar sobre estos hechos, un joven compañero nicaragüense de la misma Congregación de Gaspar escribió:

"Quiero ser guerrillero, pero no de fusil,

Quiero ser subversivo, pero no de órdenes pre-establecidos, Quiero dar mi vida, pero no a costa de la de los demás.

Mi guerrilla no tiene líderes, no tiene campos de entrenamientos, no tiene Estado Mayor, ni nombres rimbombantes, ni falsas ideólogas.

Mi guerrilla no se presta a manipulaciones internacionales, no es del centro, ni de la izquierda, ni de derecha, no le interesan los territorios ni las posiciones de poder estratégico.

Mi guerrilla no divide al mundo en áreas de influencia, ni en continentes para dominar, no quiere ser oportunista de situaciones políticas o económ icas.

Mi guerrilla pretende minar las ambiciones de poder, de riqueza, de sexo; quiere destruir los cotos cerrados de pobreza, de injusticia, de soledad, de amargura, de remordimiento.

Quiere llevar al hombre a su verdadera libertad, a la única revolución posible, a una revolución violenta y difícil, más mortal aún que las pseudo-revoluciones de moda, pues pretende acabar con millones de hombres viejos llenos de miseria y podredumbre humana, para dar vida a hombres nuevos, constructores de una historia nueva. Es la revolución del amor.

Las armas para mi guerrilla no son fusiles ametralladores, ni misiles intercontinentales, ni bombas de neutrones, sino algo más explosivo: El hombre: como ser pensante y forjador de su destino, el hombre como responsable de sí mismo, de sus semejantes, del mundo y del cosmos que habita.

El hombre, en una confrontación constante con sus inclinaciones deshumanizantes, a la luz de una Palabra viva, de una Palabra dinámica, de una Palabra evangélica, de la Palabra del Señor Jesús.

Mi guerrilla es dura y difícil, de ataques cuerpo a cuerpo, de lucha hombre a hombre, de conquistas a base de sangre y dolor, de destruir falsas posiciones y falsas imágenes del hombre.

Pero, cuando mi guerrilla triunfa produce remansos de justicia, remansos de libertad, remansos de fraternidad, produce la verdadera solidaridad humana y lazos indisolubles de cooperación y hermandad, y su más grande fruto es el de hacer del hombre un verdadero co-creador del mundo en una conjunción armónica con su Dios y Creador.

Por todos estos frutos de mi guerrilla, por mí y por mis hermanos del mundo entero, yo quiero ser guerrillero, guerrillero del Amor".

Rodrigo.

3. Pasó el tiempo y Nicaragua ganó su revolución. Otro sacerdote compañero de Gaspar escribió:

"Querido Gaspar:

Sabés que muchas veces platico con vos. También sabés que no soy el único que lo hago. Hoy pensé mandarte unas letras, para compartir con vos, como lo hacemos siempre.

Vos sabés mejor que nadie que Nicaragua está de fiesta. Celebra esa alegría, ese gozo, esa pascua. Es también nuestra alegría, nuestro Gozo, nuestra Pascua de Resurrección.

En esta Pascua he pensado mucho en vos, y en tantas personas que, como vos, la hicieron posible. Vos, Gaspar, has sabido comprender la dimensión y la profundidad del Evangelio y lo hiciste VIDA.

Sé que muchos no comparten esto que digo, y se escandalizarán al leer estas líneas. Porque eres signo de contradicción. Pero Alguien lo fue antes que vos. Alguien fue la razón de tu vida, a quien vos seguiste, a quien veías en el campesino oprimido, en las muchachas esclavizadas del tugurio "Luz y Sombra", en el pobre y marginado.

Alguien que te motivó a escribir cuando tomaste tu opción radical: "Mi fe y mi pertenencia a la Iglesia me obligan a tomar parte en el proceso revolucionario, porque la liberación de un pueblo oprimido es parte integrante de la Redención de Cristo. Mi contribución activa en este proceso es un signo de solidaridad cristiana con el pobre y oprimido y con los que luchan por liberarlos. Es también un nexo entre la justa revolución y la Iglesia..."

Vos, Gaspar, me has hecho reflexionar y profundizar el Evangelio:

- No he venido a ser servido, sino a servir... y vaya si serviste.

- Aquel que guarda su vida la pierde, y quien da la vida por sus amigos... y vos la entregaste toda.

- Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos... y tú amaste hasta morir.

- Si el grano de trigo no muere, no da fruto... y hoy cosechamos porque vos, y muchos como vos, murieron.

Gracias, Gaspar, por tu vida y por tu muerte. Por tu Resurrección. Gracias porque tu opción cuestiona muchos egoísmos y comodidades. Gracias por la amistad de siempre.

Termino diciéndote que nos ayudéis a tener el coraje y la valentía de morir, para que otros resuciten, como vos hiciste.

Un abrazo.

Tino.

Tino juzgó que Gaspar fue también un guerrillero del Amor.

Para muchos en nuestros días, una antigua oración cristiana asume una agonizante dimensión actual:

'Enséñanos cómo amarte y servirte mientras vivimos'

"En situaciones concretas, y tomando en cuenta la solidaridad en la vida de cada persona, se tiene que reconocer una legítima variedad de posibles opciones. La misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes. La Iglesia invita a todos los cristianos a asumir el doble papel de inspirar e innovar, a fin de hacer evolucionar las estructuras para adaptarlas a las necesidades de nuestros días. A los cristianos que, a primera vista aparentan estar en posiciones opuestas, por haber partido de opciones diferentes, nos pide un esfuerzo de mutua comprensión en las diversas posiciones y motivaciones" (Pablo VI . Octogeimi Adveniens, n. 50).

4. En Guatemala, el 4 de junio de 1980, un compañero del P. Gaspar, el P. José María Gran Cirera, fue asesinado a la edad de 35 años, cuando volvía de celebrar una Misa en un lejano distrito de su parroquia. Fue solamente un guerrillero del Amor (como lo fueron también sus hermanos de Congregación PP. Faustino Villanueva y Juan Alonso asesinados igualmente en Guatemala), en el sentido de que su delito consistió en estar con los pobres y oprimidos, provocando así una violenta reacción de los opresores. Así escribió la Conferencia de Religiosos de Guatemala:

"Desde el momento en que llegó a nuestro país, este sacerdote decidió trabajar con los pobres, en concreto con los indígenas del departamento de El Quiché. A este pueblo anunció la Buena Nueva de que Dios está con ellos, de que Dios es el Dios de los pobres... Conocía el hambre que los indígenas sufrían y fue testigo también de los sufrimientos de las familias campesinas... Compartió con ellos la represión que la zona quichelense está sufriendo desde hace años. A esta realidad integral trajo la luz y la fuerza del evangelio para evitar que los enemigos de Dios siguieran sembrando la muerte en nuestra patria... Este fue el gran crimen del P. José María: predicar a todos los hombres su derecho a vivir con dignidad e igualdad según la voluntad de Dios".

Sus compañeros misioneros escribieron:

"Nuestro espíritu misionero está más fuerte que nunca. Experimentamos el miedo normal sentido por cualquier hombre; sin embargo, estamos dispuestos a morir por el amor de Dios y de nuestro prójimo... Es maravilloso ver el espíritu general de sacrificio. Sin excepción, todos se ofrecen para irse a los lugares más peligrosos... Nuestro compromiso con los pobres nos ha hecho tan pobres que ni siquiera podemos protestar contra las injusticias. Como Cristo, estamos clavados en la cruz, y pase lo que pase, creemos que estamos cumpliendo nuestro deber... Y, paradójicamente, sentimos una gran alegría que es, sin duda, don de Dios..."

5. "No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece.

Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él.

En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos.

Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?

Hijos míos, no amemos de la palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad..." (1 Jn. 3,13—18).

6. En los primeros siglos cristianos, las Iglesias locales se escribían entre sí de vez en cuando, contándose las dificultades que tenían que sufrir y sobre la manera en que sus miembros daban testimonio de Cristo. Estas experiencias servían como fuente de apoyo e inspiración mutua.

La Iglesia en Centroamérica está viviendo un momento dramático de su historia en la que están involucrados sacerdotes, religiosos y laicos. Estas líneas señalan algunos aspectos de su compromiso para nuestro apoyo y mutua inspiración.

Su experiencia puede tocar nuestras vidas más prosaicas con orgullo y agradecimiento, con gozo y tristeza, con resolución... con algo...

"Dentro de nosotros

nuestros corazones arden

al mirar el pan fracturado

de las vidas de los hermanos; cómo añoramos,

también nosotros, caminar con ellos

como tú caminabas.

Nuestros corazones arden.

En el amor derramado de nuestros hermanos el Señor Resucitado se acerca;

El amor vence al miedo.

Señor Jesús, te invitamos a acompañarnos

en nuestro caminar más humilde.

Acepta con bondad la ofrenda a los ciegos y cojos,

el vaso de agua brindado en tu nombre".

*"Como bien sabéis, Jesucristo miraba con especial afecto a los enfermos, a los afligidos, los pobres, los inválidos y sufrientes, reservando para ellos el cariño más tierno en su corazón, los más grandes milagros de su poder y la seguridad de un lugar especial en su Reino: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos encontrarán consuelo".*

Juan Pablo ll, 16 de enero de 1980

**CAPITULO 10 LO QUE MUEVE A JESUCRISTO Norberto Strotmann, M.S.C.**

Invitación a una reflexión sobre el Sagrado Corazón

lnspirar la vida por el Sagrado Corazón presupone la libre decisión de dejarse guiar por este símbolo. Los símbolos 1 por ser productos de costumbre, convención social o tradición, necesitan ser aprendidos; pero el hombre es libre en su elección de símbolos, más aún en la elección de símbolos religiosos.

El Sagrado Corazón como símbolo no forma el centro de revelación y fe cristiana, sino que invita a buscarlo. Este símbolo invita al hombre de corazón abierto a orientarse hacia el Cristo de la revelación, al Cristo de la fe de cristianos, buscando por la invitación de este símbolo el centro de la personalidad de Jesucristo, de su vida, de su mensaje y praxis, de su muerte y resurrección. Así, una espiritualidad guiada por el Sagrado Corazón presupone la fe en Jesús como el Cristo. Sin una fe viva en El, una espiritualidad basada en su Corazón será imposible, porque no tendrá referencia.

En consecuencia, nadie está obligado a aceptar el símbolo del Sagrado Corazón como guía de su vida. Más, cuando el hombre para concentrar su fe en Cristo, hace una elección libre de este símbolo, Io hace presuponiendo el Credo de cristiano.

Un símbolo que pueda dirigir nuestra vida debe ser de gran alcance y de suma importancia: debe invitarnos a pensar sobre los valores decisivos para nuestra vida, as í pues, no puede oponerse a nuestra experiencia diaria, sino más bien, debe cargar con nuestra vida y mostrar un camino para vivir nuestros ideales. ¿Puede cumplir el símbolo del Corazón con estas expectativas?

El símbolo del Sagrado Corazón de Jesús representa a Jesús el Cristo. ¿Pero en qué sentido? ¿Qué es lo específico de la invitación de nuestro símbolo?

Sabemos que no somos los primeros que utilizamos este símbolo y esta palabra, que tiene su tradición. Por ello, si tomamos la tradición filosófica de la palabra Corazón 2 constatamos que siempre sirvió para representar funciones céntrico-elementales para la vida humana. La historia subraya la importancia de este símbolo, aunque su contenido varía bastante. Por ejemplo, la filosofía griega opone cabeza y corazón en una diferencia analítica que influye aún hoy día. Corazón podía señalar durante la historia las condiciones básicas del ser humano: intelección, volición, sentimiento; aunque siempre seña- la algo parcial.

En cambio, en la Biblia 3 y en el pensamiento patrístico, Corazón no señala funciones singulares, sino la persona en su totalidad, el centro de la personalidad y de su dinámica corporal y espiritual. De aquí surge la interrogación básica que nos va a guiar en nuestra reflexión sobre el “Corazón”.

\*QUE ES LO QUE MUEVE A JESUCRISTO?

En la forma de traducción del símbolo expuesta antes vemos una ventaja muy grande y es la de que aceptando como guía y orientación de vida a este símbolo, nadie que haya entendido la función de un símbolo, se esclaviza a un canon o catálogo de afirmaciones y prescripciones prefabricadas.

El símbolo del Sagrado Corazón es una invitación exigente de búsqueda de lo que movió a Jesucristo (Jesús histórico, NT...) y de Io que Io mueve hasta hoy (sus promesas escatológicas, los sacramentos...) para dejarse mover en la propia vida por El. Así tornado, el símbolo tiene una profunda función anti-ideológica y liberadora, y por ello el símbolo del Corazón abre un método especial de seguir a Cristo.

Existen también símbolos obligatorios, cuyo desprecio es sancionado socialmente; son, sobre todo, los símbolos necesarios para el funcionamiento de la sociedad. En oposición a estos, existen símbolos que no nos obligan sino que más bien nos invitan, son sobre todo los símbolos religiosos, y entre ellos uno es el del Sagrado Corazón. Ahora bien, sólo cuando respetamos en este símbolo su carácter de invitación y aceptamos incluso que muchos no lo quieran como guía de su vida —y en eso tienen razón puesto que no están obligados a seguir ese camino—, sólo así, puede ser un baluarte de libertad, sólo así indicará lo que es "libertad cristiana", una libertad orientada en Cristo.

"Lo que mueve a Jesucristo" es la inspiración continua del hombre preocupado por el Corazón de Jesús. Mas, ¿no parece eso una fórmula vacía? El símbolo del Sagrado Corazón se convierte automáticamente en una fórmula vacía, cuando se hace de él una mera costumbre lingüística sin que interese "lo que mueve a Jesucristo" y sin "dejarse mover por él". Se da así una contaminación lingüística peligrosa pues se ofrece a Jesucristo como guía de vida "sin creer en El" y se vende su personalidad como amor "sin el intento de amar como El". Concluimos de esto, que nuestro símbolo en cuestión es muy exigente y el que lo use, necesita alta sensibilidad para no abusar de él.

Lo que a muchos desanima a dejarse guiar en su vida por el Corazón de Jesús es que serán pocos hoy día quienes les acompañen en este camino. Pero, el que necesita mayorías para su fe, no puede dejarse guiar por el Sagrado Corazón, y la razón teológica de ello ya fue mencionada anteriormente y es que la espiritualidad del Sagrado Corazón es un método de vivir la fe, pero no materia obligada por la fe. Por ello, vivir con este símbolo presupone coraje de fe, puesto que esta fe posibilita una vida abierta para Dios y el hombre, pero no funciona como "seguro social'

¿Por qué no definimos al símbolo Corazón con palabras como amor", "compasión", etc.? La respuesta es fácil: tememos que definiciones como estas corten la función del símbolo, que hagan callar su invitación. Si uno dice: El Sagrado Corazón nos señala que Dios es amor, expresa una verdad de suma importancia, pero vemos el peligro (aunque no necesariamente sea así) de que esta definición se presente como etiqueta conocida y acostumbrada. En cambio, cuando tomamos al Sagrado Corazón como pregunta y respuesta por "lo que mueve a Jesucristo", entonces puede invitar a un método muy dinámico de vivir la fe.

Con esta circunscripción respetamos sobre todo el pensamiento bíblico-patrístico y abarcamos la plurifuncionalidad del Corazón en el pensamiento filosófico, rechazando al mismo tiempo su "selectividad" y sobre todo su identificación del símbolo con "sentimientos" y "sentimentalismos". "Lo que mueve a Jesucristo" se interesa como pregunta y respuesta por el "Christus Totus".

Presuponemos la fe eclesial en Jesús como el Cristo, sin que esperemos mediante el símbolo aclaraciones dogmáticas. El marco puesto al símbolo— tiene algo anti-definitivo, algo que parece decir: Cristo no se deja definir; lo que puedes hacer es: interesarte por él y por lo que le mueve, para moverte corno El. Cristo no te invita a definirlo, sino a experimentar lo que le mueva a Él, de lo contrario: ¡tu Cristo no tendrá corazón!

Los símbolos por su estructura y función son ambiguos, y su ambigüedad es más grande aún para los símbolos religiosos 4. El símbolo del Sagrado Corazón representa al Jesucristo de la fe preguntándose por "lo que le mueve": sea en su encarnación, en su vida, su prédica, su manera de actuar, su muerte, su resurrección, sus promesas escatológicas, etc., busca descubrir en este Jesús lo que le mueve, sin dividirlo en su ética, volición, sentimientos, intelección, conciencia, percepción; en su posición frente a los demás, a la sociedad, a la cultura de su tiempo. Todos estos factores son estímulos de la única pregunta central: ¿Qué le mueve?

Stephen Toulmin escribió en su "Crítica de la Razón Colectiva": "El hombre no muestra su inteligencia elaborando sus conceptos e ideas en estructuras formales-exactas, sino confrontándose con espíritu abierto a nuevas situaciones 5. Por ello, la apertura de nuestro símbolo y en consecuencia su ambigüedad forma una oportunidad para la fe y su reflexión teológica; su método de vivir la fe es una oportunidad de reconciliar las pretensiones de nuestra fe con la situación de vida actual, aunque sea en grupos pequeños.

Con esto está claramente expresado que una teoría del Sagrado Corazón es posible sólo a costo de la función y de la dinámica del símbolo, que es una invitación y no una prescripción 6. Esta invitación presupone el interés del que usa el símbolo (a) en Jesucristo, (b) El símbolo vive por estos dos polos, lo que al mismo tiempo consigue muchas formas de aplicar este símbolo a la vida.

a): El interés de un niño con cariño al Corazón de Jesús, es aparentemente diferente del interés de un obispo de edad avanzada; el interés del joven obrero es diferente al del religioso. Habrá en el futuro tantas formas de veneración al Corazón de Jesús, como hombres y grupos que experimentan su dinámica. Habrá en el futuro también abusos y contaminación lingüística.

b): La dinámica del símbolo no depende del símbolo como tal, ni depende únicamente de su interesado, sino sobre todo de la fe en Jesucristo, por quien se preocupa este símbolo. Hay gentes con una fe muy sencilla pero tremendamente vital; al igual que existen formas de fe muy refinadas pero apologéticas o restringidas (comparamos una vez la fe del campesino con la fe del teólogo especializado).

Con esta reflexión podemos terminar nuestra exposición, porque lógicamente no vamos a presentar una teoría del Sagrado Corazón. Nadie está obligado a aceptar una invitación pues se malogra la invitación al hacer de ella una obligación. Y si no obstante ofrecemos unas líneas de experiencia con el Sagrado Corazón, no buscamos una teoría, sino un simple ejemplo, pues estamos muy conscientes de que sus experiencias con el Sagrado Corazón son y serán muy diferentes. Con todo, podemos demostrar que vivir bajo la orientación del Corazón de Jesús puede ser una forma interesante y válida de vida cristiana; aunque no podamos demostrar que esta forma interesante es necesaria. La razón de esta limitación se da por la estructura y función del símbolo; y en última instancia, por Dios mismo: porque "Dios no es necesario; ¡es mucho más que necesario! " 7. Si podemos iluminar esta idea en forma ejemplar, entonces podemos verificar al mismo tiempo la tesis, que los símbolos hacen pensar.

LO QUE MUEVE A JESUCRISTO

"De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo" (Heb. 1,15).

Dan ganas de seguir: De una manera fragmentaria y de muchos modos hablaron los cristianos sobre el Hijo desde su resurrección hasta nuestros días; conocemos al Jesús amigo de los Hippies, conocernos al Cristo de la dogmática clásica 8; al Jesús del método histórico crítico 9 sabemos de las tensiones entre el Cristo de los carismáticos y el Jesús de la Liberación 10; sabemos de Cristo Rey como de Jesús Obrero; recordamos las tensiones que hubo por El en la historia 11; y no nos olvidamos de la fe sencilla. ¿Vamos a aumentar una cristología más o a añadir una de las muchas olas de moda? —No. Pero, seguimos hablando de Dios de una manera fragmentaria.

El que se deja guiar por eh Sagrado Corazón acepta eh que cada época busque expresar su fe en Cristo, igualmente acepta que la teología debe la coyuntura actual. El seguidor del Sagrado Corazón respeta la necesidad de los intentos de las teologías especializadas. Pero, su enfoque de vida de fe es otro: por ejemplo, se deja inspirar por los resultados del método crítico de la exégesis sin aceptar nada sus decisiones científicas, pero ayudando al final con su pregunta ¿y qué fue lo que movió a Jesús en su historia de vida?

Este método de vivir la fe bajo la pregunta ¿Qué mueve a Cristo? y ¿Qué me puede mover a mí?, puede atraer con su constante preocupación por Cristo, el centro de su persona, y su dinámica aportar una valiosa dinamización para la teología, sin prescribirla en nada en su camino científico.

El contexto de seguir a Cristo bajo el símbolo del Sagrado Corazón es la fe de la Iglesia, que se basa en la Biblia y que se reformula continuamente frente a las preocupaciones contemporáneas. Dentro de las olas de moda que mueven también nuestra fe, frente a las tensiones que atraen las diversas respuestas, el Sagrado Corazón concentra la dinámica de los fieles en la dinámica central de Cristo. Es Cristo, quien invita en última instancia a este método de vivir la fe; es El quien en último término debe corregir nuestros abusos del símbolo de su Corazón.

Busquemos ahora enfocar en forma de ejemplo, “to que mueve a Jesucristo”. Reflexionemos sobre la Encarnación, sobre la vida y misión de Cristo, sobre su Cruz y Resurrección, bajo la única preocupación ¿Y qué es la dinámica central en él?

I.1. LA ENCARNACIÓN: "DIOS CON NOSOTROS"

“Al Ilegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Gal. 4,4).

Los textos sobre el misterio de la encarnación se nos presentan en las cartas paulinas y deuteropaulinas, en los evangelios sinópticos, el apocalipsis y el prólogo del evangelio de Juan. Aunque los textos representan reflexiones postpascuales y tanto sus formas literarias como sus motivos teológicos son múltiples 12, cada autor señala su interés por la pregunta: ¿Quién es Jesús para nosotros desde un principio? Para Pablo es el preexistente, quien se humilla cargando con nuestro pecado; para Mateo es "más que Moisés"; para Lucas es más grande que el profeta más grande del A.T.; y Juan Io presenta como Logos.

Parece que desde el comienzo hasta hoy ha sido difícil explicar la Iógica de la encarnación. La pluriformidad del misterio en la Biblia ya señala este problema. Su reflexión sufre varias dificultades: así, bajo el lema ¿Cur Deus homo? se ha intentado muchas veces durante la historia de la teología y de manera poco discreta descubrir la motivación divina y algunas teologías dejan el sabor, que saben más que Dios. Otro problema es de origen lingüístico: la palabra "encarnación" señalaba en la teología el acontecimiento del "Dios, hecho hombre" y por ello durante los últimos años se ha utilizado esta palabra en la teología de la vida religiosa para un programa social, para exigir la adaptación de los religiosos al ambiente de los pobres y marginados.

¿Qué es to que mueve at Hijo de Dios para hacerse hombre? ¿Por qué no manda un mensaje simbólico? ¿Por qué se hace hombre?

Jesús no busca privilegios para su auto-manifestación, sino que nace "probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Heb. 4,15). No busca brillar, sino compartir. No se impone en su encarnación como los dioses de las hierogamías, que violan la dignidad humana durante la historia de las religiones 13, sino que su nacer señala el trato respetuoso del hombre por Dios. Con Cristo nace una nueva situación entre Dios y el hombre.

No obstante, la basura que el hombre produce en su historia contra Dios y el hombre, Dios se enamora de él de tal manera que no le basta con acompañarlo, cuidarlo y protegerlo (AT). Su Hijo se hace hombre, participa de nuestra vida —tan corta y muchas veces tan fracasada— para que nosotros participemos de su vida para siempre (NT). No pone condiciones, ni excluye a nadie; sólo exige la fe en su Hijo. DIOS QUIERE ESTAR CON NOSOTROS. Este es el núcleo del misterio de la encarnación.

Así la vida del hombre recibe una nueva cualidad; desde allí la vida del hombre y su tratamiento es de interés divino, sin condición ni exclusión. Desde la encarnación el hombre es un valor extraordinario para Dios, un valor, que Dios nunca quiere perder. Desde la encarnación cada hombre tiene su "plusvalía" y su "dignidad" por Dios m ismo.

Con Cristo terminan los dioses que buscan imponerse al hombre e impresionarlo. La encarnación habla con fe viva de un Dios que comparte con el hombre. Son valores que Dios ofrece para una vida con sentido. Tenemos que iluminar ahora la importancia que tienen para nuestra vida diaria.

1.2. LA VIDA PUBLICA:

“PARA EL PADRE Y PARA LOS HOMBRES" 14

"łba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando el Reino de Dios" (Lc. 8,1 par.).

“AI atardecer, le trajeron muchos endemoniados; él expulsó a los espíritus con su palabra, y sanó a todos los enfermos" (Mt. 8,16).

Sólo en forma de flash se puede intentar una sintetizaciôn de lo que mueve a Jesús en su vida pública: ¡La vida de Jesús es una vida con los hombres, pero su núcleo céntrico, su dinámica, la recibe por su disposición Para su Padre y Para los hombres, sin división y sin mezcla!

El núcleo del mensaje de Jesús es buena nueva desde Dios: “El Reino de Dios está cerca! ". Con estas palabras Jesús indica un acontecimiento dinámico, por el cual Dios comienza su poder en el mundo, su actuar para-con el hombre. Jesús invierte su vida en la Ilamada que Dios nos da a su Reino, que el Padre es “gracia", benevolencia para-con los hombres. Este Reino es vida, felicidad y alegría para el hombre por Dios mismo. El mensaje de Jesús busca abrir as í un futuro para el hombre —un futuro por y con Dios—; y busca al mismo tiempo abrir un futuro para Dios con el hombre. Pero el hombre se puede negar: Y Jesús experimenta el peligro de esta negación humana. El Reino de Dios anunciado por Jesús quiere decir: “Dios actúa para los hombres”’ 15.

Jesús invierte su vida en este mensaje, invierte toda su dinámica en esta prédica. Pero ni prescribe a su Padre el cuándo y cómo debe real izarlo (Cf. Lc. 17,20s.). El sentido de su mensaje nuclear se aclara más por toda la prédica de Jesús y por toda su praxis de vida: En él se experimenta el Reino de Dios, porque “todo Io ha hecho bien; también hace oir a los sordos y hablar a los mudos" (Mc. 7,37).

La prédica de Jesús se basa en su fe, de que el Padre actuará para-con el hombre. AI mismo tiempo abre este mensaje nuevas perspectivas para vivir. El mensaje del Reino no condena al hombre a la pasividad, al fatalismo, sino que le libera a una nueva praxis, a una nueva manera de vivir: Esta nueva perspectiva para la vida Jesús la señala sobre todo en las grandes parábolas. En ellas Jesús nos indica otras posibilidades de vivir: confiando en el Padre, quien acepta at hombre sin condiciones y excepciones (Lc. 15,11-32: Hijo Pródigo) y al mismo tiempo abriéndose a todos los hombres sin condiciones y excepciones (Lc. 10,29—37: Buen Samaritano). En las parábolas escatológicas, que tratan de Jesús m ismo, él habla siempre del Reino de Dios, de su Señorío, que en Jesús se ha acercado y ya actúa en El, pero que por otro Iado está todavía por venir y es incalculable. Jesús exige por sus parábolas: Ya, ahora, hay que cambiar la vida. El centro de las parábolas se da así: si el Padre actúa para los hombres, el hombre debe actuar para Dios y sus hermanos.

En el mensaje de Jesús encontramos todavía más: sus Bienaventuranzas (Mt. 5,1—12; Lc. 6,20-23), que señalan: Ahora Dios está cerca como un Dios comprometido en la vida de Ios que le necesitan: Con Jesús viene el Reino y El incluye a todos los hombres: pobres, olvidados, despreciados, pecadores... Así índica lo que Dios quiere: paz, sonrisa, salud, felicidad. Dios —en la historia— quiere la vida de los hombres, su bienestar y no su muerte ni su miseria. En las Bienaventuranzas se encuentra además una espiritualidad y una experiencia humana, que reconoce las limitaciones del hombre frente al mal en este mundo; se encuentra una fe que respeta, que existan sufrimientos y una impotencia frente a éstos, y que esto no to puede eliminar el hombre. Existe un sufrir humano, que únicamente Dios puede cambiar. De eso Jesús está convencido y grita en las Bienaventuranzas: ¡si los hombres han hecho Io posible, lo que quedará del sufrir humano, Dios to cambiará para el hombre!

La vida de Jesús es una vida llena de mensaje: Jesús es mensaje- ro para su Padre y mensaje para los hombres. Esto ya se podía constatar anteriormente: ¡su vida nos es una abstracción —como nuestra breve reflexión sobre él! —, no es pura teoría. Su praxis diaria, su actitud de cada día subraya su prédica; no sólo en su palabra, sino también en su persona misma y en su actuar, se descubre quien es Dios.

Las cuatro tradiciones evangélicas nos hablan de encuentros de Jesús durante las comidas — ¡lo que era estrictamente prohibido! — con pecadores, aduaneros y mujeres de mala fama. Y así dice por su actuar: Dios —mi Padre— es un Dios para todos. Justamente a los pecadores y marginados debe Ilegar la invitación de comunicarse con Dios. Los pecadores deben llegar a la mesa de Dios e ir hacia la comunidad con los hombres —para salir de su isolación pecadora. As í dice por su praxis: Mi Padre es sin condición, sin exclusión, sin prejuicio, un Padre para todos los hombres. Dios actúa, dice Jesús por su vida.

Para anunciar el Reino, Jesús forma su círculo de discípulos (Mc. I, 16—20), ellos le siguen y le ayudan. Y por esta comunidad nos ha Ilegado hasta hoy la experiencia de la salvación en Cristo —desde Dios. Como Jesús, sus discípulos deben vivir para Dios y para los hombres. Su seguimiento a Cristo no sólo presupone la fe en El y su confesión: Jesús exige la conversión de cada discípulo (eso indica la estructura de las llamadas en la Biblia). ¡Si Dios actúa para los hombres, el hombre debe actuar para Dios y para sus hermanos, dice Jesús por la praxis de la llamada!

Que el Reino es benevolencia desde Dios, no se queda en pura palabra: donde Jesús encuentra a los enfermos y marginados, allí practica las bienaventuranzas. El sufrir, que el hombre no puede cambiar, Jesús lo cambia por voluntad del Padre, viviendo así la esperanza. Hoy los exégetas más críticos están convencidos que Jesús históricamente realizó sanaciones de enfermos y expulsiones de demonios (cf. Mc. 1,32-34; 3.7—12; 6,53—56: 9,14—30). En Jesús se experimentó salvación hasta corporalmente: "Y curó a todos los enfermos por pura clemencia", esto quiere decir que en Jesús se realiza la realidad bienhechora del Reino de Dios. Los milagros 16 como praxis de Jesús nos dicen: los sufrimientos humanos, ¡Dios los cambiará!

Lo que mueve a Jesús en su vida es el mensaje de que Dios es Padre PARA TODOS los hombres; en su misma forma de vivir él expresa este mensaje. Para su Padre y para nosotros él invierte su vida, sin división y sin mezcla. Por su mensaje nos Ilega una nueva esperanza para toda la humanidad.

I 3. CRUZ Y RESURRECCIÓN: VIDA POR NOSOTROS

“Ustedes mataron a Jesús clavándole en la cruz; a Este, pues, Dios le resucitó" (Hech. 2,23).

En la institución de la Eucaristía según San Lucas, Jesús ofrece el pan con las palabras: “Este es mi cuerpo, que va a ser entregado por Ustedes", y el vino “Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por Ustedes”. (Lc. 22,19 s). Pertenece a la tradición más antigua que Jesús aceptó voluntariamente su muerte 17. Su vida, que es un grito hacia los hombres, que dice que Dios es un Dios-con-los-hombres y Padre-para-todos, fracasa de la manera más cruel en el sin-sentido, que llamamos la cruz. AI que busca dar nuevo sentido a nuestra vida, le sacan su vida sin sentido, matándole como a un criminal.

¿Qué es lo que mueve a Jesús en su camino hacia la Cruz? — La muerte para el hombre de hoy es el colmo del sin-sentido de los sufrimientos humanos! ; y la matanza de un hombre —además de un inocente! — sólo se puede lamentar y condenar. ¿Pero buscar todavía un sentido en esta auto-entrega de Jesús, ¿no será eso perverso? Por ello, buscaremos indicar que Jesús muere en la cruz POR el Padre (a) y PO R los hombres (b). Ambas explicaciones atraen sus dificultades, que hay que aclarar:

a) El “sacrificio” mal entendido: Jesús muere en la cruz “por el Padre".

Muy poca gente acepta hoy en día, que Dios pueda ser tan cruel de exigir de su Hijo la muerte. No podría reconciliarnos con este Dios el ejemplo de Abraham, quien ofrece a su hijo Isaac (Gen. 21,1 ss); ni el hecho de que a la hora sexta se llevan los corderos al templo de Jerusalén (la hora en que Jesús muere); ni las ideas de justicia, satis- facción, etc... El Dios que manda a su Hijo para manifestarse al hombre como el Dios-con-y-para-los-hombres no puede exigir por satisfacción la matanza de su Hijo. —Y tienen razón con esta crítica: no da sentido.

Entonces: ¿La muerte de Jesús no es un sacrificio? Es mucho más sacrificio que los sacrificios del AT. o de las demás religiones e,

porque es auto-entrega voluntaria de Jesús por su Padre, para salvar su rostro; y no un regalo al Dios-encima-de-nosotros, para tranquilizarlo o comprarlo. En su cruz Jesús critica toda idea de sacrificio que presuponga a un dios ergotista, caprichoso y cruel. El sacrificio de Cristo es cruel, pero no el Padre, a quien anuncia en la cruz. Además, debería ser un dios muy raro, que se siente reconciliado por la injusticia contra su propio Hijo. ¿Qué mueve a Jesucristo en su aceptación voluntaria de la cruz? La respuesta debe iluminar el sentido de su muerte por el Padre.

b) La salvación mal entendida: Jesús murió por los hombres.

La dificultad que tenemos hoy día con el mensaje de la salvación, es una crítica que nace de las consecuencias sociales de este mensaje mal entendido. Ya C. Marx criticó la religión como” Opio para/del pueblo" 19, que busca tranquilizar al hombre frente a sus sufrimientos. ¿Es la muerte de Jesús por nosotros un tranquilizante, que expresa Cristo ya sufrió, toma tú también la cruz de tu vida? ‹La cruz por nosotros será de verdad la justificación divina del sufrimiento humano?

Dios no se hizo hornbre, para que los seres humanos formen una especie llena de gratitud hacia Él. Y Jesús nos señala al Dios-con-el- hombre bajo la condición de que el hombre esté con Dios

—No negamos, que de la cruz se ha abusado en la historia de esta manera (y sobre todo en la historia de América Latina). Pero el abuso de Cristo no hace de él mismo un abusivo, sino del hombre. Lo que mueve a Jesucristo a morir en la cruz por nosotros debe cambiar este nuestro prejuicio.

Cristo acepta el rechazo de su mensaje y de sí mismo como mensajero, pero no busca este rechazo. Ofrece desde la encarnación al Dios-con-los-hombres, un Dios que acepta a todos sin excepción y sin condición; en su vida pública grita y vive el mensaje del Padre -para-todos-los-hombres, quien busca sin prejuicio y sin venganza a todos: anuncia el Reino para todos, come con recaudadores y putas, cambia la suerte de los enfermos...

Este su mensaje y praxis le atrae el rechazo de todos, quienes no le aceptan como mensaje vivo de Dios.

Un dios comercial no necesita la inversión de su hijo; cualquier ideología religiosa o política vende a estos dioses en las calles por un precio barato. Jesús no invierte su vida en el mensaje que Dios es Padre-para-todos bajo la condición en cuanto el hombre vive para Dios; aquel dios enano no necesita, sino que excluye la preocupación por los pecado- res, enfermos, rechazados, despreciados... Este no es el Padre de Jesucristo —y gracias a Cristo en la cruz— tampoco nuestro Padre.

Jesús invierte su vida POR el Padre, verificando que Dios está con el hombre aunque el hombre lo rechaza, que es Padre para todos, aunque los hombres matan a su Hijo. La cruz es la verificación del mensaje y de la vida de Jesús: La benevolencia de Dios no tiene su medida en la benevolencia del hombre. Desde la encarnación de la Palabra, la apertura de Dios para el hombre es definitiva; en Cristo dice su SI al hombre, y ni el asesinato de su Hijo lo cambia en un “reaccionario", que tienen otro concepto de Dios y del destino del hombre, el rechazo de las ideologías religiosas (fariseos, saduceos, zelotas...), porque “pues mayor es Dios que nuestro corazón" (Un. 3,20). As í, la cruz es evangelio en acción, revelación de Dios sin presenta a un Dios diferente del suyo; el rechazo de las ideologías políticas (Herodes, pax romana...), porque el Padre de Jesucristo trata al hombre de una manera muy diferente al de estas ideologías. Su mensaje es peligroso para cualquiera que sea la alternativa. Y así todas las alternativas buscan eliminarlo: las personas, que le rechazan por charlatán, y también los grupos religiosos y políticos. Por su mensaje, Jesús cuestiona la manera de ser de ellos, cuestiona sus programas y sus criterios de vida.

Jesús puede retroceder o retirarse; puede negar frente a Pilato la acusación, diciendo “no soy rey"; puede suavizar su mensaje diciendo bien, no quería decir eso, mi Padre se entiende con todos, con fariseos, saduceos y los que quieran, acepta a cualquier dios, si me dejan en paz. ¿Qué Dios-con-nosotros será éste, que retrocede ante la maldad del hombre? ¿Qué Padre-para-algunos? De este dios ya no se podría decir que "es más grande, que nuestro corazón" (1 Jn. 3,20) 20 palabras. Y sólo por la cruz vale decir del Hijo de Dios: “probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Heb. 4,15). Sólo en este Dios vale creer y confiar, en este Dios vale esperar y mirar hacia adelante, sin desviarse de la miseria del hombre; sólo por este Cristo podemos intentar el seguir su camino de entrega.

Jesús invierte su vida por los hombres: el rechazo de su mensaje por los hombres no le cambia su fidelidad al mensaje de su Padre. Rechazado por los hombres, muere por ellos, verificando as í su mensaje sobre la fidelidad del Padre. Muriendo por los hombres, su fidelidad expresa la desconocida fidelidad del Padre para-con los hombres. En esta cruz no hay nada de fatalismo, nada de un sufrir por sufrir. La pasión de Cristo es ACTIVA, expresión silenciosa de la fidelidad de Dios para-con nosotros y crítica implícita de todo sufrimiento humano, excepto el sufrir por la fidelidad de Dios para-con el hombre.

‹Esta forma de ver la muerte de Jesús por nosotros (salvación) es aIgo tranquilizante? Por su muerte Jesús demuestra nuestra aceptación incondicional por Dios, el Padre; nos facilita la fe que el hombre necesita para responder a la invitación de Dios a una vida feliz. Pero esta salvación no soluciona ni el menor problema de nuestra vida diaria. Esta muerte por nosotros es más exigente aun cuando postula: Confía en Dios e invierte tu vida en los demás, sin condiciones ni excepciones. Esta inversión te consigue la vida de Dios, pero no te asegura las gracias del hombre. Si el hombre sigue el ejemplo de Cristo y hace Io posible de su parte, Dios cambiará Io que el hombre no puede cambiar —incluso la muerte.

Lo que mueve a Jesucristo, es su preocupación por su Padre y por nosotros/sus hermanos, sin separación y sin mezcla 21 nos presenta un nuevo rostro de Dios: Un Dios, quien nos hizo, pero que no es un dios -encima , sino eI Dios-con - eI -hombre, no un dios--contra-el-hombre-desde-las-alturas, sino para-los-hombres, un Dios que invierte su vida por el hombre, un Dios que espera del hombre que viva del mismo Espíritu, confesando por el Hijo a este Padre, un Dios que espera que invirtamos nuestra vida en el hombre, como él invirtió la suya: para hacemos partícipes de su propia vida. As í el Corazón de Jesús será para los hombres: FONS VITAE.

II. “...PARA MOVERNOS A NOSOTROS”

Los símbolos pueden guiar la vida; y no imponen leyes ni reglas, más, invitan a reflexionar. El símbolo del Corazón de Jesús nos invitó a buscar en la vida de Jesús Io que le mueve, hemos visto en que valores él invirtió su vida, hemos visto su historia de entrega por su Padre y por sus hermanos. Pero el símbolo no desvía la atención de la propia vida, no es alienante; sino que busca —donde fue aceptado en libertad y con sinceridad— sacar sus conclusiones orientadoras para la propia vida 22.

El Corazón de Jesús nos hizo ver, Io que mueve a Jesucristo y al final nos pregunta: ¿Y cómo te mueves tú? ¿Lo que mueve a Cristo, puede ser la norma de nuestra vida?, ¿Nos indica cómo actuar? Sí, pero otra vez en forma de invitación y no en forma de cumplir catálogos de exigencias. Esta forma, de hacer de Io que mueve a Jesús una norma de vida, que me mueve a mí, es una exigencia de cada día y de cada hombre, para quien acepta como orientación al Corazón de Jesús 23. Hacer hablar nuestro símbolo en cada situación es el chance del Sagrado Corazón, porque no señala una abstracción de la vida humana, sino su entrega.

¿En qué sentido nos puede mover Io que movió a Jesucristo?:

+ Dios con nosotros.

+ La vida pública PARA el Padre y PARA los hombres y

+ La entrega de Vida POR nosotros.

As í hemos elaborado en forma ejemplar los valores céntricos de la vida de Jesús. Reflexionemos ahora su normatividad para nuestra vida.

II.1. EL DIOS CON NOSOTROS — QUIEN NOS MUEVE

“Si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros. ¿Cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas? (Rom 8, 31 ss.; 1ra. hasta el v. 39). Este aprecio del hombre por Dios, le da al hombre su plusvalía y dignidad: ya no es pura basura de la evolución, puro objeto del interés del hombre por el hombre en las ciencias: Io es también, pero el hombre ahora es de interés divino; ya no es puro material de las políticas con sus principios ideológicos, arbitrarios y exclusivistas. Cristo trae sus interrogativos hacia estas formas de auto-realización a costo del hombre. Sin condiciones y sin exclusión, anuncia at Dios-con-todos-los-hombres

Es la nueva base de fe para los hombres, porque Dios actúa. El Dios, que vive con nosotros, invita al hombre a vivir con Él.

Si Dios está con los hombres, el hombre no puede vivir contra-el-hombre, o encima-del-otro. El aprecio del hombre por parte de Dios discrimina y denuncia cualquier forma de desprecio del hombre por el hombre. As í, es tarea primordial del que se deja guiar por el Corazón de Jesús, el trasmitir a su propia vida “to que movió a Jesús”. Intentará vivir en su familia, en su comunidad, en su trabajo diario “con” y no “contra”, “con” y no “encima” de los demás. Sólo as í se adquiere el derecho —reconociendo la propia debilidad— de exigir de manera veraz a las instituciones sociales y a su propia sociedad, el cambiar las estructuras económicas, políticas, culturales... de tal manera, que posibiliten una vida del hombre CON el hombre 24.

1. 2. UNA VIDA PARA EL PADRE Y PARA LOS HOMBRES

— QUE PIDE UNA RESPUESTA

Lo que nos Ilega a Dios no es pura "idea", "mensaje" o "teoría". Su Hijo invierte su v id a en el mensaje de su Padre y se hace mensaje para todos. Esta vida de Jesús abre para el hombre las siguientes preguntas: ¿Por qué mensajes vive el hombre? y ‹Para quién vive?

Existen Ios medios masivos de comunicación con sus mensajes de felicidad: publican las supersticiones anheladas por el hombre; existen las ideologías religiosas, que por un nuevo método de vida prometen la tranquilidad psíquica del hombre; existen las ideologías políticas —de cualquier color— prometiendo su cielo por la entrega del poder; existe la persuasión de la droga; ex iste el mensaje del poder, del tener y del saber... As í tenemos mensajes de dioses en abundancia, que prometen hacer feliz al hombre.

El mensaje de Cristo interpela al hombre: ‹En qué mensaje te basas? ¿En los dioses de tu propio taller, o en el mensaje, en que Jesús invirtió su vida, el Dios para-con-todos los hombres sin excepción? Jesús vivió para su Padre y derribó a los dioses auto-fabricados. Esta decisión e inversión de vida le atrajo el contra-ataque de todos los mensajeros y alternativas, que le rodeaban.

Desde la vida de Cristo, los valores, que valen la inversión de vida, están claros: Dios y los hombres —sin condición y excepción. El sentido de la vida depende desde Jesús de la voluntad de vivir para Dios y para todos los hombres; no depende del tener, ni del poder, ni del saber...

Cada partido, que busca beneficiar sólo a sus miembros —cada grupo religioso, que vive encerrado en s í mismo— cada forma de economía, que sirve sólo a intereses particulares (sea que sirva para multiplicar el capital de pocos o para multiplicar la burocracia esta- tal, que se sirve a s í misma), cada forma de vida, que no tiene una estructura básica de servicio para todos los hombres, cae bajo la crítica de no dejarse mover por lo que movió a Jesús: sea en la vida personal, la vida religiosa-comunitaria, la vida familiar, la vida comunal, institucional... estatal o supra-estatal. Pues sólo el que vive por este impulso de Cristo, tiene la legitimación de descifrar a los dioses falsos de los demás.

1. 3. LA ENTREGA DE VIDA POR DIOS

Y POR LOS HOMBRES — UNA VIDA ANORMAL

El mensaje de Jesús no depende ni del aplauso ni del rechazo por parte de los hombres. Cuando Jesús predica, que Dios acepta a todos los hombres, le gritan los hombres que a este Dios no lo aceptan. La fidelidad hacia el Padre para todos los hombres consigue su "sacrificio": por el Padre, cuyo rostro Jesús ni cambiará cuando le matan; por los hombres, a quienes Dios se ofrece como Padre no obstante el asesinato de su Hijo.

La Iógica de la cruz de Jesús es tan difícil para explicar, porque es a-normal. Simplificando algunos resultados de la teoría del comportamiento social, ¿el hombre reacciona de otra manera? 25 Por ejemplo, así:

(+) (+) = + (El amigo de mi amigo es mi amigo).

(+) . (-) = - (El amigo de mi enemigo es mi enemigo). (-) . (+) = - (El enemigo de mi amigo es mi enemigo). (-) . (-) = + (El enemigo de mi enemigo es mi amigo).

El Padre de Jesucristo no es el Dios-con-y-para-todos mientras los hornbres aplaudan: En la cruz de su Hijo se manifiesta más grande que los hombres; no deja de ser el Padre tal como su Hijo le anunció, no se hace normal o reaccionario.

Desde este acontecimiento, el que sigue a Cristo, el que se deja mover por El, está en constante peligro de ser a-normal: su vida —sin división y sin mezcla con y para Dios y con y para los hombres— no depende de los aplausos ni del rechazo de los demás, porque se deja mover por Cristo y lo que le movió a Él. Sin sentirse más, busca invertir su vida por Dios y por los hombres.

Esta manera de dejarse mover por lo que mueve a Jesucristo, es tarea, que puede transformar cada día, pero necesita también la in- versión de cada d Id. /\s í —y sólo as í— el Corazón de Jesús es FONS VITAE. Los símbolos hacen pensar, más el símbolo del Sagrado Corazón, además hace vivir. No es un camino de todos; pero es un camino, que guía por nuevos terrenos. Y es Cristo, quien guía y guía por un camino de libertad. Para los que se van por este camino, valen sus bienaventuranzas: Si el hombre hace Io posible, Dios actuará.

Resumimos nuestro segundo capítulo en pocas palabras: “Dios se dirige hacia el mundo con el mismo amor, en que Dios desde la eternidad ama a Dios, en que el Padre ama al Hijo. Este amor es el Espíritu Santo... Este amor de Dios hacia el mundo no tiene su medida en el mundo, y por eso no puede ser deducido del mundo, más se queda oculto en él. Este amor se revela sólo por el hecho de que Dios lo comunica en la Palabra de Dios" 26. Y “sólo por esta fe se realizan obras, que justifican delante de Dios, delante del mundo y delante de los cohermanos” 27; sólo esta fe libera al hombre del

miedo por s í mismo, sólo esta fe pone en libertad una esperanza, aquella que cada hombre necesita para vivir y para más allá de la muerte. Dejarse guiar por el símbolo del Sagrado Corazón es un método de vivir esta fe. (Las notas al final del documento)

**CAPÍTULO 11 RESURGIR DE UNA DEVOCIÓN O RENACIMIENTO DE UNA ESPIRITUALIDAD E. J. Cuskelly, M.S.C.**

Algunos tenemos suficiente edad para poder recordarnos del fin de la "época dorada" de la devoción al Sagrado Corazón. Muchos de nosotros hemos estudiado su historia y sabemos lo floreciente que fue una vez. Existen personas que aún guardan la esperanza de que, si sólo lográsemos encontrar la forma correcta, una "devoción modernizada", puede y debe tener una significativa vida en la Iglesia de hoy. Otros, menos optimistas, reconocen el bien espiritual que hizo a millones de personas, pero creen que pertenece a una etapa de piedad que está lejos de volver.

Para los miembros de Congregaciones religiosas dedicadas al Corazón de Cristo, o para los que dentro de su historia poseen una fuerte tradición de una devoción especial al Sagrado Corazón, esto es más que una cuestión de mera piedad. Existen por lo menos catorces Congregaciones religiosas de hombres y ciento veinte Congregaciones femeninas que tienen al Sagrado Corazón en su nombre oficial (ver Anuario Pontificio de 1980). Desde el momento en que la Iglesia les exhorta constantemente a volver al espíritu de sus Fundadores (quienes escogieron deliberadamente los nombres que ahora Ilevan), la cuestión del valor de la devoción al Corazón de Cristo es algo que les afecta muy de cerca. Discutido el problema entre sus miembros, este tema ha sido a menudo causa de dolor y de confusión.

Algunos esfuerzos para revivir esta devoción han dado poco fruto. Se fijaron en el pasado, pero quizá no con una suficiente profundidad que les permitiera una libertad para re-crear algo en el presente. Con frecuencia, no se ha investigado con bastante comprensión to que ocurre en la actualidad y que puede influir en el futuro. La devoción al Corazón de Cristo ha sido tan útil durante mucho tiempo a la Iglesia que sería irresponsable concluir con demasiada ligereza que ha vivido ya su vida fructífera y que ahora puede descansar en paz.

¿Qué quiero decir con “Iibres para re-crear"?

Por naturaleza, nos unimos a aquello que ha sido muy significativo para nosotros. Sin embargo, debemos tener la capacidad de dejamos interrogar con muchas preguntas sin sentirnos por ello amenazados. ¿Son realmente necesarios, para la devoción al Corazón de Cristo, muchos de los elementos que han constituido “nuestra” devoción? ¿Es necesario que la devoción al Sagrado Corazón sea vivida de igual forma por todos? Para otros la pregunta sería: ¿No nos pasa que, nuestra reacción a un cierto tipo de piedad que no nos atrae y a sus expresiones, nos impiden observar de nuevo su fuente de inspiración?

Creo que, para tener libertad para re-crear y para encontrar el camino correcto de una renovación, debemos aceptar ciertos hechos y discutir sus consecuencias después. Entre éstos nombraría:

a) No se revive una devoción a base de una gran cantidad de citas doctrinales ni de documentos papales. Tales citas comprueban to ortodoxo de la devoción; afirman que puede ser una forma útil de piedad. Pero no la harán pasar a la vida de la gente si éstas no se sienten atraídas hacia ella de otra manera. Esto es una cuestión del atractivo sicológico y espiritual, de las necesidades y gustos personales de los individuos. Estos varían incluso en las vidas individuales; cambian de una época a otra, como también de una cultura a otra.

b) No hay una sola devoción al Sagrado Corazón. A través del curso de la historia han existido diferentes expresiones de la devoción: Por ejemplo, con Santa Gertrudis, Santa Matilde, San Juan Eudes, Santa Margarita María de Alacoque. Después de Santa Margarita María, con los escritos sobre el tema de muchos teólogos, se desarrolló una expresión más o menos unificada de “la devoción al Sagrado Corazón”. Muchos estamos familiarizados con el contenido de ésta: El corazón físico como símbolo del amor; Consagración, Reparación e Imitación como expresiones esenciales de la devoción; prácticas particulares como la observancia de los Primeros Viernes de mes, letanía del Sagrado Corazón, actos de reparación. Ciertas imágenes estilizadas del “Sagrado Corazón” acompañaban esta devoción.

Sin embargo, esta fue una única forma de devoción. Durante siglos tuvo un Iugar muy eficaz en la piedad popular. Pero como una forma muy bien puede haber perdido irrevocablemente su atractivo. Y, ciertamente, Io ha perdido para muchos. Tenemos que ser capaces de preguntarnos, objetivamente, qué implica esto para el futuro.

c) Históricamente, la devoción al Sagrado Corazón estuvo muy ligada a un tipo específico de acercamiento at misterio de la Eucaristía y con una gran concentración en la vida terrenal de Jesús. Sin embargo, en la actualidad, particularmente después del Concilio Vaticano II, se ha dado un énfasis diferente a nuestra piedad. La Eucaristía se ve primordialmente como una actividad, y Jesús es proclamad o como crucificado y glorificado.

d) Las diferencias en la forma de practicar la devoción, las distintas visiones y diversos énfasis, no se limitan a las variad as épocas históricas; no solo existen entre personas de diversas culturas nacionales. Existen, y han existido siempre, entre distintos grupos, tales como las diferentes Congregaciones religiosas dedicadas at Corazón de Cristo. Cualquiera que haya asistido a discusiones entre representantes de tales grupos se da cuenta de las diferencias inmediatamente. Un ejemplo claro es el de la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón, que dan un lugar central y predominante a la reparación, mientras que otras muchas Congregaciones no Io hacen.

e) Estas diferencias son necesarias; son un enriquecimiento, no un defecto. Esto fácilmente se descubre reflexionando un poco sobre el carisma que cada Fundador transmitió a su Congregación. Este es una experiencia religiosa en la que entra una visión peculiar del Cristo de los Evangelios con la llamada a una respuesta particular. La devoción at Sagrado Corazón bien puede ser la “summa totius religionis”, pero una espiritualidad particular se desarrolla alrededor de un enfoque y un énfasis especial sobre un aspecto del misterio de Cristo, viviendo todo Io demás a su luz. La constante llamada de los recientes Papas a re-descubrir y vivir el carisma del Fundador no es una exigencia a que todos nos unamos en la vivencia de una expresión común de la devoción al Sagrado Corazón.

f) Para muchas personas en la Iglesia de hoy, existen elementos sin ningún atractivo en la forma de devoción generalmente aceptada. Los que han estudiado la Encíclica “Haurietis Aquas” de SS Pío XII saben que se elaboró para contestar a ciertas objeciones y para dar respuesta a ciertas dificultades. La Encíclica no hizo desaparecer las dificultades. Un documento doctrinal o magisterial frecuentemente no es la respuesta a problemas de otro orden, que existen en el área de la experiencia y en el sentimiento religioso.

Una lista de las objeciones puede ser:

1). — Muchas personas no favorecen una devoción basada en una revelación privada, en este caso, principalmente en las revelaciones de Santa Margarita María de Alacoque.

2). — Muchas personas prefieren ir directamente a la persona de Cristo, no a su corazón.

3). — La reparación tiene poco atractivo para el espíritu moderno; la idea de consolar al corazón de Cristo la tiene menos todavía.

4). — La liturgia, en vez de ser parte de devociones privadas, se presenta modernamente como una espiritualidad comunitaria.

5). — Hoy día, la gente prefiere una espiritualidad orientada a los demás, en vez de una devoción centrada en un beneficio personal.

6). — Es difícil armonizar esta devoción con la devoción a la Trinidad, y especialmente con el don del Espíritu Santo.

7). — La devoción al Sagrado Corazón es sentimentalista.

8). — Actualmente, la gente se inclina a una devoción que desarrolle su personalidad.

(Ver P. Zoré, S.J. Gregorianum 37 (1956) p. 1: Recentiorum questionum de cultu SS. Cordis Jesu conspectus).

Muchas de estas dificultades son todavía reales y tienen que ser tomadas en cuenta, especialmente por aquellos que desean que todos continuemos con la devoción en el estilo antiguo.

Los Sacerdotes del Sagrado Corazón, siguiendo a su Fundador, P. Dehon, han desarrollado una espiritualidad construida alrededor del concepto de reparación. Recientemente, una de sus autoridades escribió un libro en el que busca un término para sustituir la palabra "reparación", "por la reacción negativa que provoca". Como sabiamente señala: “Es mucho más importante, incluso esencial, que no dejemos perder su contenido vital por nuestro uso de palabras”. (Giuseppe Manzoni. S.C.J.: Ripazione: Misterio di espiazione e di riconciliazione" Ed. Dehoniane; Bologna, 1978).

El abate Huvelin, director espiritual de Carlos de Foucauld, es bien reconocido por su sólida espiritualidad en la que el amor de Dios tiene un Iugar central. Sin embargo, no habIó sobre una devoción al Sagrado Corazón. Las razones de su silencio eran: La devoción aparecía sentimental y, por los nueve primeros viernes y las promesas ligadas a él, le parecía egoísta.

¡Quien lea, que entienda!

Cuando digo que las dificultades tienen que tomarse en cuenta, no estoy sugiriendo que deban refutarse con sabias tesis. Esto sería una pérdida de tiempo; generalmente la polémica rinde un falso servicio a cualquier devoción. El servicio que se necesita es el de resaltar los valores con una calidad de atractivo humano que despeje los malentendidos y remueva las raíces de los mismos.

Esto no es siempre fácil. Una devoción sentimental repugna a muchos. Por otro Iado, una de las razones dadas por el éxito del movimiento carismático en los Estados Unidos es que la predicación de la religión era demasiado cerebral. Al intentar hablar at “hombre entero" y evocar una reacción humana total, uno tiene que balancearse en el delgado hilo entre un exceso y un defecto de sentimiento. Tenemos que hablar al “corazón que razona del hombre” y provocar su reacción positiva.

El camino a la renovación.

Para los religiosos, el camino a la renovación se ha especificado con claridad en tres pasos esenciales: Redescubrimiento del carisma del Fundador; una vida centrada en Cristo mediante la fe y la oración y una respuesta a los signos de los tiempos.

Es siguiendo este camino como las Congregaciones Religiosas dedicadas al Corazón de Cristo descubrirán cómo debe ser su “devoción" renovada. Uno de los primeros descubrimientos será el que no son llamados a practicar una devoción, sino que son llamados a vivir una espiritualidad. La distinción es importante. La mayoría de la gente tiene devoción a María, pero esto, en calidad y extensión, es muy diferente a vivir una espiritualidad mariana. En esta última, la devoción a María abarca la total visión y respuesta religiosa de la persona; mientras que en la primera es una parte de toda la vida espiritual de la persona e influye en ella como factor dominante. Incluso, la devoción, si es suficientemente rica y se vive con intensidad, tiende a convertirse en el centro de la vida espiritual, creando una perspectiva o visión, trazando Iíneas de acción y realizando una estructuración de la vida espiritual que no es artificial sino viva.

Es en la experiencia e inspiración inicial del Fundador donde descubrimos nuestro camino para vivir una espiritualidad centrada en el Corazón de Cristo. Este diferirá de una Congregación a otra, por- que cada Congregación vive del carisma de su Fundador. Consiste éste en “una peculiar forma de mirar a Jesús en los Evangelios, con un énfasis especial en la forma de seguirlo y servirlo en otros".

Para el Fundador de mi propia Congregación religiosa, la devoción al Sagrado Corazón fue un medio para descubrir, a través de una profunda experiencia religiosa, su visión particular del Cristo de los Evangelios. Creo que este ha sido el caso de todos los Fundadores que dieron un Iugar especial al Corazón de Cristo en la espiritualidad de sus Congregaciones.

La Iglesia reconoce que los Fundadores de las Congregaciones religiosas están inspirados por el Espíritu Santo en la fundación de sus Institutos religiosos. No podemos imaginar una tal multiplicidad de Ilamadas, realizadas a personalidades tan diferentes y en circunstancias tan diversas, para establecer unas congregaciones que vivan la devoción al Corazón de Cristo de un modo idéntico en todos sus detalles. Algunos apóstoles de la devoción tienen la costumbre de hablar de la “devoción aprobada por la lglesia”. Aprobad a no significa "impuesta", y hasta más solemnemente aprobadas son las Congregaciones religiosas con la Ilamada a vivir su propia espiritualidad e inspiración. Es a través de la comprensión y el desarrollo de esta inspiración como se realizará la renovación del espíritu en una espiritualidad centrada en el Corazón de Cristo. Y algo de esta renovación se transmitirá a otros.

Un ejemplo específico debe ilustrar y clarificar estas afirmaciones. El ejemplo que pondré es el del Fundador que conozco mejor, el P. Julio Chevalier, Fundador de los Misioneros deI Sagrado Corazón y de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. En un tiempo de profunda experiencia religiosa, por y dentro de la devoción al Sagrado Corazón, descubrió al Cristo que era “la revelación de la bondad de Dios”, al Cristo que tuvo compasión de las multitudes, al Cristo Buen Pastor, al Cristo que invitó a todos los que sufrían y estaban agobiados a hallar en su corazón el amor y la comprensión que añoraban. Esta fue su visión peculiar; y su respuesta a esta creencia en el amor de Dios revelado en Cristo fue el deseo de formar un grupo de personas que, creyendo en ese amor, se esforzasen en responder totalmente a él. "Tratando de hacer propios los sentimientos del Corazón de Cristo”, serían los misioneros de este amor y bondad, a través de su propia amabilidad y preocupación por los necesitados, y por su predicación y actividad apostólica. Tendrían que manifestar que, por medio de ellos, en alguna pequeña medida “la lglesia es sacramento universal de salvación, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre” (Gaudium et Spes, No. 45), insistía a la vez en que la Congregación que fundaba tenía por misión “glorificar al Corazón de Jesús", y por medio de él dar gloria al Padre.

Le hubiera complacido leer lo que el P. Arrupe ha escrito sobre el "corazón” Ilamando nuestra atención al “Cristo, el Hijo del Padre, que vino a este mundo para salvarnos del pecado y a infundir a nuestros corazones el amor del Padre y la certeza de una vida futura. No se puede centrar la atención de tal manera en la primacía de la fe, la gracia y la espiritualidad del Reino, que no se oiga con suficiente atención el clamor de los pobres, ni se caiga en la cuenta de los términos existenciales y humanos por Ios que, en tantas ocasiones, pasa hoy el amor fraterno".

Esta cita y otras referencias del artículo del P. Arrupe señalan las dos fuerzas esenciales de la vida religiosa. Estas son: primero, la Ilamada a vivir de un modo especial para Dios; y segundo, la Misión de dedicarnos a la causa de los necesitados, de los que se esfuerzan y son oprimidos. Sin la primera, nuestra preocupación por los demás no aparecerá ni será en realidad una presencia y una prueba del amor de Dios al hornbre. Sin la segunda, nuestra vida para Dios no da testimonio del amor que redime al mundo.

En sus días de mayor auge, las Congregaciones religiosas estaban claramente consagradas a Dios y comprometidas a la causa de los necesitados. Fue, quizás, a través de los religiosos como la lglesia fue más obviamente el Sacramento del amor del Dios presente en los pobres. Cuando reflexionamos en el pasado, podemos constatar la forma tan notable como los religiosos hicieron presente el amor donde no había amor. Llevaron el amor a los no-amados, cariño a los que nunca lo habían recibido. En sus hospitales cuidaban a enfermos que de otro modo nunca hubieran recibido atención. En sus orfanatos e instituciones correctivas, dieron amor a los que no recibían ninguna clase de amor humano. En sus escuelas impartieron educación a los que sin recursos nunca hubieran podido educarse. Dieron amor a los ancianos en sus últimos años privad os de amor. En sus misiones llevaron la luz del amor de Dios a los que nunca habían oído la Buena Nueva; Ilevaron los comienzos del desarrollo a los países subdesarrollados.

En la actualidad, el Estado y otras agencias suplen la mayoría de estos ser vicios en escuelas, hospitales y hogares para ancianos. El Evangelio ha sido predicado en casi todos los países. En consecuencia, el amor a los no-amados y la preocupación por los abandonados que los religiosos procuran llevar, como testigos y sacramentos del amor del Dios que ama y se p reocupa por todos, aparece hoy con menos claridad que antes en su fuerza testimonial. Sin duda, es ésta la razón por la cual la Madre Teresa y sus monjas han tenido tanto impacto en la mente de muchos. Son, en una forma más llamativa que la de otros muchos religiosos, un signo del amor de un Dios que sale a los caminos lejanos, buscando sin cansarse a los que ama.

Esta realidad nos ofrece tema abundante para una reflexión sobre la renovación de la vida religiosa. Y también, una espiritualidad centrada en el Corazón de Cristo nos ofrece inspiración e impulso er› este campo.

Obviamente, muchas de las cosas escritas en este libro son escritos de una espiritualidad que revivirá la devoción al Corazón del Señor. Los que la vivan tendrán sus campos preferidos de contemplación; necesitarán encontrar, tanto privada como comunitaria- mente, las formas de oración y las prácticas religiosas que expresen y nutran esta espiritualidad. Pero, recordemos que una devoción as í conlleva una estructuración de la vida espiritual que no es artificial sino viva.

Sería artificial, y hoy mermaría el interés de muchos, el preguntarnos cómo debemos expresar esto en una “consagración, imitación y reparación”. Esto sería tratar de meter el vino nuevo, con to o su sabor original, en los odres viejos, reduciendo todo a un sabor común. Liberados de las limitaciones de las antiguas formas, surgirá una vida nueva que creará sus propias expresiones conectad as a las necesidades espirituales y sicológicas de nuestros tiempos. Se redescubrirá, necesariamente, todo Io que es verdaderamente sólido y valedero en la antigua devoción, pero se realizará con nuevas y propias expresiones

Cada Congregación religiosa, al re-descubrir, re-desarrollar y re-formular su propia espiritualidad centrad a en el Corazón de Cristo, comunicará a las otras algo de Io que descubre. Comunicará; no buscará imponer, porque mientras más se aprende a apreciar las “investigabiles divitias Christi” más se gozará en las diferentes maneras en que el misterio del amor divino se manifiesta en las limitadas expresiones humanas. Todos aprendemos unos de otros, y personas que no sienten ninguna Ilamada a practicar una “devoción al Sagrado Corazón” querrán compartir nuestra espiritualidad. Y nosotros, por nuestra parte, aprenderemos de ellas.

Por ejemplo, una Congregación buscando, desde su propia identidad, vivir la espiritualidad que inspira a un Instituto religioso particular, ha tornado por lema propio: “Ser el corazón de Cristo en la tierra”. Para los que han leído este libro (especialmente para los conocedores de la espiritualidad de Sor Elizabeth de la Trinidad), es obvio que tal lema puede inspirar toda una espiritualidad. La Congregación afirma que intenta ayudar a sus miembros a “reconocer en sus vidas el amor especial que Dios les tiene, para que puedan ser colma-dos por este amor y vivirlo; a fin de ser en la tierra la manifestación del amor de Dios, especialmente para los pequeños, los pobres, los enfermos... compartiendo el espíritu misionero de la Iglesia...”.

En este libro hemos invitado a nuestros lectores a reflexionar sobre los distintos aspectos de una espiritualidad centrada en el Corazón de Cristo. Son, creo yo, diversos modos de sugerir algo de la riqueza que los devotos de ese corazón aprecian sin ser, con frecuencia, capaces de expresar lo adecuadamente: “vivir una espiritualidad del corazón"; siendo Ilamados a practicar una “contemplación compasiva"; tratando de ser “el corazón de Dios en la tierra”: “viviendo un amor-alianza"; fijándose en el significado bíblico de la palabra “corazón”, “toda la vida interior de una persona”, invitándonos a dejar a un lado toda superficialidad mientras descubrimos algo de lo ancho y profundo de la personalidad de Cristo.

No descuidamos la invitación de San Juan, una invitación que se dirige a todos los cristianos que miran a Cristo cuyo corazón fue atravesado en la cruz. Si aceptan “mirar en un espíritu de compasión y oración”, sabrán que Ias palabras del profeta son eternas, y al saber esto, “contemplarán al que atravesaron” ellos, “se Iamentarán por El”. Y una vez más será verdad que “su dolor se convertirá en gozo” por el don del amor redentor a un corazón que confiesa su necesidad de redención.

Un cristiano se deja cuestionar por el amor de Dios en Cristo- Jesús, en su vida, su muerte, su resurrección y en eI derramamiento del Espíritu. Se deja cuestionar, también, sin subterfugios escapistas, por el Mat del mundo. Se deja cuestionar por el reto de ambos. Su respuesta ha sido llamada “reparación”. Poco importa cómo se Ilame. Lo que sí importa es que su respuesta sea real e incorporada a toda su espiritualidad.

**CAPITULO 12 UN ESTUDIO SOBRE LA RENOVACIÓN Elizabeth Smith, R.S.C.J.**

“Consagrada por entero a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús y a la propagación de su culto”.

(De las Constituciones de la Sociedad del Sagrado Corazón).Examinando la renovación de una congregación religiosa consagrada al Sagrado Corazón, es posible discernir algo de las nuevas formas de expresión que se encuentran en una experiencia del Corazón de Cristo.

Fundada en Francia en 1800 en medio de los sufrimientos de la revolución francesa, la Sociedad del Sagrado Corazón fue y está “consagrada enteramente a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús y a la propagación de su culto”. Para comprender su misión, tanto en su época como en la actualidad, hay que comprender cómo era en Francia durante 1800 y en años sucesivos, el culto del Sagrado Corazón y la devoción at mismo. El trabajo de la hermana Jeanne de Charry sobre la “Historia de las Constituciones” deja claro que la fundadora, Santa Magdalena Sofía Barat, luchó tenazmente para que la nueva Sociedad se consagrada at Sagrado Corazón en un momento en que políticamente era imposible adoptar abiertamente este nombre.

El título “Sagrado Corazón” se había convertido en un “nombre” para la persona de Jesús en los aspectos de su corazón, era devoción a la vida interior de Jesús, sus pensamientos, deseos, virtudes y sobre todo su incontenible amor por todos los hornbres. En un principio el corazón humano de Jesús se consideraba como el Corazón Divino digno de culto y adoración en s í mismo. Contenía dentro de sí el mensaje de la misericordia de Dios, de la sed divina por la salvación de todos los hornbres, encontrando en Él el amor de Dios hacia ellos y sintiéndose atraídos a amarte como respuesta.

De esta devoción surgió una imperiosa urgencia por la misión, por atraer a todos los hombres al conocimiento de la salvación de Cristo. AI ser un corazón herido, se Ie veía como suplicando a los hombres, sin escatimar nada, exhausto y auto-consumido por el esfuerzo de comunicar su amor, y recibiendo, en cambio, sólo la ingratitud, la frialdad y el desprecio de muchos; siendo de hecho “ultraja- do” nuevamente. Los inclinados a esta devoción se sentían impulsados a compartir la labor de la redención a través de la reparación y de la consolación al corazón de Jesús con su adoración y amor, y, asumiendo la misma urgencia de comunicar este amor a los demás a fin de atraer los a Ia salvación, saciando de esta manera la sed de su corazón por las almas. Era a la vez, pues, una devoción de reparación y de celo apostólico para darle a conocer y para atraer a los demás hacia Él. El aspecto de adoración y reparación se centró en Cristo presente en el Santísimo Sacramento, existía aquí la presencia sacramental en tiempo y espacio donde su corazón herido podía ser consolado por el amor-respuesta, y adorado en un espíritu de reparación. Desde esa fuente de amor, quien lo adoraba obtenía más amor y celo para la salvación de los demás.

En pleno auge de esta devoción, la nueva Sociedad fue consagrada a la gloria del Sagrado Corazón y a la difusión de su culto. La consagración era un acto de separación, de hacerse santa en una orientación exclusiva hacia Dios, en este caso a la gloria del Sagrado Corazón. Así, la primera consecuencia de esta consagración era la obligación de cada miembro a trabajar por su propia perfección, por su propia santificación Io que se interpretaba como unión e identidad con el Sagrado Corazón, imitando sus virtudes y su vida interior. Relacionado a esto existía una consagración posterior a la santificación de los demás, “como la labor más querida de su corazón”. La misión de la religiosa nacía de la concepción de que la gloria del Sagrado Corazón era la santificación y santidad propia y de los demás.

Esto determinaba la naturaleza de la Sociedad en enteramente contemplativa y totalmente apostólica, sin dicotomía ni distinción, y convirtió la misión co-extensiva en la vida de las religiosas. El espíritu de la Sociedad estaba, pues, basado esencialmente en la oración y vida interior. La manera de vivir los votos, las virtudes y el amor emanaban de su Corazón. La unión con el corazón de Jesús era el fin y, también, el medio para la santificación de otros. Esto se enfatizaba a Io largo de las constituciones que buscaban una congruencia entre la vida y las palabras de la religiosa, considerando esto mucho más eficaz para lograr el fin que cualquier enseñanza. Estaba contenida en esta idea la convicción de que las relaciones personales, aunque no se utilizaba la palabra, eran la manera de comunicar el amor del Sagrado Corazón, y gran parte de las constituciones estaban centradas en el modo cómo las religiosas debían “tratar a su prójimo”.

De ahí se concretó una vida orientada esencialmente a la educación para el conocimiento y el amor de Jesús, el Único que podía santificar, y a la formación de “devotos” a través de los medios que cada religiosa poseyese. La palabra “devotos” en esa época se usaba por haberse centralizado la devoción al Sagrado Corazón y la reparación en la adoración al Santísimo Sacramento. La intuición original de Sta. Magdalena Sofía Barat para la Sociedad incluía la adoración perpetua para la religiosa dedicada al apostolado de la educación y formación de niñas a fin de que también ellas tomasen parte en la adoración y por su medio extenderla más allá de las limitadas posibilidades de las mismas religiosas.

“En oración, sola delante del tabernáculo, en el aislado oratorio cerca de su habitación, pensaba en las iglesias que se habían cerrado, las ignominias cometidas en contra de Cristo en el Sacramento de su amor, el caos introducido por la propaganda antirreligiosa, especialmente en las almas de los jóvenes. Entonces se iluminó en su mente algo que luego reconoció como “la idea original de nuestra pequeña Sociedad del Sagrado Corazón: establecer una pequeña comunidad que, de día y noche, adorara al Corazón de Jesús violado en su amor Eucarístico”. Tener veinticuatro religiosas sustituyéndose en un “prie-Dieu” sería mucho, y sin embargo muy poco. Le nació entonces otra idea: “¡Si tuviésemos jóvenes formándose en el espíritu de adoración y reparación, que distinto sería!”. Y veía los cientos, los miles de devotos ante un altar eucarístico universal levantado por encima de la Iglesia”.

(“Historia de las Constituciones”).

La hueva Sociedad no se centró en una labor social o caritativa en particular. Las limitadas ideas que se aceptaban en 1800 para las religiosas de clausura, fue el mayor impedimento externo. Pero, a nivel interno un fuerte impedimento fue la necesidad de trabajar eh armonía con la misión esencial del Instituto y un aspecto indispensable del mismo consistía en la dimensión educativa inherente a la consagración para la santificación de los detrás. Los medios principales escogidos fueron escuelas, tanto a régimen de internado como de externado, retiros y todos los contactos necesarios con los seglares. Aunque esta elección coincidía con la percepción original, la adoración perpetua nunca se convirtió en la obra más importante, pero su espíritu quedó muy claro en el substracto de las constituciones.

Esta vida enraizada en una teología y una espiritualidad mantenida relativamente estable en la Iglesia durante más de siglo y medio, en los que el mundo exterior cambió notablemente. Desde el Vaticano II muchas de las actitudes básicas de la Iglesia han variado bajo el impacto producido al abrir sus puertas a los avances del conocimiento humano en cada esfera de las ciencias físicas, humanas y sociales. Se descubría al mundo con un valor propio en s í, estando en un proceso evolutivo hacia su plenitud en Cristo. Ya no poseemos una visión del mundo estática, sirio dinámica, en la que el hombre asume la responsabilidad por su futuro.

La Iglesia, al tomar conciencia de ser el sacramento de Cristo en el mundo, busca dialogar con todos los hombres como una parte esencial de este proceso, proclamando la dignidad propia del hombre. Toda organización política, social y económica, hecha por el hombre, tiene que reflejar también su dignidad y proteger los derechos humanos. El mismo hombre se concibe en términos de un proceso dinámico de conversión del que es responsable. Este paulatino desarrollo hacia la plenitud de la humanidad con todos sus dones materiales y espirituales y la potencialidad actualizada de una relación con Dios y sus hermanos los hombres, está en el corazón de una espiritualidad moderna. La verdadera madurez humana se percibe como un producto de la santidad. El hombre posee una vida más plena cuando es consciente de su dependencia del Dios trascendente e inmanente que le salva y le llama a salir de s í mismo en un amor sin ego ismo que transforma su persona y todas sus relaciones. En la debilidad y fragilidad está llamado a ser hijo en Jesús por el Espíritu como parte de la revelada liberación total de toda la creación que “espera ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Rom. 8,21). Es una visión que abarca al hombre entero, cuerpo y alma inmersos en un mundo material, que supera el dualismo subyacente en la espiritualidad tradicional. Subraya la dimensión social del compromiso cristiano en la Iglesia que ahora presenta el trabajo por la justicia como parte integral de la evangelización.

También se transforma la espiritualidad moderna al retornar al Evangelio como norma del compromiso cristiano en vez de los códigos morales. La palabra de Dios se dirige at hombre de cada época en su situación concreta histórica que se convierte en fuente de reflexión sobre su vida y en un medio de oír la llamada de Dios. El evangelio se concibe como el fruto de la reflexión de las primeras comunidades cristianas sobre la vida y palabras de Jesús y la experiencia de su presencia resucitada entre ellos. La propia experiencia histórica de Jesús se entiende como un paulatino crecimiento en su conciencia humana con la que nos podemos relacionar. Su conocimiento sobre quién es El y quién es su Padre, no es algo recibido, sino logrado en el esfuerzo de completar su misión a la luz de la duda, la tentación y la debilidad humana. Percibimos este crecimiento en relación a su Padre, como un crecimiento que conduce a la naturaleza humana más allá de los Iímites de su potencialidad natural hasta to divino, a través de un acto de amor que manifiesta la naturaleza del Padre como amor. Jesús glorifica a su Padre al revelar esa naturaleza esencial.

La Iglesia enseña que todos los cristianos están llamados a la santidad dada en el bautismo por la cual “verdaderamente se convierten en hijos de Dios y participantes de la naturaleza divina” (Lumen Gentium, No, 5, par 40) pero que necesita actualizarse en la vida de cada uno. Hoy existe una nueva respuesta a esta llamada en el hambre por la oración y en una mayor formación espiritual que se expresa con claridad en el movimiento carismático, pero también se evidencia más allá de los Iímites de esa renovación en el deseo por la “comunidad” cristiana. Se están experimentando, tanto dentro como fuera de la Iglesia, muchos tipos de comunidad. El hombre moderno experimenta esta gran necesidad por la comunidad en una variedad de razones que van más allá del alcance de este trabajo, pero es importante notar la parte que esto juega en conformar una espiritualidad moderna basada en la fe y la vida compartida en el Espíritu. Las comunidades no buscan la santidad a través de una separación del mundo, sino en una inserción con los demás a un nivel más radical que se ofrece en las relaciones sociales normales en la Iglesia, porque considera el compromiso cristiano como un compromiso a la comunión. Las relaciones personales con Cristo y los otros se ven como una necesidad básica en la búsqueda de la santidad, to que está muy lejos de la espiritualidad individualista de la época anterior.

La Iglesia, ante estos cambios del mundo y de sus actitudes, ha pedido una modernización y renovación de su vida, enseñanza y culto a partir del Vaticano II. Cada esfera de la vida está sujeta a un análisis y a una interpretación crítica. También las Ordenes y Congregaciones religiosas han sido invitadas a renovarse, volviendo al Evangelio y at Carisma original del Fundador, reestructurando sus vidas a fin de dar una respuesta a las exigencias del mundo actual. Para la Sociedad del Sagrado Corazón esta renovación ha significado una reafirmación de su consagración a la gloria del Sagrado Corazón. Todavía no ha sido renovad a ni reformulada por la Iglesia la devoción en sí en un lenguaje, estilo devocional y misión que contenga la nueva espiritualidad actual que se está desarrollando.

La espiritualidad devocional surge de una cultura y de la necesidad de la gente, y se experimenta y expresa en las vidas de las personas antes de organizarse y formularse. La devoción at Sagrado Corazón, como producto de una expresión de la teología y espiritualidad de una época pasada y preocupada por temas muy distintos a los nuestros, puede parecer poco importante a las exigencias de hoy. Hasta cierto punto esto es verídico, ya que el tiempo de su mayor florecimiento coincidió con un período en que la Iglesia estaba en conflicto con muchas tendencias que rompían las estructuras sociales, económicas y políticas del siglo XIX y principios del XX.

La Iglesia se enfrentó a estas tendencias y la devoción at Sagrado Corazón fue una de las defensas poderosas en su fuerte mentalidad. Fue idónea en esta función con su acento en la reparación por las violaciones perpetradas en contra del amor de Dios, to que con demasiada frecuencia fue identificado con las estructuras tradicionales, privilegios y estado de la Iglesia. Pero, sus orígenes descansan en un nivel mucho más profundo, que los conflictos y actitudes devocionales del siglo XIX, en la tradición y espiritualidad cristiana. Se enraíza en las Escrituras, en la experiencia mística y en las vidas de muchos santos.

Más aún, se inicia en el mismo Corazón de Jesús y su amor salvador hacia cada persona produciendo en el corazón humano la relación con Dios que abarca sus más profundas necesidades. En Jesús, el Padre ha revelado esta relación como una relación de amor gratuito. Por ello, aunque la expresión externa y la celebración en términos humanos de este hecho increíble cambie, hasta desapareciendo un tiempo, no tiene importancia esencial. No Io hará la verdad de su realidad. La misma experiencia emergerá en formas más apropiadas en las vidas humanas. Observando la renovación de una congregación consagrada al Sagrado Corazón, es posible comenzar ya a discernir algo de esa nueva forma.

¿Cómo propone la Sociedad del Sagrado Corazón, vivir su consagración a la gloria del Sagrado Corazón en el mundo de hoy?

En el Antiguo Testamento, la imagen bíblica de la gloria se usaba como signo de la presencia de Dios. Nadie podía ver a Dios, pero podían contemplar su gloria. Para ser glorificado, Dios eligió un pueblo, una comunidad, el Israel del Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento elige un pueblo en su Hijo. Serán reconocidos por la manera cómo se aman, cómo se relacionan mutuamente en la fe, en la justicia y en la verdad. Serán sacramento, signo de la presencia de Dios. La búsqueda de la santidad propia y de la santificación de los demás, exigida por las Constituciones originales de la Congregación, se convierten en una búsqueda común. La santidad no se busca en el aislamiento, no es un asunto privado.

A menudo la comunidad se percibía como una ayuda para esta búsqueda, actualmente es una parte esencial de la misma ya que la santidad es relacional. Es el amor. Es la perfección en la unión con Dios a través de nuestra capacidad de amar. La santidad es una relación con Dios que tiene un sentido intensamente privado, pero que requiere el amor de la persona humana que sólo se engendra con el esfuerzo humano de amar.

Es decir, es el amor a los hermanos. “Si alguien dice, quiero a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn. 4,20). El esfuerzo por amar a los hermanos es la búsqueda de la santidad. Porque sin relaciones, la persona humana no puede crecer hacia un amor no-egoísta. Por la necesidad que tenemos de él, el amor comienza siendo posesivo; solamente un Iento proceso hacia la maduración con la auto-donación incondicional, sin petición de res- puesta, atrae la plena potencialidad hacia el amor heroico, a la capacidad de dar la vida libremente desde el corazón humano. Sin esta maduración a nivel humano, no puede existir un salto en la fe hacia el amor que Dios nos ofrece en la oración y que exige un abandono total antes de convertirse en una transformadora unión con El.

Nuestra experiencia de amor tiene que ser congruente interior y exteriormente. El amor de Dios se derrama en nuestros corazones en la medida en que éstos se capacitan para recibirlo. Parte de este proceso está en el reconocimiento del amor de Dios por lo que es en sí reconocimiento que depende de la propia experiencia de dar y recibir amor. Ya que con frecuencia no se siente el amor, aprender a reconocerlo es un aspecto muy importante en el compromiso de dar una respuesta. En nuestra experiencia de oración nos percatamos a menudo de una sequedad y ausencia de Dios en nuestros sentidos; pero estamos condicionados a perseverar puesto que nos han enseña- do a esperar esto como parte del proceso de la fe y de la maduración del amor en la oración.

Con el mismo decidido esfuerzo tenemos que aprender a perseverar en relacionarnos en el amor. Es un aspecto que encontramos mucho más difícil ya que es más doloroso, socava nuestro propio respeto y seguridad, revela más nuestra pobreza y debilidad, y doblega nuestro orgullo más que en la oración, pues en la medida en que la evitamos con las personas en esta misma medida la estamos evitando en la oración. En lugar de una disciplina ascética de propia mortificación, hallamos en la comunidad la disciplina del amor.

Pero también descubrimos nuestra unión con el Señor. Si nuestras relaciones con los demás forman parte de nuestra búsqueda de Dios, también son parte del descubrimiento del mismo. En la unicidad de cada persona vislumbramos otro aspecto de Dios cuando comparten el Dios que experimentan. Nuestra limitada capacidad de conocernos se amplía por Io que los otros nos revelan de nosotros mismos.

En realidad, con el reconocimiento ajeno de nuestros dones y cualidades recibimos mucho de nosotros; se abren dentro de nosotros áreas antes desconocidas creciendo y encontrándonos más plenamente en ellas como quienes somos. Y orarnos entonces más conscientemente.

De ahí que al hablar de misión co-extensiva en la vida de las religiosas, estamos hablando sobre la común interacción diaria de la vida comunitaria donde aprendemos lo que San Pablo decía cuando escribió a los Colosenses: “Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándonos unos a otros y perdonándonos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo”. (Col. 3,12—15).

Para divisar en la vida comunitaria y en las relaciones el material para la santidad, santificarnos y santificar, y para la misión, necesitamos una visión contemplativa, ya que, con nuestro modo de relacionarnos, todo to transformamos. Es decir, nuestra manera de estar presente a las personas, las cosas y los eventos es una forma de la presencia de Dios en nuestras vidas. El fruto de la oración contemplativa y de la disciplina es un don que nos permite integrar nuestra historia pasada en una relación con su Señor, liberando as í nuestra energía hacia esa calidad de conciencia, esa capacidad de estar con, de acompañar, que encierra potencialmente el encuentro de Dios en todas las cosas, y esto no por una búsqueda consciente, sino como un don libre. Vivir con tal visión contemplativa implica primero, un compromiso de vivir la fe en Cristo presente en el mundo, atrayéndonos a descubrirlo en él; y, segundo, un disciplinado acercamiento a vivir cerca de esta presencia.

Necesitamos aprender a sensibilizarnos en este punto en y por los eventos ordinarios de nuestra vida, reflexionando solos y con la comunidad sobre nuestra experiencia interior, arreglándola y ordenándola para interpretarla desde la fe y para discernir qué espíritu nos está moviendo. W capacidad de discernir la acción continua de Dios en nuestros corazones y en nuestras vidas es esencial en todo el proceso de vivir una vida contemplativa en el mundo y no separados de él. Nos capacita para “ver” la presencia de Dios, vivir cerca de ella en dependencia con el Espíritu Santo, haciéndola visible para los demás.

Todo esto está íntimamente conectado a la oración que debe caracterizar a una religiosa del Sagrado Corazón. Una oración centrada en el Corazón de Cristo y que sea una búsqueda de nuestro corazón involucrando toda la persona en una relación con él que nos dice quiénes somos y nos define el continuo crecimiento en el amor y el conocimiento personal. Una relación que nos dice quién es Jesús en relación a su Padre, nos conduce a su auto-donación y auto-vaciamiento ante el Padre y encuentra en la adoración su liberación y plenitud. De este modo, la conciencia de nuestra orientación unifica nuestros votos y consagración en una sola misión, la de comunicar este amor para atraer a los demás a la relación con la persona de Jesús.

La misión sigue siendo esencialmente educativa, no importando las nuevas formas que tome su expresión externa hoy, dada la más amplia variedad de ministerios al alcance de las religiosas hoy día. La selección tiene que basarse en su calidad, dentro del contexto de la Iglesia y del país, como canales efectivos para una educación que tiene por meta el íntegro desarrollo de la persona en la fe a fin de que sea liberada y esté capacitada para vivir plenamente su vida desde la conciencia de su identidad y orientación. La clave a este auto-desarrollo tiene que ofrecérseles a través de adecuados métodos para hacerles capaces de entender la responsabilidad por su propio crecimiento continuo.

Esto significa que hay que buscar las formas de hacer resaltar sus dones humanos, espirituales e intelectuales, ayudándoles a asumirlos a fin de moldear su futuro creativamente con las decisiones tomadas. Esto presupone de la educadora-religiosa, una capacidad para reconocer estos dones, una visión contemplativa sensible a la labor de Dios en el otro, a la “conformación” que su presencia toma ah í ayudándole a hacerla más visible. Esto sólo es posible si se establece una relación de mutuo respeto y de verdad, en la que experimenten la alegría del auto-descubrimiento y ganen la confianza para formar sus propias decisiones y juicios evaluándolos con otros. La relación debe ser mutuamente educativa y sôlo será as í si está radicada en la humildad y reverencia ante la personalidad emergente del otro. La experiencia formativa básica que esta educación busca desarrollar y patrocinar es, por supuesto, una relación con la persona de Jesús, de la que puede crecer un compromiso maduro; un compromiso que será la base de su comprensión de este mundo relacionándose con él.

En consecuencia, un importante aspecto del trabajo es, primero, la formación de la dimensión social del cristiano, en el sentido de comunidad, de Iglesia, y la más amplia comunidad de todos los hombres; y segundo, la formación en las responsabilidades inherentes de esta dimensión, basadas en el mandamiento de Jesús de amar como él nos ha amado.

Tiene, pues, que ser una educación hacia el amor cristiano, hacia la importancia de la relación y la capacidad de formarlas creativamente y de un modo responsable en el contexto inmediato de su familia, Iglesia, y trabajo, pero que va más allá de esto participando de la preocupación de la Iglesia hacia todos los hombres y por la justicia en el mundo. Una justicia fundamentada en la presencia de Cristo resucitado en nuestro mundo, y, por Io tanto, como parte integral del proceso de evangelización. Comienza con una conversión del corazón que hace de Jesús y su mensaje el criterio para juzgar lo que el hombre necesita para ser verdaderamente humano.

Sin negar el aporte de las ciencias sociales, económicas y políticas al análisis de la condición humana y los programas de desarrollo, el cristiano experimenta que el Evangelio relativiza estos absolutos. Sabe que parte de una visión distinta porque Jesús se ha identificado con todos los hombres y por Io tanto su hermano se convierte en su sacramento. La urgencia de la justicia desde esta visión nos Ilega muy cerca, a nuestro prójimo, a las personas con quienes vivimos y traba- jamos, y se extiende a todos los hombres. En términos bíblicos, se convierte en nuestra integridad. Toca entonces la forma en que nos relacionamos y actuamos en la verdad de Dios y el meollo de la misión de la Sociedad del Sagrado Corazón en comunicar su amor.

No es suficiente agregar simplemente este aspecto a nuestra comprensión de la dimensión educativa de la misión, Si va a formar parte auténticamente de ella, tiene que asumirse en la contemplación donde experimentamos como única nuestra consagración y misión. SóIo así la integraremos en nuestra vida contemplativa del mundo y en nuestra realidad inmediata, como parte de la búsqueda por la propia santidad y la de los demás. De esta forma será inseparable de la dimensión educativa de nuestras vidas en comunidad y en pastoral, y tendrá su efecto en nuestras decisiones apostólicas.

Observando la renovación de la Sociedad del Sagrado Corazón, hemos visto que los elementos esenciales de su finalidad y medios permanecen, pero expresados en formas y lenguajes muy diferentes. Aunque es posible, y hasta necesario, descubrir las raíces de estas expresiones, no buscamos aquí negar el cambio real de la Sociedad del Sagrado Corazón. En 1967 reconocimos que no somos fundamentalmente una orden monástica, sino un Instituto apostólico, y nos salimos del claustro hacia el mundo. Este paso ha producido una reinterpretación profunda de nuestras vidas y misión en el seguimiento de nuestra meta de "glorificar al Corazón de Cristo". No debemos jamás quedarnos ajenas a los temas que están cambiando a la Iglesia y a nuestro mundo si queremos ser testigos en cada generación y país. Quizás apreciamos ahora de verdad que el cambio y la adaptación son una parte necesaria en el avance hacia su meta para cualquier religiosa consagrada a un fin apostólico en un mundo en proceso de evolución. ¿Qué puede enseñarnos esta conclusión de un estudio de la Sociedad sobre una renovación de la devoción al Sagrado Corazón en los tiempos que vivimos? Su validez como medio hacia un amor personal por Jesús no se cuestiona. El cuIto en sí no necesita ninguna defensa, at haber mostrado ya su capacidad en integrar nuevas concepciones espirituales que han alterado su enfoque y profundizado su espiritualidad desde nuestro punto de partida en 1800, y que puede continuar haciéndolo hoy en beneficio de la Iglesia. Es obvio que los aspectos devocionales y el lenguaje como se expresaba ha tenido que cambiar. El enfoque se centra claramente en la persona de Jesús, simbol izada en su corazón. Este símbolo es todavía hoy en términos humanos una poderosa imagen del misterio que permanece en el interior de la persona.

Está particularmente adecuado al énfasis actual sobre la importancia de las relaciones en el desarrollo de las personas maduras, capaces de amar y vivir creativamente, primero porque habla con elocuencia de un amor que sobrellevó la muerte hasta la vida, y segundo, porque invita a una profunda relación personal con Jesús. Por Io tanto, puede verse hoy impulsándonos a amarnos unos a otros como él nos ha amado; reconociendo que el deseo más grande de su corazón no es solamente que los hombres se conozcan como amados por Dios y llamados a amarle en respuesta, sino que también deben comprometerse en su respuesta en la edificación de una comunidad cristiana en amor y hermandad. Si antes la devoción en s í se centró en el Corazón herido del Señor en el Santísimo Sacramento, siendo "ofendido" por la frialdad y la falta de respuesta, generando todo un movimiento de reparación y adoración; hoy día el énfasis se centra en el Corazón de Cristo herido en nuestros hermanos, en la eucaristía de los pobres, los explotados y deshumanizados de nuestra sociedad, integrando la devoción y dirigiendo su potencial de reparación hacia una labor por un mundo más justo y fraterno como parte de la adoración del Sagrado Corazón. Finalmente, su espiritualidad y su lenguaje necesita un retorno a los Evangelios, a una reflexión de la vida y las palabras de Jesús a la luz de nuestra experiencia de su presencia resucitada entre nosotros, convirtiéndose en una relación entre nuestro compromiso cristiano y el mundo en que vivimos.

**CONCLUSIÓN: LA MADRE DEL DIOS-HECHO-HOMBRE Andrés Tostain, M.S.C.**

A imagen y semejanza de su amor Trinitario, Dios nos ha creado hombre y mujer; a menudo Él se describe como una madre, una madre que no puede olvidarse de sus hijos.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios nos habló en su Hijo; y este Hijo quiso nacer de una mujer. Su corazón humano fue formado de la carne de María su madre, formado del “corazón de María por la educación humana, espiritual y religiosa que de él la recibió.

En esto hay una maravillosa y gozosa armonía: María fue la que Dios había preparado, a la que encargó su Palabra-hecha-carne. Fue ella, también, guardando todo en su corazón, la que enseñó a su hijo a crecer poco a poco en edad y sabiduría hasta Ilegar a su plena madurez.

AI leer la versión de la fiesta de las bodas en Caná, nos deleita notar la atenta solicitud de María hacia la joven pareja agobiada con su problema (“No tienen vino"). Este hecho no es un hecho aislado de su “humanidad”. Tal delicadeza de bondad humana tiene que existir constantemente a Io largo de todos sus años ocultos.

En Caná, también, como señalan los exégetas modernos, María, la madre humana perfecta, invita a su hijo a ser como El mismo es. Su tarea humana de formación se había cumplido. Lo invita a comenzar su misión como Salvador, a traer la Buena Nueva a los pobres.

Esta Madre muy “humana”, esta madre que Io formó, que orientó su crecimiento, que se retiró para dejarle ser, permaneció con él en la Cruz. El Io había deseado as í. La quería ahí. Y ahí quería darla a todos nosotros. Ella nos ayuda a “contemplar a quien han atravesado” y “a beber con gozo de las fuentes vivas de la salvación"; y todo esto unidos con ella.

Fue en el Cenáculo donde María comenzó a ejercer su maternidad hacia la Iglesia, implorando para ella el Espíritu, de quien había recibido su propio don de la maternidad. Su función continuará hasta el día en que el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, crezca en sabiduría y gracia hasta llegar a su plena madurez.

Para seguir a Cristo, debemos amar con un corazón humano. Debemos estar atentos y ser sensibles a los pobres y pequeños. Debemos trabajar en la Iglesia, receptivos a la influencia del Espíritu San- to, para formar cristianos adultos (dejándoles ser ellos mismos). Somos Ilamados a dar un verdadero testimonio del Dios que no teme en hablar de sus “sentimientos y actitudes maternas”. Debemos dar testimonio del Dios que nos hizo hombre y mujer a su propia imagen y semejanza. No debemos nunca olvidarnos del menor de sus hijos. Para todo esto, necesitamos ser como el discípulo a quien Jesús amaba, el que Ilevó a María a su propia casa.

Por este camino de fe, encontraremos, también, las ciencias humanas actuales que enfatizan la importancia de Io femenino para la salud y el balance humano.

**Notas de los diversos capítulos**

**Capítulo 4 El Corazón en la Biblia Símbolo de la Persona**

1. Cf. F.H. von MeyenfeIdt, Net Hart (leb, lebab) in het TOT, Leiden 1960; E. Jenni C. Westermann, Diccionario teológico manual del AT, I Madrid 19 78, feb, col. 1177.

2. H. W. Wolff, Antropología del Antiguo Testamento, Salamanca 19 75, p. 63.

3. Cf ) .B. Smith , Greek-English Concordances to the New Testament, Scottdale, 1955, Kardia, p. 192.

4. Cf. Diccionario de la lengua española 19 Madrid 19 70, “corazón", pp. 360s.

'5. “Coro” viene de cor latino, corazón

6, Las expresiones “Decirle el corazón", "anunciarle el corazón” atribuyen al corazón un presentimiento más que una actividad intelectual.

7. Cf. Midrash Rabba, ed. por H. Freed man—M . Simón , Eclesiastés, por A. Cohen , Soncino Press, Londres 19 39, pp. 46-49; a cada predicad o le acompaña el texto bíblico correspondiente .

8. J. Corominas, Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, 3 ed . Madrid 19 7 3, p. 17 1. Los términos “coraje” en español, "courage" en francés, aun privilegian la acepción de “valor” expresada por “corazón ".

9. H. Frisk, Griechisches Etymologisches Wörterbuch (I Heidelberg 19 60) da a Kardia estas acepciones; “corazón” (Herz); en sentido traslaticio “alma, espíritu" (Seele, Geist), y también Dictionnaire étymologique de la langue grecque (Paris 1968): Kardia “corazón”; a veces sede del pensamiento y de los sentimientos (Homero , jónico-ático), orificio superior deI estómago, estómago, corazón de la madera

H. Stephanus, Thesaurus linguae graecae, IV, col 9 60 -9 61 sub voce Kardia: en sentido propio "corazón " (cor); en sentido metafórico, animo (sensus), por ej., “embotar el corazón " es embotar los sentidos. Otras acepciones; os ventriculi, el estómago, la madre (matrix), medula o corazón de los árboles.

J . Pokorny, Indogermanische Etymologisches W örterbuch I, S 79—S 80, sub voce kard —: corazón; Kardia: corazón , estómago, medula de las plantas; latín cor: “corazón

10. As I H.L. Ginsberg (Enc. Judaica, VI, Jerusalén 1971, Heart, col. 7) aduce Jer 11,20; 17,10; Sal 7,10; 73,21 como referencias al corazón en sentido anatómico; en realidad son referencias, al corazón y riñones en sentido figurado. También la referencia Jer 17,9, que J. Sh. Licht considera probable referencia al corazón físico por el contexto, es referencia al corazón figurado; cf. Enc. Miqrait, IV, Jerusalén 962, cols 41 3s.

11, Sin embargo, la Misna, Tamid 4,3, menciona el corzón a una larga halaká referente a las diversas partes de la víctima sacrificada.

12. I. Behm (TW NT III 614) interpreta estos textos, del corazón como órgano central del cuerpo, asiento de la fuerza vital.

11. Sin embargo la Misná, Tamid 4,3, menciona el corazón a una larga halaká referente a las diversas partes de la víctima sacrificada.

1 2. J. Behm (TW NT 111 614) interpreta estos textos, del corazón como órgano central del cuerpo, asiento de I a fuerza vital.

13. M. J. Lagrange, Evangil selon S. Jean París 1918) p. 499: “Costado”, “Lado” (pleura), “pecho” y “corazón”, son fácilmente relacionables. La relación de “lado” y “corazón” está implícita en el seámetro latino “tum lateris dolor certisimus nuntius mortis”. Sobre la relación “lado” (de Lucilio latus, latera) y “pecho” entre los romanos: cf. J. H. Schm idt , Synonymik der Griechischen Sprache , Stuttgart 18 7° (reí mpre. Amsterdam 1 969) III , p. 628.

14. H.L. Ginsberg, ibid, col. 7

15. En cambio la voz aramea correspondiente (hade, Dan 2,32) se emplea en sentido de pecho humano. F.S. Baumgartner, HeM4ische Wortforschung, Festschrift zum 80. Geburtstag von W. Baumgartner, SVT 16 (1967), p. 80, y H.L. Ginsberg, loc. cit., col. 7, sostienen que la palabra hebrea leb, corazón, significa también "garganta", por ej.

. Según Ginsberg, "corazón" (leb) en Is. 33,18; Sal. 19,15; 49,4; Jb. 8,10; Eel. 5,1 ser fa en hebreo bíblico el termino propio de "garganta", substituido por "garganta" (garon), únicamente cuando el empleo de "leb" se presta a ambigüedad. En relación con este presunto significado de corazón (= garganta), se trae a colación y como argumento con hgy, voz esta que significa siempre un sonido perceptible. La asociación semántica de "corazón" y "garganta" explicaría la frecuente asociación de "decir", "hablar", con la palabra "corazón". Otra referencia al "corazón del mar" en 4 Esd 4,7.

F. Corrjente ofrece. en Diccionario árabe-español (Madrid 1977. p. 680), las siguientes acepciones de "corazón", lubbu, plural, libilb: corazón, mitad hueso, semilla, pulpa, miga de pan, fecula, parte interior. Dicho lexema y el derivado lubabu significan quintaesencia. En acadio se emplea el plural de corazón. Estos son los sentidos de "Corazón” en asirio: 2. inside (or Chicago Assyrian Dictionary, L 164. libbu: 1. heart, entrails, womb inner part) of a building, an area, a region, of a container, parts of the human body, parts of the exta, inside, pith of plants a type of document, etc. 3. mind, thought, 4. woof, 5. "heart" (also bud, intention, courage, wish, desire, choice, preference. offshoot, leaf, trunk) of the the palm.

Akkadischs Handwörterbuch, bearbeitet von Wolfram von Soden, 549, libbu (m): Leib, Inneres, Herz, Herz als Körper; Herz, Gemüt, Sinn, Wunsch, Belieben, Inhalt

18. Cf. Nota 9

19. El lexema propio de "interior" es qereb en hebreo, quibu en asirio. Cf. H. W. Wolff,

Antropóloga del Antiguo Testamento, pp. 93-97.

20. J. Sh. Licht, Enc. Miqrait, loc. cit. col. 414.

21. TENT II col. 612

22. TENT Ill col. 613.

23. “The full range of personality, inner life, or character” según D. S. Russell (The Method und Message of Jewish Apocaliptic, Londres 1964, p. 393) quien recoge los lugares de la literatura apocalíptica en los que “Corazón” tiene ese sentido

24. TW NT I I I, col. 614.

25. A Guillaume, “Les sens des noms du coeur dans l'antiquité” en Le Coeur, Desclée 1950, p. 42.

26. (bis) Véase un ejemplo típico en las Cartas de Mari; el corazón (libbum) se hace eco constantemente de los sentimientos de desolación, inquietud, alegría, paz, sufrimiento; «f. Archives Royales de Mari, X. Correspondance féménine; trad de G. Dossin et A. Finet, Paris-Bruselas 19 78, X 2,6-10; 'i ,33—37; 174 —9; 44,d —1 0; 45 ,8, etc.

26, Etica a Nicomaco I X, 8,2; Cicerón , De amicitia, 21 ,81 unum animum.

27. Este es el cómputo de G. Pidoux , L'homme dans L'Ancient Testament, Cahiers Théologiques, 32 (19'i 3) p. 2'i ; según eI cómputo inexacto de W. Mohr, Sentido bíblico del hombre, Madrid , 19 70, p. S 3, corazón (leb, lebab) 204 veces se refiere a actividades intelectuales y 190 a actividades volitivas.

28. Wolff, ob. cit., p. 7.

29. Cf. I Knabenbauer, Lexicon biblicum (Ed . M . Hagen. Pa is 19 O5), cor col. 98 S; Jenni-Westermann , ob. cit., col . 1 179; Wolff, ob . ci t., 71 —7 7.

30. En Onqelos se traduce "y dijo Yahweh en su Verbo"; en LXX "y dijo el Señor Dios habiendo pensado”.

1. Cf. M. Revuelta, la raíz yadac y el conocimiento de Dios en el AT. (Tesina inédita, Univ. de Barcelona 19 72), pp. 4],—42 ; Cf. R. Bultmann, gignosko TW NT I (1933 ), 688—7 1 9; P. van Imschoot, Théologie de I’Ancient Testameńc, Paris 1954 (Conocer es someterse a Dios; es fidelidad en una voluntad ). “La actividad intelectual del corazón se realiza en fuerte conexión con el en tendim iento y la voluntad, de forma que el conocimiento no es nunca el Ide un espectador, sino que viene exigido por una enérgica participación y decisión interior" (W. Eichrodt, Teología del Antiguo Testamento, Madrid 1975, p. 150 s.
2. Henoch Yalon, Estudios de la lengua hebrea (en hebreo), Biblia de Jerusalén 1971, pp. (233s.).
3. Guillaumont, art. cit. p. 45.
4. Guillaumont, ibid.
5. Cf. Federico Corriente , ob. cit., p. 681 : lubbu , pt. albabi labib: inteligente , sagaz (p.681)

36. Guillaumont, ob. cit., 46—48, citando a Piankoff, Le coeur dans les textes égyptiens depuis l'Ancient jusquá la fin du Nouvel Empire, Par is 1930. pp. 45.49.1 00.

37. Odisea IV 42 7.572; V 389 (imaginación); Píndaro, Olymp. 13,16ss.; Sophocles Antígona 125 4; TWNT I I I, col. 611.

38. frén, plural frenes en griego; cf. J.H. Schmid t, Sinonymik..., p. 628s.

39. étor en griego.

40. stézos y stérnon en griego, cf. M. Guerra, Antropologías y teología Pamplona 19 77, pp. 110 s.

41. zymós en griego.

42. Cf. Guillaumont, loc. cit., pp. S2s. M. Guerra, ob. cit., p. 107.

43. nous, diánoia.

44. animus; en prosa posterior anima.

45. mens; cf. Guillaumon t, loc. cit. p. S 3.

46. logistikon; Timeo 42 e; 69 d.

47. hegemonikon.

48. Cf. T. F. Glasson, “Visions of the Head (Dan 2,28)", Expository Times 81 ( 1970), pp. 247 ss.

49. Cor (corazón) en menor grado sobre tod o en los arcaismos de la lengua poética.

50. psyje en griego y anima en lat in.

51. nous, diánoia en griego, mens y animus en latín.

52. zymós en griego y pectus en latín.

53. Guillaumont, loc. cit., pp. 60 s.

54. A veces "corazón" del texto hebreo es traducido en la LXX ad sensum, por mente (nous), pensamiento (diánoia), alma (psyje).

55. Cf. Flasche, H., “El concepto de cor en la Vulgata”, Est Bi 10 (1951) pp. 5 —49.

56. Guillaumont, ob. cit. pp. 61 —78.

57. Baumgärtel, TWNT III, col. 611.

58. Behm, TWNT III, col 61 Ss.; H. Múller, “Corazón en la sagrada escritura Y su aplicación en la devoción al Sgdo. Corazón de Jesús”, Revista Bíblica, no. 90. p. 206.

59. W. Eichrodt, Teología del A.T. II , p. 1 S 3.

60. W. Eichrodt, İbid., p. 1 S 4; concuerda con J . Pedersen y A.R. Robison, The Vitality of the Individual in the Thought of Ancient Israel, 19 49.

61. Cf. G. Castellino, II libro dei Salmi “La Sacra Bibbia", ed . S. Garofalo , Turín-Roma 1955, p. 574: ra has es un hapax en hebreo cuyo sentido en arameo y siriaco es estar conmovido, excitado.

1. Alonso Schökel-Mateos, Nueva Biblia española, Madrid 1975, traducen "Dios me h intimidado", o lo que es Io mismo, traducen "mi corazón" por "me".
2. Así lo entiende J. Behm, TW NT III, col. 615.
3. F. Stolz, leb en Diccionario teológico..., col. 1 180.
4. J. Behm, TWNT III 1 6.
5. J. Behm, ibid.
6. W. Eichrodt, Teología del Antiguo Testamento ll, pp. 149 s.; continúa este autor "Cuando esto ocurre hay una clara a la actividad espiritual, voluntaria consciente de un yo humano considerado como completo, que se contrapone de modo patente tanto a la actividad de la nefés, de carácter fuertemente animal e instintivo, como a la de ruah, que actúa de forma prepotente y domina al hombre por completo".
7. "del corazón" tomado como genitivo posesivo.
8. ' 'del corazón" como genitivo de definición; Cf. R. Franco, La Sagrada Escritura, BAC, NT, III, Madrid 1962, p. 264.
9. W. Eichrodt, ob. cit., p. 150.
10. El contexto parece postular "SUS" corazones.
11. Cf. Stolz, ibid., col. 11 80.

73 Cf. H.L. Ginsberg, Heart, loc. cit., col. 8. 

74. Guillaumont, loc. cit., p. 48, corrobora nuestro aserto; “E n ciertos textos el corazón designa (directamente) la misma persona'. Da como ejemplos Ez 28,2.6 (cf. Ez 11,19) y Dan 4,1 0—1 3: en la visión del árbol q ue tuvo Nabucodonosor se dice que al rey se Ie quitará el corazón de hombre y se Ie dará corazón de bestia, que es un modo de afirmar que se le cambiaría la personalidad humana e irá a vivir como una bestia. Seguidamente (p. 49) el mismo autor trae a colación el paralelo de Egipto: para los egipcios las vicisitudes del corazón físico figuraban las alteraciones, desaparición y renacimiento de la persona. Véase Io que dice Eduardo Alfonso y Hernán, Compendio de gramática jeroglífica clásica del antiguo Egipto, con un apéndice sobre simbología egipcia. Barcelona 1973. pp. 116—117: “El corazón, para los egipcios era un órgano de superior importancia. De él decían: El corazón es la conciencia; él dirige al hombre y le censura; es un ser independiente, de una esencia superior que reside en el cuerpo"; "el corazón del hombre es su propio ser' (De un ataúd en el museo de Viena).

“El corazón era, de todas las partes del cuerpo la preferida como amuleto protector y aún como talismán salvador. Un texto del ritual dice: “Déjame el corazón este año y este día. No habléis contra m í. Mi corazón pertenece al señor de Hermópolis (el dios Thuth), a aquel cuyas palabras son obedecidas por sus miembros y cuya alma está tranquila en su pecho. El me protege contra los dioses y me deja eternamente el corazón''.

“Veamos, pues, que los egipcios, interpretando una realidad psicobiológica, hicieron del corazón un símbolo de la esencia del ser humano”.

75. Guillaumont, loc. cit., p. 48.

76. Este hecho lo ha interpretado correctamente Meyenfeldt al definir eI corazón como el órgano representativo del hombre en su totalidad, órgano que expresa todo lo que es importante en su personalidad. Licht, en cambio, no acepta tal definición (loc. cit., col. 41 4) alegando que no corresponde al sentido propio de la palabra corazón en la Biblia, que sería el de interioridad; pero Licht confunde el sentido concreto de corazón en textos determinados, y el sentido global de corazón: el de citas particulares puede no ser la persona, el de las citas en conjunto es el de la persona.

7 7. Enciclopedia de la Biblia, Ed. Garriga, I ł, "corazón”, col. 522.

7 8. Enciclopedia de la Biblia, I I artículo Corazón de Cristo, col . 'î24.

79. Vocabulario de Teología Bíblica, ed . X. León -Dufour, Barcelona 19 67, artículo” corazón”, p. 159.

80. Cf. W. Mohr, Sentido bíblico del hombre, Madrid 1970, p. 48.

8l . Manuel Guerra, Antropologías y teología, p . 241 .

82. Cf. W. Eichrodt, ob. cit., p. 155 .

1. básar en hebreo, sarx en griego. Ejemplo: ('El Verbo se hizo carne" (Jn 1 ,1 4).
2. nefes en hebreo, psyje en griego; por ejemplo, Lev 1 7,10: "Pondré mi rostro contra alma (nefes) (=la persona) que coma la sangre.
3. basar en hebreo, soma en griego.
4. ruah, en hebreo, pneuma en griego h .

86. Soma in Biblical Theology with Emphasis on Pauline Anthropology, Cambridge 1976: la tesis del libro es que el NT, e incluso el Antiguo, se expresa en antropología dualista, que no es la antropología dicotómica platónica, porque la Biblia no opone alma y cuerpo ni desvaloriza al cuerpo como hace la antropología platónica.

87. Manuel Guerra, Antropologías y teología, pp, 227—257, prefiere describir la antropología de los libros no recientes del Antiguo Testamento, donde más se divisa el monismo antropológico, como pluralismo antropológico y monismo vivencial: se experimenta al hombre como un todo, como una unidad, sin analizar ni dividir ese todo, esa unidad. Esa experiencia del hombre como un todo es lo que denomina monismo vivencial. Et pluralismo antropológico significa que el yo personal se Io divisa pluralizado, ya como alma, ya como carne, etc., sin que se identifique con ninguna de esas realidades (p. 241). "Esta convertibilidad e identificación (mi corazón=yo; mi alma=yo, etc.) es compatible con la reducción del alma, corazón, carne... como a una parcela, a una parte, de una pluralidad integrada en el yo, por medio de cada sección el yo ejerce las distintas acciones psíquicas" (p. 243). ' 'El yo, que no se desmiembra solamente, en cuerpo y alma (dualismo) sino en varias vertientes psíquicas y somáticas (alma, carne, corazón, etc.) aparece, así como pluralizado en la misma medida en cada una tiene consistencia propia. Cada aspecto adquiere dimensiones totalizadoras" (p. 243). ' 'En este pluralismo antropológico o monismo vivencial cada parte es como independiente y totalizadora directamente vinculada al "yo" personal, que de alguna manera es el resultante del conglomerado. (p. 243).

88. Véase sobre este tema mi libro La resurrección de Jesucristo y la del hombre en la Biblia, Madrid 1977, pp. 1 37—153 y passim.

**Capítulo 5 Corazón de Cristo: Encuentro entre Dios y el Hombre**

1. John S. Dunne, The Reasons of the Heart. London 19 78, 48.

2. San Agustín, Confesiones, I, 1,1.

3. Nuestra palabra corazón es una traducción de una serie de palabras hebreas con casi el mismo significado: leb, lebab, beten, me(j)’im y kereb. La versión griega del Antiguo Testamento y del N uevo Testamento utiliza por igual palabras distintas: kardia, koilia y splangchna. La versión latina de las Sagradas Escrituras utiliza no sólo cor sino también, con casi el mismo significado: venter y víscera. Ver Iéxico bíblico.

4. San Ireneo, Ad ver sus Haereses, 1 V , 63.

5. Para la interpretación de los sentimientos humildes y mansos de Jesús, como los sentimientos específicos deI “Anawim ", los pobres en espíritu, los pobres de Yahvé, ver: E. J. CuskeIIy M SC, A New Heart and New Spirit, Rom a 19 7 8, 40—41. (Traducción española: “Un corazón nuevo y un espíritu nuevo". Amigo del Hogar, Rep. Dominicana, 1980).

6. jan van Ruusbroec (129 3—1381), místico flamenco, beatificado en 1908. Las citas se tom an de su Die Gheesteli ke Brulocht (Las bodas espirituales) Ed. L. Moereels, Tielt-Amsterdam, 1977, 75 —81.

7. Para el fondo bíblico, ver J.F. Lescrauwaet MSC, Triptych for a Spirituality of the Heart (Kensington) 1975, 2—12 (traducción española: “Tríptico para una espiritualidad del corazón". Ed. MSC, Madrid, 1976).

8. San Policarpo (C. 69 — c. 155 ), Carta a los Filipenses, 3.

9. Constitución Gaudium et Spes, No. 22.

10. The Liturgy of the Hours, General Introduction (1970), No. 3. Este texto se refiere a la constitución conciliar Sacrosanctum Conclium, sobre la liturgia, No. 83.

11. San Agustin, Enarr, en Salmo 63,1 8 (C.C.L. 39:821): “Non enim duo corda et diversa, Patris et Filii; sed in forma servi portavit cor tuum ”.

1 2. Juan Pablo II enc. Redemptor Hominis, 1979, No. 9. Una aplicación veinte vigilias bíblicas, editada por P. Wenisch, Liturgy of the Mystery of the Heart of Christ, Tamil Nadu (India), 1976, 441.

**Capítulo 7 Contemplación compasiva**

1. André Lous, Teach Us to Pray (Enséñanos a orar), Darton, Longman & Todd, London, 1974, p. 40.

2. Helder Cámara, The Desert Is Fertile, (El desierto es fértil) Shedd & Ward, London, 1974, p. 26

3. Thomas Cullinan. If the Eye Be Sound (Si el ojo está sano), St, Paul, Slough, 1975, p. 10.

4. Henri Nouwens, Out of Solitude (Desde la Soledad). Ave María Press, Notres Dame, 1974, p. 34.

5. Ladislao Boros, God Is With Us (Dios está con nosotros). Search, London, 1973, pp. 50—51.

6. Todo el tema se trata bien en Prayer According to the Scriptures (La oración según las Escrituras) de J. Laplace,

7. Romano Guardini, The Focus os Freddom (El foco de la Libertad), Helicon, Baltimore, 1966, p. 81.

8. Sermón 194, 3 —4. ' '

9. Vaticano II, Gaudium et Spes, No. 62.

10. Marist Brother’s XV III the General Chapter: Poverty and Justice Document.

11. Thomas Cullinan, op. cit., p. 117.

12. Jg Segundo, Our Idea of God, (Nuestra idea de Dios). Orbis, New York, 1974, p. 62

13. Pierre Teilhard de Cliardin, Hymn of the Universo (Himno del Universo), Fontana, New York, 1970, p. 20.

**Capítulo 8 Un Corazón que afirma**

1 . Kucharedk, Casimir, The Byzantíne-Slav Liturgy of St. John Chrysostom (Allendale, PA: AIleluIia Press, 1971), Pp. 31 7 —318; MaIoney, George, Bright Darkness: Jesus Lover of Mankind ( Denville, N.J.: Dimension Books. 1971), Kern, Walter, The Lover of Mankind and His Sacred Heart (Bomiletic & Pastoral Review, June 1980).

2.Dieterich von Hildebrand, The Heart – Source of Christian affectivity (Franciscan Press, Chicago, IL 1977) p. 11.

3.Thomas Aquinas, as quoted by Etienne Gil son, *History of Christian Philosophy in the Middle Ages* î New York: Random House, Inc., 1955).

1. Martin Buber, “Distance and Relation”, Psychiatry (London: Allan and Unwin 1957)

5. Thomas A. Kane, The Healing Touch of Affirmation (Whitinsville, MA: Affirmation Books, 1976).

6. Thornas A. Kane, Who Controls Me? (Hicksville, New York: Exposition Press, 1974).

7. Josef Pieper, About Love, trans. Richard and Clara Winston (Chicago: Franciscan Herald Press, 1975).

8. Jack Dominian, Cycles of Affirmation. Psychological ESSa'yS ( Lond on: Darton, Long- rn• ^ Todd, Ltd., 1975).

9. John Powell, S.J., The Secret of Staying in Love {Niles, IIIinois: Argus Communications, 1974).

10. John Dalrymple, The Christian Afirmation (DenviIle, N.J.: Dimension Books, 197 1).

11. Bernard J. Bush, S.J., Living In His Love (Whitinsville, MA : Affirmation Books, 1978).

12 Thomas A. Kane, Happy Are You Who Affîrm (Whitinsville, MA' Affirmation Books, J 980).

13. Thomas A. Kane, Psychotheological Therapy (Washington, D.C.: New Catholic Encyclopedia, Volume XV t I, 1979).

**Capítulo 10 Lo que mueve a Jesucristo**

1. Cf. H.J. Helle, ”Symboltheorie und religiöse Praxis”, En: Religion im Umbruch (ed. p. 1. Wössner) Stuttgart J 972, pp. 200 —2t4; A. Rapaport, Bedeutungsslehre — Eine semantische Kritik Darrmstadt 1972, pp. 14—35 (original : Invitation to semantics, New York, 197 3) y H. Utzmann, “Symbol”, en: Wisserischaftstheoretisches Lexikon (hg.v. E. B raun n. H. Radermacher). Graz-Wien-Köln 1978, col. 568 s.

2. Según: W. Biesterfed, art. “Her z”. En: Historiches Wörterbuch der Philosophie, Vol. 3 ( Ed. p. J. Rither) Basel — Stuttgart 1974, 1100 — 1112. Además: Los artículos sobre CORAZÓN en Lthk/V, 285—300.

3. Th. Sorg, art. “Herz”. En: Theologisches Begriffslexikon Zum Neuen Testamen t (ed . por Goenen et al.) Band. II. Wuppertal 81972, 680—683. Cf. también P. Hoffman, Art. CORAZÓN / l. Sagrada Escritura. En' H. Fries (ed): Conceptos Fundamentales de la teología. Tomo I. Madrid 2 1979, 248—252.

4. H. Gipper: Gibt es ein sprach/iches Relativitäts-prinzip? Untersuchungen zur SapirWhorf-Hypothese. Frankfurt 192 P36—249.

5. Id., Kritik der kol/ektiven Vernunft, Frankfurt/M. 1978, 9.

6. Esto no excluye, que un grupo de fieles presente en forma teórica sus experiencias con este símbolo religioso.

7. Tesis central de E. Jüngel: Gott als Geheimnis der We/t. Tübingen 2 1977, 30 y 520.

8. W. Kasper: Jesús, el Cristo, Salamanca 1976; O. González de Cardedal: Jesús de Nazaret — Aproximación a la Cristología, Madrid 1975; W. Pannenberg: Fundamentos de Cristología, Salamanca 1974; Ch. Duquoc: Cristología Ensayo dogmático sobre Jesús de Nazaret el Mesías. Salamanca 1974; y Mysterium Salutis — Manual de Teología como Historia de la Salvación (ed. p. J. Feiner y M. Löher)/Vol. III; Cristo. Madrid, 1971.

9. K. H. Schelkle, Teología de/ Nuevo Testamento, Tomo ll: Dios estaba en Cristo. Barcelona 1977; E. Schillebeeckx: Jesús Die Geschichte von einen Lebenden. Freiburg/Br. 1975; H. Leroy: Jesús — Ueber/ieferung und Deutung (Reihe: Erträge der Forschung Bd. 95). Darmstadt 1978.

10. L Boff, Jesucristo el Liberador — Ensayo de Cristología para nuestro Tiempo, Buenos Aires 1976. Jon Sobrino: Cristología desde América Latina. México 1976. J.l. González Faus: La Humanidad Nueva. Ensayo de Cristología (2 tomos). Burgos 2197 5.

11. H. Karpp, Textbuch zur a/tkirch/ichen Christologie. Neukirchen 1972; A. Adarn: Lehrbuch der Dogmengeschichte, 2 vols. Gütersloh 1970; A. Grillmeier: Christ in Christian Tradition, Vol. 1, Oxford/London 21975; A. Grillmeier: Mit ihm und in ihm — Christo/ogische Forschungen und Perspektiven, Freiburg-BaseI-Wien 1975.

12. K.H. SchelkIe, op. cit. en No. 9, pp. 215—274.

13. Cf. M. Eladie: Historia de las Creencias y de las Ideas Religiosas, Tomo I. Madrid 1978. (Original in French).

14. Como orientación básica sirve: E. SchIllebeeckx, op. cit. en No. 9, pp. I 24—240.

15 Experimentamos hoy tensiones teológicas entre dos extremos: (a) Dios hace eI Reino - sin el hombre, y (b) EI hombre debe realizar el Reino por propia fuerza - aunque sea sin Dios. Ambos extremos fallan por plantear la relación Dios-hombres en forma de competencia de sistemas. Nos parece el único modelo válido, el que invita a la fe en un Dios como condición de la libertad humana.

16. K.H. Schelkle, op. cit, en N o. 9, 114—14 1; Y L. Boff, op. cit. en No. IO, 65—9 1.

17. K.H. Schelkle, oP. cit. 151 ss.; E . Schiltebeeck x, op. cit. 2 41—28 1.

18. CX. G. Wióengren, Eenome,nología de la Religión. Madrid 1976, pp. 25 7—299; y G.Elnfuhrunp in die Religioriphánomenologie, Para la p0rspectiva histór ica cf. M. Elaóie, op. cit. en No. J 3. 1978, p. 1 16s

19. K. Marx, “Zur kritik der Heqelschen Rechtsphilosophie” ( J844), en. Karl Marx Frühe Schriften, voi. i (U d. p. H.—J. Lieber& P. F urth ) Darmast 12 97 J , pág. 488.

20. La cruz es la expresión de la Iibertad de Dios, de aceptar al hombre. Por eso no se deja demostrar su ”necesidad lógica". Únicamente podemos indicar el sin-sentid o de la alternativa: del rechazo de Ia cruz por Jesús.

21. D,S, No. 30Z.

22. Cf. los artículos en este volumen de A. Diez-M acho msc y J. Lescrauwaet msc.

23. H. Schelsky preguntó en una famosa exposición “Ist Dauerreflexion institutionalisierbar? ” (Se puede institucionalizar la reflexión continua 7 ). Presentamos aquí un ejemplo afirmativo. (CA. Id ., en Religion und GeseIIschaft (ed . p. J. Matthes) Reinbek bei Hamburg 1967, 164—189 ).

24. Cf. Ch. E. Curran. "Ética Social: Tareas para el futuro”, en: Concilium 138—B (1978) 286—305. H. Büchele: Christsein inn ąesellschaftlichen System-Sozialethische Refleyion ùber den Zusammenhang von Glaube und sozio-ökonomischen Strukturen. Wien “J 976. y Handbuch der christlichen Ethick (ed. p. A. Hertz, W. Korff et al. ) Vol. I I, Freiburg/br. \* 1979.

25. Cf. G. C. Homans, Elementarformen sozialen Verhaltens. Opiaden 1972.

26. P. K nauer: Der Glaube kommt vom Hören — Okumenische Fundamental theolagic .Graz-Wien-f¢ õln 1978, p. 309.

27. P. Knauer. op. cit.. p. 112.